

BIANCA DE SANTIS



Bésame Tócame

HAZME TUYA

Bésame, tócame, hazme tuya

BIANCA DE SANTIS

Copyright: Publicado en Amazon

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistemas de ninguna forma o por algún motivo, ya sea electrónica, mecánica, fotocopia, grabado o transmitido por otro medio sin los permisos del autor. Por favor, no participe o anime a la piratería de este material de ninguna forma. No puede enviar este libro en ningún formato.

CONTENIDO DE LA NOVELA

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

*Para mis lectoras. Sin vosotras nada de este hermoso trabajo sería posible.
Gracias por dedicar vuestro valioso tiempo a leer cada una de mis líneas.
Gracias a cada una de ustedes.*



Capítulo 1

Había terminado, por fin, la cuenta regresiva de esos meses, esas semanas que parecían infinitas, cada uno de sus días, sus minutos y todos los segundos. La espera de tantas semanas, dieciséis en total, y que parecía interminable al principio, culminó rápidamente.

Eva tenía muchas ganas de ir al baño para vaciar su vejiga. Además, una joven enfermera con manos ágiles hacía delicados movimientos para aplicar esa sustancia fría por su vientre, que aún no mostraba señales de abultamiento. Quiso reclinarse en su cómoda silla para calmar su cuerpo, pero le costó mucho.

Ella no dejaba de ver a Bruno. Su expresión, que generalmente era de profunda calma, se había convertido en un ceño fruncido y una mirada molesta. Su mirada profunda como el mar mostraba en ese momento un terrible nerviosismo y una gran ansiedad.

Si bien los dos querían estar allí para presenciar el ecosonograma que habían planificado hacer al cumplir los cuatro meses de embarazo, a Bruno la idea de ir a la ciudad no le parecía precisamente agradable. A él, evidentemente, no le gustaba estar en ese lugar. Habían solicitado un turno a primera hora, por lo que aguardaron allí y utilizaron el tiempo disponible para comprar comestibles. Sabían que era necesario, pues su jardín no estaba dando frutos debido a la fuerte temporada de lluvia. No tenían nada que comer, e Eva debía mantener una alimentación basada en verduras y frutas frescas.

Eva era consciente de que pronto tendría que usar ropa más amplia, aunque todavía su estómago no había crecido. No le gustaba ir de compras, pero le harían faltas vestidos con tallas más grandes que las diminutas blusas que solía usar. Aunque Bruno no era partidario de salir, intentó mostrar alegría cuando la acompañó al centro comercial. También querían comprar cosas para el niño. A él no le gustaba mucho salir a adquirir esos atuendos. Odiaba hacerlo, de hecho.

—Perfecto. Por favor, reclínate para ver tu pancita —le pidió la enfermera con una sonrisa amplia a Eva.

Eva se enfocó en el momento y el lugar. Abandonó los pensamientos de las compras. Tomó aire y trató de no sentir dolor por el tamaño de su vejiga. En ese momento creía que tomar tanto líquido antes de acudir para realizarse ese examen no era precisamente una buena idea.

No quería que sus piernas quedaran en una posición poco confortable. Balanceó su cuerpo para sentirse más cómoda. Cuando movió la parte inferior de su cuerpo, sintió que finalmente el deseo de vaciar la vejiga, así como el los alaridos de dolor y la tensión en su cuerpo finalmente terminaban.

Era una chica con cabello negro, unos ojos color miel y un rostro perfectamente maquillado. Aunque aparentaba tener unos dieciocho años, Eva era consciente de que eso no podía suceder. Sabía que solo podría haberse graduado en la universidad tras cuatro o cinco años de estudios. — Había olvidado decirlo. Mi nombre es Ana —dijo con calma la enfermera para presentarse.

Lo más importante era que la había tratado muy bien. No le agradaba para nada la idea de que una persona desconocida la tocara. Además, no le hubiera gustado tener que lidiar con una enfermera arrogante o que moviera su cuerpo con molestia para aplicarle alguna inyección. Le

enfadaban incluso las visitas médicas de su nuevo doctor familiar.

Tuvo que ir sola a la primera, ya que Bruno no quiso ir en esa oportunidad a la ciudad. Cuando notó que podía estar enferma, decidió comenzar a acompañarla, pero siempre tenía ganas de salir corriendo de allí y volver a su pequeña cabaña.

No tenían mucho tiempo juntos y el pasado hasta ese momento era un tema tabú. Por eso, Eva no sabía por qué Bruno sentía incómodo allí. Se preguntaba si tendría esa sensación solamente con Alto Prado o todas las ciudades a las que fuese.

Si le preguntaba al respecto, seguramente él no querría responder, porque estarían entrando en un terreno pantanoso para él. Si bien él no se negaba a responder sus preguntas ni a conversar, ese tema simplemente no le gustaba.

No hablaba para nada sobre ello. Más bien eludía el tema y llevaba la charla a otro asunto con el que se sintiera más cómodo.

También la distraía preguntándole a ella cosas sobre su pasado. Así que Eva todo el tiempo debía contestar interrogantes sobre su vida y no podía recordar cómo la conversación llegó hasta allí. Y cuando Bruno notaba que las cosas no llegaban a ese punto, tomaba el camino seguro y empezaba a hablar del niño que tendrían.

Sí. Le costaba imaginar que en su propio cuerpo ya había otro ser creciendo. Iban a tener un niño. Aunque no había sentido los movimientos de la criatura, sería el niño de ella y Bruno. Además, era impresionante que él fuese el padre y estuviese con ella.

—Voy a medir algunos índices y comprobar que todo esté en orden. Es parte de la rutina. No tienes que preocuparte en caso de que no responda tus inquietudes de inmediato. He tenido a muchas pacientes que empiezan a sentirse nerviosas porque creen que estoy observando alguna anomalía, pero eso no suele suceder. —Ana hablaba con una voz tan suave y mostraba una expresión tan calmada que, aun cuando la sala de exámenes tenía todas las luces apagadas, Eva podía calmarse.

Asintió con su cabeza tras escuchar a la enfermera y se concentró en el rostro de Bruno.

Siempre que él llegaba a sus pensamientos, ella sentía que su pecho latía. Le parecía un hombre muy apuesto. De hecho, estaba convencida de que era el más hermoso en la ciudad, el estado, el país y el planeta.

Pasar todos los días con él le parecía una de las mejores cosas que podía hacer en la vida. Disfrutar su aroma en las mañanas y jugar con sus cabellos... Bruno había vuelto a la ciudad.

Lo había hecho por Eva. La encontró en la casa de ese sujeto, Andrés, la defendió de él y regresaron juntos a su casa en la entrada del bosque, esa cálida cabaña... Y empezó a sentir esa sensación tan poderosa que no encontraba palabras para describirla. Le parecía que era una emoción intensa que nacía en lo más profundo de su ser. Era una mezcla de calma, armonía, alegría por la presencia de Eva, fe en su relación y felicidad.

Eva lo amaba profundamente. Lo había amado incluso antes de que él se marchara de Alto Prado. Se había mudado, con ella, y había logrado que ese amor creciera. Ahora era más poderoso y en solo un día le había permitido darse cuenta de que valía la pena estar con él.

Él movió su cara lentamente al notar que los ojos de Eva estaban fijos en él. Los dos estaban ansiosos. Le mostró una tierna sonrisa y cruzó sus manos, mostrando el nerviosismo que sentía. Estaban muy emocionados porque verían por primera vez a su bebé.

Los dos veían cómo la enfermera giraba un pequeño y frío aparato alrededor del estómago de Eva. Lo llevaba por todo el vientre y se detenía para presionar en algunas partes. Veía el monitor de la computadora, escribía algunos apuntes y luego volvía a ver el aparato. El examen estaba

copando toda su atención, por lo que ni Eva ni Bruno querían hacer algún comentario que la desconcentrara. Intentaron calmarse, aunque les costaba.

—¿Les gustaría saber el sexo del bebé o preferirían esperar? —preguntó Ana. Después de un rato, alzó sus ojos y dejó de mover sus manos.

A Eva le parecía que su boca estaba trabada y todas las palabras estaban sujetas a su garganta. Además, la ansiedad en su pecho crecía más y más. Había esperado ese momento por semanas, con mucha ansiedad, pero ahora no sabía qué decir.

Bruno llevó su mano y la puso sobre su rodilla. La posición mostraba lo incómodo que se sentía estando sentado allí. Ese tipo de sillas eran habituales en las salas de espera o los consultorios, pero no eran precisamente confortables. —De hecho, nos gustaría saberlo ahora —le dijo con calma—. ¿Podría decirnos, por favor?

—Sí, por favor —dijo Eva después de unos segundos—. También me gustaría saber.

Ana escuchó y sonrió alegremente. —De acuerdo. Entonces moveré el monitor. Así podrán ver a su hijo e incluso podrían darse cuenta del sexo sin que yo se los diga. —Movié la gran pantalla y esta quedó frente a ellos.

Eva soltó un suspiro mientras Bruno se movía. Puso su mano sobre la de ella y se sintió tranquila, apoyada, amada. Ella la tomó con algo de fuerza y Bruno le correspondió con otro apretón, también suave.

El momento era tan maravilloso que Eva no pudo contener el llanto. En su pecho había miles de nudos causados por la alegría. Luego ambos pudieron apreciar una figura.

Era la de un rostro. Ana deslizó el aparato sobre el estómago de Eva. Entonces pudieron ver el resto de su anatomía. Manos, piernas, rodillas y pies. Eva evitaba ver la cara de Bruno. Sabía que, si se encontraba con su cara en ese momento, no podría controlarse.

Él era un hombre apuesto, con una gran presencia, una fuerte musculatura y un espíritu independiente. Sentía que él había estado bien cuando estuvo soltero, en una cabaña alejada de la ciudad. Y ahora, estaba impresionado por lo que veía.

Eva había pensado que los cambios de humor eran solo un chiste, que las mujeres no pasaban por eso. Pero ahora que lo vivía, entendía que era totalmente cierto. Las emociones eran muy fuertes. De un momento a otro su ánimo se alteraba terriblemente. Estaba alegre y relajada, y violentamente se convertía en una mujer molesta e insatisfecha. El embarazo había causado tantos cambios en Eva que ahora no podía controlar sus emociones.

Pudo ver que tendría la misma nariz alargada de Bruno. —Vaya —dijo mientras soltaba un suspiro. Estaba en shock. Ana llevaba el aparato por la parte derecha de su pancita. La carita del bebé aparecía de nuevo en el monitor. —¿No es increíble que podamos ver tantos detalles aun cuando falta tanto para el parto?

—Es maravilloso todo lo que podemos descubrir. Contamos con una tecnología muy avanzada —agregó Ana—. ¿Puedes adivinar el sexo de la criatura?

La sonrisa gigante en su estupenda cara demostraba lo feliz y satisfecho que se sentía. —Creo que ya sé qué tendremos —dijo Bruno al aproximarse—. Será varón.

Su voz revelaba que sentía una emoción inusual para estos casos. —¡Exacto! —dijo Ana.

Ambos Sabían que estaba acostumbrada a ver bebés todos los días, pero igualmente se veía alegre delante de ellos. Se sintieron contentos por ver que Ana transmitía felicidad y rebosaba de optimismo. Eva intuyó que se sentiría feliz si tuviera a una chica como Eva como amiga. Era cálida y agradable. Pero recordó que vivía lejos de Alto Prado.

Entonces su pecho se estremeció de dolor. Se sintió sola una vez más. Sí, amaba a Bruno. Lo

amaba profundamente. Pero le hacían falta sus amistades. Quería hacer nuevos amigos también. En su caso era complicado, porque estaba a unos cuarenta minutos de distancia de la ciudad. Aunque la lejanía no era la única razón. Había perdido el contacto con todos sus allegados y quería retomarlos. Se había alejado de todos ellos después de comenzar su relación con Andrés.

Cuando recordó a su familia, la agitación en su pecho fue tan poderosa que creyó que no podría aguantarla por mucho tiempo. Con ellos también había perdido el contacto.

Él tomó sus dedos con fuerza. Ese movimiento la calmó, la sacó de sus pensamientos y la devolvió al presente. Estaba allí, en esa sala de exámenes, viendo al niño que en unos meses nacería.

—Es un varoncito —dijo en voz muy baja. De nuevo mostraba lo impresionada que estaba—. Parece increíble lo que está pasando. Aún no he sentido sus pataditas y mi pancita sigue pequeña, pero ya quiero ver su carita y tenerlo en mis brazos.

—Entiendo. Aunque cinco meses te parezca mucho tiempo, cuando abras los ojos estará en tu pecho. Todo pasará más rápido de lo que crees. —Ana se acercó a la computadora y la apagó—. Iré a conversar con el doctor. Necesito cerciorarme de que todos los índices que medí están bien. Regresaré en unos minutos.

—De acuerdo. Quisiera... orinar, si no hay problema.

—No puedes. Deberás disculparnos, pero tienes que esperar otro rato. Si los índices son inexactos o el doctor ve algo que pueda afectar tu embarazo, necesitaremos encender la computadora para realizar el examen una vez más. Tendríamos que hacerlo antes de que vayas al baño.

—De acuerdo —dijo Eva con molestia.

—Haré todo lo posible para volver pronto.

Aunque la habitación seguía en penumbra, Eva podía disfrutar la luz que Bruno reflejaba en su mirada. Ana salió de la sala con rapidez, cumpliendo la primera parte de su promesa.

—Querías tener un varón, di mal no recuerdo.

—Es verdad. Siempre he pensado que tener un varón sería lo mejor para mí.

Eva estaba contenta de saber que por lo menos le gustaba la idea de convertirse en papá. Era un cambio aceptable después de que él había mostrado cierta inquietud cuando se enteró del embarazo en la segunda semana. Pero ella había comprendido su reacción en ese momento, porque la noticia había sacudido el mundo para ambos.

—Si una persona tiene que esperar tanto para orinar, ¿podría morir?

—No lo creo —dijo Bruno, mostrando una gran sonrisa—. Solo tienes que esperar unos minutos más. Quizás esta espera sirva para que te adaptes. Debes acostumbrarte, porque esta es una de las consecuencias de estar embarazada.

—¿Adaptarme? No dirías lo mismo si tuvieras que beber agua en grandes cantidades y esperar casi todo un día para poder orinar.

—En realidad solo han pasado unas horas.

—Aunque solo sean unas horas, no lo soportarías.

—Suelo tomar mucha agua, porque cuando trabajo las temperaturas son altas. Como sudo mucho por mi trabajo....

—Mejor guarda silencio —le pidió Eva—. Si Ana no vuelve rápido, voy a mearme en los pantalones. Ojalá hubiera traído otros. Así podría orinar estos sin pensar tanto en cómo me iré de aquí.

—Será mejor que no los orines. Solo se complicaría todo —dijo Bruno, y volvió a sonreír

pícaramente.

Sí, él respondía como hombre. Era obvio que no entendía lo que pasaba. Y nunca lo entendería. Supuso que deberían agradecer a Dios por no tener que dar a luz. Entonces ella respondió con un resoplido de molestia.

De todos modos, Eva estaba feliz por su compañía. Había soportado sus respuestas malhumoradas y su ausencia en el comedor, cuando el olor a comida recién preparada le producía fuertes náuseas y dolores de cabeza. Él había preparado muchos emparedados para ella durante las primeras semanas del embarazo.

Tras unos minutos que a Eva le parecieron un mes, Ana volvió. Su rostro estaba feliz. —El doctor me ha dicho que todo está perfecto. Coincide conmigo en que el embarazo va perfectamente y el crecimiento del niño está acorde a las semanas que lleva. Ya pueden retirarse... Un momento.

¿Debo llorar o reír de alegría?, se preguntó Eva.

—Por poco olvido darles esto. Son las fotos del bebé. Pueden llevárselas —dijo Ana, sacando un pequeño sobre de su bolsillo.

Eva suspiró aliviada. —Vaya. La primera foto del hijo que tendremos —dijo. Había olvidado repentinamente las ganas de orinar. Tomó el sobre, pero decidió no abrirlo. En cambio, se le cedió a Bruno. Él lo sujetó como si fuese un objeto delicado y costoso.

—Ten. Puedes quitarte el gel de tu vientre con esta toalla. Al final del pasillo, a la derecha, encontrarás el baño —le informó Ana mientras le extendía una toalla color salmón. Eva la tomó con alegría y suma gratitud.

Se levantó de la camilla y fue hacia el baño. Con sus manos se limpió rápidamente la gelatina fría. Bruno aún no se había levantado de su silla.

Por primera vez le daba gracias a Dios por poder ir a un baño y orinar. Una vez que lo hizo, llevó sus brazos al lavamanos. Aguardó unos segundos mientras el agua se calentaba.

Cuando se vio en el espejo sobre el lavamanos, notó que su rostro no había cambiado para nada. Tenía el mismo cabello rizado y amarillo, sus intensos ojos color avellana y su piel blanca y delicada. El resto de su cuerpo tampoco había experimentado ningún cambio. Guardaba un hermoso tesoro en él, pero aún nadie podría notarlo.

La temperatura del agua subió. Eva lavaba sus dedos, pero el dolor en su pecho retornó con fuerza. Quería contarles a su familia y a sus allegados que esperaba un bebé, que sería un varón y estaba feliz. Y también quería que su mamá viera las primeras fotos del niño.

Hasta donde su madre sabía, ella todavía vivía con Andrés. La última comunicación que habían tenido se había producido hacía unos cuatro años. Después de eso, no volvió a contactarla. No había reunido el valor que necesitaba para hacerlo.

Eva ya lo había entendido perfectamente. Aunque quería que las cosas fuesen diferentes, la realidad era otra. Entonces se puso frente al espejo, casi inmóvil, mientras el agua empapaba sus dedos y los aseaba por completo.

Capítulo 2

Un bebé requería tantos artículos que a Eva le pareció impresionante tal cantidad.

Ella intentó pensar en otra cosa que no fuese la larga lista que tenía en su bolso. Había decidido ir a una tienda que ofrecía descuentos durante todo el año, aunque solo vendía ropa usada. Se enfocó en la ropa que estaba en los armarios. Estaba en perfecto estado y los descuentos eran razonables. Pero usar ropa para mujeres embarazadas no era precisamente lo que quería.

Le costaba verse a sí misma con pantalones amplios y una gigantesca cinta en el medio para que su vientre se viera grande. Le perturbaba mucho esa imagen.

Lo que anhelaba era comprar ropa de tallas más grandes y un vestido amplio.

Se preguntaba qué pensaría Bruno de ella cuando su embarazo avanzara. Tendría su cara inflamada y sus brazos enormes, retendría líquido y... Ojalá aún le pareciera una mujer hermosa, si bien en su propia mente no lucía de ese modo. Se aferraba a una esperanza. Quizás él podría encontrar algo de belleza en ella porque recordaría que su hijo estaría en su vientre.

Era el momento de empezar a comprar esa larga lista de artículos infantiles. Eva había decidido ir a ese lugar ya que Bruno estaba en otra tienda, comprando sus propios artículos. Él llegaría luego para acompañarla a comprar las cosas del bebé en la tienda por departamentos que ocupaba casi toda una manzana.

Eva había descubierto que ser madre era una labor titánica para la que nadie la había preparado ni dado sugerencias. Recordó a su madre y el agradecimiento hacia ella llegó a su mente. Con su embarazo, podía entender el esfuerzo tan grande que había hecho para traerla al mundo y darle una buena educación. Aunque el niño no había nacido, ya ambos estaban agotados. Y ella quería hablar con su madre para expresarle su gratitud.

Y anhelaba decírselo en persona. Pero no podía.

Debía llamar a su madre por teléfono o renunciar a esos pensamientos. Si llegara a sentir que estaba lista para hacer esa llamada, estaría más calmada. Pero no sabía qué decir si hacía esa llamada. Pensaba solo en cómo pedirle perdón. Habían pasado cuatro largos años, casi cinco, y toda la soledad que habían vivido ambas en ese tiempo no se podían olvidar con solo unas palabras de arrepentimiento. Tenía que hacer algo para dejar de sentirse así.

Tras unos minutos buscando, encontró pantalones grandes que le parecieron cómodos y hermosos. También pudo encontrar blusas amplias, dos vestidos grandes que llegaban hasta las rodillas y algunos abrigos de gran tamaño. Su fortuna fue mayor, porque luego pudo conseguir una bata que se expandía y algunas camisas coloridas. Tomó aire mientras continuaba viendo los armarios de exhibición.

Pensó que con esos atuendos sería suficiente. Le alcanzarían para vestirse hasta que diera a luz.

Se dirigió a una caja en la que había una chica con una cara inexpresiva. Era una chica esbelta, con cabellos color azabache y una bufanda playera que envolvía su frente. Parecía que acaba de llegar de una playa. Además, unos inmensos aretes que caían de sus orejas proporcionaban el último detalle que le hacía falta a su apariencia tropical.

Entonces Eva pagó sus artículos. Lo hizo con los billetes que Bruno le había dado. Como

pudo, compró cuatro bolsas de ropa sin pasarse del límite de los ciento veinte pesos. Recordó que debía llevar toda esa ropa a la cabaña y luego tendría que lavarla.

Como apenas contaban con agua Bruno iba al río todos los días o lavaba todo a mano para que los brazos de Eva no se inflamaran. Para tener algo de agua caliente, tenían que ponerla sobre la cocina. Secaban su ropa poniéndola delante de la estufa o dejándola afuera, cuando los rayos del sol se asomaban. Suspiró con esa imagen.

Eva sabía que ese era un estilo de vida complicado. Al nacer el bebé, todo se pondría mucho peor. Entendía perfectamente que los niños recién nacidos ensuciaban mucha ropa y habría que lavarla rápidamente.

Tomó las bolsas cargadas de ropa. Se ubicó en la entrada de la tienda, cerca de las puertas giratorias, esperando que el calor que llegaba desde afuera la refrescara. Desde allí podía ver la camioneta de Bruno cuando llegara. Sabía que él estaría allí en unos quince minutos, o menos. Le había dado unos agradables noventa minutos para que ella hiciera sus compras con mucha calma.

Pero los dedos de sus pies ya le dolían por el peso que debían soportar. Ya tenía hambre y sed. Su columna vertebral también estaba agotada tras ese largo rato que había permanecido sin que ella se sentara en la tienda. Entonces Eva se puso sobre la pared. Ojalá hubiera un asiento cerca, pensó.

Volvió a distraerse, de nuevo con el tema de la ropa. Sabía que le costaba mucho lavar todo con sus manos, aunque Bruno la ayudaba. A medida que el embarazo avanzara, sería más complicado hacer esa y otras tareas. Le bastaría con los cuidados del bebé para cansarse rápidamente. Vivían lejos de Alto Prado, y tener que salir de compras también la cansaba. Además, habría un montón de cosas más por hacer.

Pero no había ropa de niño que tuviera que lavar en ese momento. Aún no habían comprado nada para el bebé que nacería en cinco meses.

Su presente estaba conmocionándola, aun cuando faltaban semanas para la llegada de su hijo. Sintió que empezaría a llorar en cualquier momento.

Quizás no estoy lista para esto, pensó. Tal vez no puedo seguir viviendo así... o traer un hijo al mundo.

Esos pensamientos eran una locura. Y ella era consciente de ello. Pensó que esas cosas llegaban a su mente por los cambios hormonales que estaba viviendo. Si algo no quería era que Bruno supiera que había llorado antes de que llegara, por lo que con sus dedos limpió sus ojos y se deshizo del llanto que amenazaba con caer.

Se preguntaba si no debería sentir que bastaba con el amor que sentía por él.

Pero ella no pudo seguir teniendo esos pensamientos tan extraños. Gracias a Dios. Bruno llegó en su antigua camioneta al estacionamiento y ella suspiró. Salió de la tienda una vez que él se acercó a las puertas giratorias de la entrada.

Eva abrió la puerta trasera del auto. Puso allí las bolsas y dio unos pasos para sentarse en el asiento del copiloto.

Él aguardó mientras ella sujetaba su cinturón de seguridad alrededor de su cuerpo. Una vez que lo hizo, encendió el auto y emprendió el camino por el estacionamiento lleno de vehículos.

—Creo que hiciste unas buenas compras —dijo mientras abría ampliamente sus ojos.

—Así fue —contestó en voz baja—. Hice una compra estupenda —dijo. Evadió su mirada. Creía que, si veía sus profundos ojos, empezaría a llorar desconsoladamente. Vería la tristeza que mostraría su cara.

—¿Te gustaría que almorzáramos o quieres que vayamos de una vez a esa tienda en la que se

me acabará el dinero?

—Podríamos comer ahora. Dejaríamos las compras para después. Tengo mucha hambre. Si comemos, tendré más ganas de comprar las cosas que le harán falta al bebé —respondió Eva. Sonrió sin poder evitarlo, aunque sentía que su humor era una montaña rusa.

—Dejé unas frutas y chocolates en la alacena y las traje, en caso de que tuvieras hambre. Eres una chica afortunada.

Ella volteó y vio que había una pequeña bolsa con los alimentos justo al lado del volante. *Me recordó. Siempre me recuerda*, pensó. Se sintió feliz por el detalle.

Decidió comer primero una banana. Una vez que lo comió, le pareció que la energía regresaba a su cuerpo. —Te lo agradezco, Bruno —dijo mientras continuaba revisando en la pequeña bolsa. Cuando comió un chocolate con granola, supo que su humor había cambiado para bien. Ya no sentía hambre, pero no estaba segura de qué cosa la había afectado más, si el apatito o las hormonas alteradas.

Bruno aborrecía Alto Prado, pero pudo manejar por las avenidas llenas de autos sin problema alguno. Evitó decir alguna grosería y molestarse por los conductores imprudentes. Parecía estar pendiente de la carretera y conducir tranquilamente. Además, había choferes que manejaban con mucha lentitud o parecían estar a punto de quedarse dormidos. Eso tampoco lo frustró.

Una vez que llegaron a la tienda y apagaron el auto, ella se sintió más animada. Giró para encontrarse finalmente con el rostro de Bruno mientras él guardaba las llaves de la camioneta. Él la vio con extrañeza cuando notó que ella no abría la puerta para bajar.

—Bruno... te lo agradezco mucho —dijo después de unos segundos silenciosos—. Te agradezco que me acompañes a hacer estas compras. Entiendo que lo haces, aunque no te sientes a gusto.

Entonces tomó suavemente sus dedos y los besó con lentitud. Ese beso que dejó caer sobre su mano estremeció sus sentidos. Volvió a sentirse caliente con ese roce. Siempre había despertado ese deseo en ella. Aunque pasaran décadas, Eva seguiría excitándose solo con contemplar su maravilloso rostro.

—Espero que no lo digas en serio. Sí, aborrezco a Alto Prado con todo mi ser, pero ese hijo que crece en tu cuerpo es lo que más amo en el mundo. También te amo con todas mis fuerzas. Por eso, haré todo lo que tenga que hacer por los dos. ¿Comprendes que te digo la verdad?

Tomó aire para no mostrar su calor. —Lo comprendo —dijo suavemente—. Lo comprendo perfectamente —dijo, ahora con más seguridad e intensidad—. Sé que no me mentirías. De todos modos, te lo agradezco.

Bruno rió ligeramente. —Por cierto, compré algo para ti. Quería sorprenderte. Lo encontrarás en la parte de atrás de la camioneta.

—¿Esa caja de allí? —No había notado que estaba allí cuando había bajado del vehículo. Se había sumergido en sus pensamientos irracionales por un largo rato. Estaba distraída.

—Esa. Cuando lleguemos a la cabaña te diré todo. De hecho, decirte no será lo único que haré. Quiero enseñarte a utilizarlo....

—Hasta ahora suena genial.

—Bueno... ahora supongo que ya te sientes preparada para lo que se avecina. Sé que gastaremos mucho dinero y parecerá que no podremos lidiar con tanta carga emocional.

—Lo estoy. Podríamos limitarnos a ver en lugar de comprar. Igualmente podría darme cuenta de todo lo que me hará falta —dijo, y le regaló una sonrisa.

—Nos hará falta. Recuerda que soy parte de este asunto. —Mostró la profunda belleza de sus

ojos y sintió que podía nadar dentro de ese mar de sinceridad. Se preguntó cómo había podido dudar de Bruno, si bien esa sensación había sido fugaz y pequeña. Se apenó por haber sentido eso.

Estaba más contenta. —Sí, entiendo —dijo al soltar su mano y volver a sonreír. Ya no se trataba solo de que había apaciguado su apetito. Había otras razones.

—En ese caso, hagámoslo. Te juro que no saldré corriendo como loco.

—Eso espero, Bruno. Siento que con cada cosa que hacemos recibo un baño de realidad.

—Tengo la misma sensación. El examen y las imágenes que te entregó Ana me hicieron emocionarme. Ella nos dijo la verdad. Creo que estas semanas pasarán rápidamente. Incluso creo que no nos alcanzarán para prepararnos.

—Yo también pienso eso.

Bruno respiró profundamente y bajó de su camioneta lentamente. Eva hizo lo mismo y siguió sus pasos. Luego juntaron sus manos y entraron con amplias sonrisas en sus caras.

Ciertamente, era una gran carga emocional. El área de bebés ocupaba casi la mitad de la tienda. Vieron que había muchos artículos de distintas marcas y colores, lo que dificultaba la elección. Además, todo era costoso.

—Creo que no podremos pagarla —dijo ella cuando vio el precio en la etiqueta—. Vale casi quinientos pesos y los materiales parecen débiles. Creo que tú mismo podrías construir uno con madera fuerte.

—Sé que algunos padres colocan a los hijos recién nacidos en una gaveta que sacan de un armario y cubren su pecho con una sábana pequeña.

—Creo que eso va en contra de cualquier norma... y sentido común —dijo ella con brusquedad—. Pero lo digo en serio, Bruno. Ningún artículo acá cuesta menos de cien pesos. Creo que los dueños se volvieron locos. ¿Cómo es posible que dos biberones cuesten ochenta pesos?

—Podríamos buscar en otro lado. Así encontraríamos una tienda con precios más bajos.

—No creo. Y tampoco creo que pueda soportarlo —dijo ella mientras mordía sus labios. A Bruno le pareció que ella empezaría a sangrar si continuaba haciéndolo. Ella separó sus labios y bajó su cabeza con resignación.

—Amor, no pienses en eso —le pidió suavemente. Dio unos pasos hacia ella. Rodeó su cintura con sus manos para que ella se sintiera tranquila y olvidara los precios. —Sabes que tenemos mucho dinero y podemos usarlo para comprar lo que desees y donde desees.

—Me dices lo mismo todo el tiempo —dijo Eva—. A decir verdad, no creo que lo que me dices sobre el dinero sea cierto. No manejo nuestras cuentas. Tampoco sé cuáles son tus saldos o los míos. ¿Cómo debe referirme a ellos? —Su voz mostraba su molestia. Generalmente le aterraba preguntar sobre el dinero. No se había acostumbrado. Le incomodaba conversar sobre ese asunto, sobre todo si tomaba en cuenta que ella no lo había generado y sentía que no le pertenecía. Él, en cambio, solía comentarle que tenían mucho dinero o que su situación económica era buena. Esas palabras la calmaban momentáneamente, pero luego volvía a tener más dudas que certezas. Eso solo la hacía sentir muy avergonzada. Se daba cuenta de que su vida con Bruno era complicada respecto a ese tema.

—Amor, discutiremos con calma en la cabaña —le dijo para relajarla—. Sé perfectamente lo que estás sintiendo. Te pido mis sinceras disculpas si crees que no he sido honesto contigo. Esta semana iré al banco para que abramos una cuenta conjunta. Aunque he tenido la intención de hacerlo desde el año pasado, mis... ocupaciones no me lo han permitido. —Sonrió ligeramente.

Sus ocupaciones principales eran las excusas que se inventaba para no con todas las excusas para no venir a la ciudad y hacerlo.

Ella decidió frenar su mente, que le ofrecía pensamientos no precisamente muy alegres para responderle. Tal vez sí había estado muy ocupado como aseguraba. Él siempre había sido amoroso con ella y le había demostrado cuánto la quería. Jamás había intentado ni siquiera esconder dinero o que ella creyera que debía permanecer a su lado porque él la mantenía económicamente. Él se encargaba de trabajar todos los días mientras ella creía que vivir lejos del mundo la hacía sentir sola. Había una gran diferencia entre ellos.

—¿No crees que debemos salir de este lugar? Tenemos una opción. Buscaré en internet y pediré que nos lleven las cosas a la cabaña. También creo que estaríamos malgastando dinero si adquirimos artículos nuevos en lugar de comprar algunos usados que sean más accesibles. Me parece una buena idea comprar cosas usadas, mi amor. Podría buscar en los anuncios de las tiendas de artículos usados en los diarios y yo mismo vendría a Alto Prado a buscarlos.

—Siempre y cuando estén en buen estado.

—Claro. —Entonces ella palmeó su hombro, como si quisiera jugar con él—. Me alegra saber que ya no dejaremos al bebé en una gaveta. Si busco por mi cuenta, disfrutaré más. Estaré cómodamente sentado en la sala de nuestra casa y veré todas las ofertas posibles.

—Pero no podrás porque no tenemos internet aún.

Ella abrió sus ojos de par con esa frase. —Lo sé. Bueno, tendré que venir a Alto Prado y buscarlos aquí.

—Podríamos almorzar y empezarías luego esa búsqueda. También podrías hacer otra cosa: llamar a la compañía y pedir que instalen internet satelital en nuestra cabaña.

—¿Cómo dices? —Eva estaba tan estupefacta que no sabía si podría decir algo más. Él la contempló mientras fruncía su ceño. Cerró sus labios con prisa. Luego sonrió animadamente.

—Lo que escuchaste. Supongo que necesitaremos cosas nuevas cuando llegue nuestro hijo. Imagino que creíste que no me gustaría vivir con las comodidades del mundo moderno por el resto de mi vida. Creo que podríamos conversar sobre usar tecnología más reciente en otras áreas de la cabaña, como la fosa séptica y las tuberías para el agua.

Estaba tan impactada y feliz que le costaba controlarse. Parece que Bruno había estado al tanto todo el tiempo de las cosas que a ella no le gustaban, aun cuando evitaba mencionarlas. —Bruno... espero que no estés bromeando.

—Claro que no bromeo. He analizado todas esas cosas. En cualquier caso, lo discutiremos en la cabaña. Si deseas comprar estos artículos por internet, iremos a la cafetería a la que te encanta ir. Podré ayudarte con tus compras.

—Bruno, hasta donde sé, son muy pocos los hombres que quieren hacer eso. Lo más seguro es que no se animen mucho a ver biberones, ropa de niños o cunas ¿De verdad tienes ganas de involucrarte en estas compras?

Él sonrió alegremente con su frase. —Mi amor, ¿aún no te has percatado de que no soy parecido a la mayoría de los hombres?

Su vientre empezó a sentir la fuerza de las mariposas que volaban de lado y lado y sus piernas empezaron a temblar. Estaban en el centro de la tienda por departamentos, pero eso no impidió que Bruno besara intensamente la boca de su chica.

—Tal vez es hora de salir de aquí —le dijo Eva al oído—. Creo que ya estoy lista para irme.

Ella volvió a sonreír con la alegría habitual. Bruno entendió lo que ella pensaba y quería. Lo demostraba con la luz que destellaba en sus ojos y que lo iluminaba. Ambos querían hacerlo.

Puso sus dedos sobre los suyos con delicadeza. Cuando se preparaban para salir, una voz ronca los detuvo. Era la voz de un hombre. El sujeto estaba justo detrás de ellos.

—Hola ¿Eres Bruno? ¿Bruno Jiménez?

Bruno evitó girar. De hecho, no podía moverse. Ella había pasado tanto tiempo con él que ya había comprendido por qué le desagradaba viajar a Alto Prado.

En realidad, ir a la ciudad era algo que odiaba profundamente. Siempre buscaba la manera de evitar viajar a Alto Prado. Ese comportamiento convencía a Eva de que había cosas en el pasado de Bruno que no quería recordar, pasara lo que pasara. Ahora giraban y se preparaban para darle la cara al sujeto que había vuelto. Una especie de espectro que llegaba del pasado. Ella aún no sabía quién era, pero sí estaba segura de que era precisamente eso: un espectro que él quería mantener en el baúl del olvido.

Capítulo 3

—¿‘Bruno Jiménez’?

Su corazón prácticamente había dejado de latir. Sintió que su cuerpo se reducía y la fuerza de sus pulmones se reducía, al punto de que le costaba respirar. La pregunta había hecho que los nervios de Bruno se sobresaltaran de inmediato.

Eva estaba parada justo a su lado. Tampoco podía moverse. Ella podía sentir lo que él sentía, porque su personalidad se contagiaba con sus cambios de humor. Unos segundos después, voltearon para encarar al sujeto que les hablaba.

Al verlo, rápidamente supo de quién se trataba. Era Carlos Acosta. Un tipo que había formado parte de su vida en un pasado muy lejano.

—Discúlpame. No soy ese tipo —le respondió con mucha calma Bruno, si bien su respuesta era absurda. Carlos no ocultaba su incertidumbre. Frunció su ceño.

—Buenas tardes —le dijo Eva. Luego dio un paso hacia Bruno y saludó con un apretón de manos a Carlos.

Carlos vio la mano y se quedó en silencio por unos segundos. Sintió que los dedos de Eva estaban llenos de una poción tóxica o había algo en la palma de su mano que le haría daño. Bruno, mientras tanto, no decía ni hacía nada. Podría haberle contado los detalles en la cabaña, pero ella tomó la iniciativa de saludar a Carlos. Pensaba que lamentablemente ella no estaba haciendo lo que él esperaba. Quería que ese mal rato hubiera llegado hasta allí, pero no fue así. Incluso pensó en tomarla por la cintura y caminar con ella sin mirar atrás. Pero ya no podría hacerlo.

—Me llamo Eva —le dijo ella para presentarse. Ella sonrió con calma, aunque se notaba que su gesto era sincero—. Y sí, él es Bruno Jiménez —dijo mientras volteaba para verlo. Su voz sonaba tímida. Entonces ella abrió sus ojos ampliamente.

Bruno esperaba que las cosas se mantuvieran como hasta ese momento. Estaba claro que no lo sabía. No conocía ningún detalle de su pasado. Por esa razón a él no le gustaba ir a Alto Prado. Esperaba no mezclar el presente que tenía con Eva con un pasado que había intentado dejar atrás. Él había huido de esos momentos horribles y comenzado una nueva vida al lado de Eva. Ella desconocía todo. Absolutamente todo. Ahora esperaba al hijo de ambos y Bruno estaba decidido a cuidarlos y protegerlos, aunque eso implicase muchas cosas.

—Carlos Acosta —dijo Bruno en voz baja después de un rato. Asintió con su cabeza. Supo que negarse a conversar e intentar salir de allí con Eva ya no sería posible.

—Es un gusto encontrarte de nuevo —le respondió Carlos cortésmente. Hablaba con suavidad. La mirada curiosa que mostraba todo el tiempo le permitía darse cuenta de todo cuanto sucedía. Sonrió gentilmente al verlos.

—Lo mismo digo.

Bruno asintió de nuevo con su cabeza y guardó silencio. Ansiaba que Carlos comprendiera que no quería conversar y se marchara de inmediato, pero en lugar de ello una estupenda chica morena, con un embarazo bastante notable, apareció repentinamente y lo tomó con fuerza por su brazo. Bruno la vio con sus ojos profundos y se quedó en ella por un rato. Les brindó una amplia

sonrisa, libre como la brisa y sincera como las de Eva.

—Un gusto. Me llamo Antonia —dijo la morena, al tiempo que estrechaba la mano de Eva y la agitaba levemente. Entonces Antonia vio a su marido. Era claro que esperaba que presentara a Bruno.

—Él es Bruno Jiménez —dijo Carlos en voz baja—. Ella es Eva.

—¿No me digas que tú también estás en estado? —le preguntó Antonia a Eva mientras tapaba su boca con sus manos y sus mejillas blancas se ruborizaban—. Santo cielo. Tu vientre es muy plano. Discúlpame. Quizás estás comprando algún regalo para una hermana o amiga, pero como están en el área de cunas, supuse que...

—No hace falta que te disculpes. Sí vamos a tener un bebé —contó Eva entre risas—. Sé que no parece que lo estuviera. De hecho, mi cuerpo no muestra los cambios habituales todavía.

—Así es. Pero te aseguro que dentro de poco tu vientre lucirá como este —dijo Antonia bajó su cabeza para ver su propio estómago.

—¿Olvidaste que tu vientre creció cuando llegaste a los siete meses? —le recordó con una sonrisa Carlos a Antonia. Luego llevó sus manos a su vientre como muestra de amor. Lo evidenciaba su mirada: ella también estaba enamorada de él. Bruno la vio y se sintió temeroso por un momento.

Se preguntó si ella sabía algo. Aparentemente, ignoraba su pasado, al igual que su amada Eva. Tal vez ella no sabía nada de nada. Ese era su deseo. Su único consuelo era que también había otras personas con asuntos y cosas del pasado que deseaban mantener bajo las sombras.

—¿Puedes decirme cuándo darás a luz? —preguntó Eva con premura. Era evidente que no sentía temor de preguntar. Como ambas estaban esperando, se sentía identificada con ella y no tenía vergüenza de preguntar cosas como esas.

Ambos se pararon al lado de sus esposas de la misma manera, mientras ellas comenzaban a conversar sin parar ni un segundo. La charla era tan amena que no se detenían a ver a sus maridos en ningún momento. Ellos sí se vieron, y las miradas que se lanzaron no fueron precisamente amistosas. Esas expresiones también revelaban que jamás, aunque pasara lo que pasara, se atreverían a contarle.

Finalmente, Bruno sintió que podía calmarse, aunque solo fuese momentáneamente. La posibilidad de encontrarse con alguien de su pasado había sido una fuente de temor constante. Esa persona podría contarle a Eva todo sobre su pasado. También le diría lo que se había atrevido a hacer. Pero se había topado con Carlos, y ahora sabía que él también ocultar su pasado.

Ahora los dos serían padres. Sería tal vez la primera experiencia paternal para ambos.

¿O tal vez Carlos Acosta ya tenía hijos?

Se preguntó también si alguno de esos sujetos lo había logrado. Tal vez si antes hubiera contemplado la posibilidad de que sus rivales eran, a fin de cuentas, seres humanos, se habría dado cuenta de que muchos de ellos seguramente querrían tener hijos. Era la primera vez que surgía esa duda en su mente.

Aparentemente, había llegado el momento de decir adiós. Bruno reaccionó en ese momento, y volvió a la charla justo cuando Eva le agradecía a Antonia sus sugerencias sobre las cunas y los biberones. Eva extendió su mano, como Bruno pensó que haría, y se despidió con ese gesto de Antonia y Carlos, no sin antes decir unas palabras.

—Deseo de todo corazón que tu embarazo sea maravilloso. Me alegró conocerlos y compartir este rato con ustedes.

—Lo mismo deseo para ti, Eva —dijo Antonia mientras le regalaba otra gran sonrisa. Carlos la

tomó por la cintura y la llevó hacia el sector de móviles y peluches. Decidió no voltear ni mirar a los lados.

—¿Me contarás quién era ese tal Carlos? —le preguntó Eva a Bruno después de caminar por otras áreas de la tienda.

Quería encontrar una respuesta razonable y convincente. Pero su cerebro era incapaz de concebir algo. Sintió que sus pensamientos se mezclaban velozmente.

—Era un amigo. Un amigo del pasado —respondió tras una pausa. Notó que se oía escueto. Cualquier cosa menos categórica. Entendió lo que vendría a continuación.

Ella lo vio. Lo miraba fijamente, sin contemplación alguna. Tal vez ella estaba olvidando el asunto. Guardó un silencio abismal y luego decidió llevar sus ojos en otra dirección. Entonces Bruno soltó un suspiro de alivio. Pero sabía que no debía tentar al destino. Eventualmente tendría que contarle a Eva lo que había pasado. Tendría suerte si no se veía en la obligación de decirle todo.

Solo se aferraba a la idea de que cuando se enterara de quién era o en qué había llegado a convertirse en su pasado, ella no quisiera marcharse de inmediato.

Capítulo 4

Eva se preguntaba cuánto puede alguien llegar a conocer a otra persona.

Era una interrogante que no salía de mis pensamientos mientras Bruno manejaba su camioneta para ir a la cabaña. Intentó plantear el asunto en la carretera, pero no tuvo suerte. Bruno, una vez más, la distrajo cambiando de tema. Entonces regresó un profundo silencio, el mismo que se había posado sobre ellos cuando habían estado en la tienda y Carlos se había despedido.

Cuando llegaron a la cabaña, la tensión no bajó. Ella ubicaba los cereales en la alacena y los alimentos que debían congelarse en el raro hoyo con un candado que había construido Bruno en el piso. El invierno era feroz y los alimentos se conservaban frescos, porque había cubierto el hoyo con madera dura. Como habían comprado leche y siempre se congelaba, habían optado por empezar a comprar leche en polvo.

Cuando llegaban los meses de caza, Bruno salía a buscar animales y la carne que obtenía de ellos se mantenía en el jardín, justo en el cobertizo. Aún contaban con algunos huevos frescos, porque su gallinero tenía paneles solares y lámparas de combustible. Además, la protección que tenía impedía que las plagas o los animales salvajes entraran.

Bruno, estaba afuera. Quizás estaba buscando algo de madera. Eva, en tanto, decidió preparar una cena sencilla en la pequeña cocina.

Puso su cuerpo justo al lado de la cocina. Veía por el ventanal el extenso bosque. Al fondo podía observar los enormes pinos. Con una cuchara mezcló, casi automáticamente, la olla en la que preparaba los fideos.

Un ruido interrumpió su silencio. Ella alzó su mirada. Era el eco de las botas grandes de Bruno que informaban de su regreso. Iba a levantar sus manos, pero quedó entre su vientre y su hombro. Antes de que ella se percatara, ya él estaba ahí, en medio de la cocina. Su sonrisa parecía decir que todo estaba muy bien. Tenía una caja que dejó caer en la mesa, causando un gran ruido.

—¿Qué es eso? —dijo Eva con asombro—. ¿Esa es... la sorpresa que me tenías? —Había olvidado la caja que él había dejado en su camioneta.

—Exacto —dijo Bruno. Luego buscó un cuchillo en su chaqueta y cortó la caja justo en el medio. Sacó de ella un aparato que le pareció muy raro a su esposa.

—¿Qué es eso? —dijo Eva desde donde estaba, al lado de la cocina.

—Es una lavadora. Ya sé que no te gusta para nada inclinarte a lavar en la misma bañera en la que nos bañamos. Ya no tienes que preocuparte por eso, porque esta lavadora hace todo ese trabajo. Sé que prácticamente debes acostarte y te cuesta deshacerte del jabón una vez que has lavado la ropa, pero eso no volverá a pasar.

Lo único que debes hacer es poner una muda de ropa en ella, agregar agua y poner tu pie sobre el pedal. Cuando ya hayas hecho eso, añades algo de detergente, presionar de nuevo con tu pie, sacar la ropa en una cubeta, sacar el agua sucia y volver a verter agua limpia para lavar más ropa sucia. Y eso será todo lo que tendrás que hacer. Repetirás el proceso hasta que hayas lavado todo.

—¿No crees que sigue siendo una labor agotadora?

Bruno empezó a reír sin parar. Luego sonrió ampliamente. —Creí que este artefacto te gustaría.

Ya no tienes que inclinarte. Eso es una buena noticia, especialmente ahora que tu vientre crece.

Saber que la había recordado alegraba sus emociones. Aparentemente, el aparato era raro y difícil de manejar, pero seguramente se adaptaría a él al cabo de un tiempo. Tal vez otro día se sentiría mejor con una noticia como esa, pero en ese momento se sentía... tan extraña que no podía describir lo que le pasaba.

—Eva, ¿te sucede algo? —le preguntó él. El llanto que mojaba las mejillas de Eva lo estremecía. Ya no podía sonreír.

Las lágrimas eran cada vez más fuertes y anegaban su cara hasta llegar a su cuello. Intentó cerrar sus ojos con fuerza para contener su inclemente llanto, pero fue inútil.

—¡Claro que me sucede algo! ¡Es tan fuerte que no sé cómo contártelo! Sé que conocías a ese tipo, Carlos, pero fingiste que no sabías nada sobre él. Me cuesta creerlo. ¿Por qué alguien como tú reaccionaría de ese modo? Ellos nos trataron muy bien. Siento pena por ti, por nosotros. Al menos me gustó hablar con ella. Me sentí bien a su lado porque está pasando por lo mismo que yo y me transmitió confianza. Me alegró saber lo que ha vivido y compartir con alguien, cosa que tú no quieres hacer porque no tienes ganas de asistir conmigo a las terapias y las sesiones previas al parto. Eso significa que será la única mujer que irá sola a ese lugar.

—¿Entonces eso es lo que te molesta? Veo que te inquieta saber que no quería conversar con un sujeto con el que hubiera querido no toparme —dijo con molestia. No obstante, la expresión en su cara demostraba que entendía que ese no era el único motivo de la furia de Eva.

Otras lágrimas cayeron por las mejillas de Eva. Ahora no trató de frenarlas. Puso sus brazos en su cintura. En su mano derecha aún tenía la gran cuchara que había usado para mover los fideos de la cena.

—Claro que no es eso. Es que tengo muchas ganas de ir a estas sesiones. Ansío ir porque siento que así podré prepararme mejor para el parto y saber a qué me enfrentaré. Recuerda que seré yo la que traeré a nuestro hijo al mundo. Tú, en cambio, simplemente tienes que esperar en tu silla y ver el mundo girar. Me interesa conversar sobre el embarazo con otras mujeres que también estén esperando. De verdad deseo disfrutar estos meses de espera, pero contigo no puedo hacerlo.

—¿Cómo dices? ¿Quieres disfrutar tu embarazo, pero no puedes hacerlo por mí? —le preguntó él con asombro.

—Exactamente. No lo disfruto por ti. Siempre te niegas a hacer algo conmigo, como ir a Alto Prado. Ojalá te involucraras más y colaboraras más conmigo.

—Un momento —le dijo Bruno, interrumpiéndola—. Supongo que no hablas en serio. He estado contigo en cada consulta médica, a excepción de la primera. Además, fui hoy contigo a comprar la cuna y los biberones del niño. —Cerró sus ojos y levantó su mano.

—A mí no me basta con eso. No me basta para nada. Me acompañas, pero es como si estuvieras ausente o quisieras huir de ese lugar en cualquier momento, como pasó hoy cuando te encontraste a Carlos. Has transmitido esa sensación muchas veces.

Ella se refería a la sensación de que Bruno tenía una gran molestia que no quería expresar. Lo delataba el volcán en su mirada y su mandíbula apretada. Apretaba sus puños en un intento por contener las respuestas que quería ofrecerle. Con solo mirarlo se notaba su rabia.

Eva, en tanto, no se guardó nada de lo que llevaba dentro, aun cuando sabía que muchas de las cosas que decía podían parecerle una locura a Bruno.

—Muy bien, Eva. Analicemos lo que sucedió. Sé que te enojaste durante el examen médico y entiendo tus razones. Esperas que tu madre venga a acompañarte y te apoye. Me parece que eso es lo verdaderamente importante, pero no tengo nada que ver con ese asunto. La furia que sientes y

ese llanto que sale de tus ojos. El dolor que supuestamente sientes por lo que no hago. Pero si de verdad tienes muchas ganas de que te acompañe a las sesiones, lo haré por ti. Recuerdo que una vez me lo planteaste y te respondí que me gustaría que nos quedáramos en casa y leyéramos sobre el tema para que practicáramos aquí. Y tú estuviste de acuerdo. Incluso pensé ir a la librería y comprar algunos libros. Ahora me doy cuenta de que este asunto es muy especial para ti, ¿pero ¿cómo podría haberlo notado si tú no me dices lo que sientes o piensas? Debes disculparme porque no me gusta ir a la ciudad y que eso te dificulte tener amistades, pero recuerda que este es el estilo de vida que decidiste llevar. Tenías la opción de marcharte, y sin embargo preferiste quedarte a mi lado. Quisiste estar conmigo desde el principio. Cuando lo hiciste, planeamos hacer un gran esfuerzo para que nuestra relación fuese estable y feliz. Quiero que todo marche bien y nuestro bebé nazca en un ambiente confortable y alegre. Sé que tengo mis defectos. He estado consciente de ellos desde que era un niño. No voy a negarlos, pero tú los conocías antes de mudarte conmigo. Y si no quise conversar con un sujeto que conocí hace muchos años fue porque pasó algo que quisiera olvidar. Eso no tiene que afectar lo nuestro, aunque te parezca que fui descortés o creas que ellos son buenas personas.

Eva sentía que su pecho se oprimía con el dolor. —Bruno, esto no tiene que ver con mi mamá —le dijo ella con enojo. Un dolor que se fundía con la rabia. Pensó levantar la cuchara y lanzarla al rostro de Bruno. Ella era consciente de que todo lo que había dicho era cierto, y eso solo la hacía sentir mucho peor.

—Claro que sí. Es lo único que no puedo hacer. No puedes pedirme que asuma la responsabilidad por ese asunto. ¿Deseas que tu madre venga? Entonces llámala y pídeselo. Solo así sabrás si quiere apoyarte. Si yo fuese tú, me sentiría mejor al hacerlo, en lugar de tener mi cerebro lleno de dudas todo el tiempo.

—Para ti es sencillo decirlo —le dijo ella en voz—. ‘Llámala’. ‘Pídeselo’. Apuesto que se morirá de ganas de saber lo que me pasa. Esperas que olvide que han pasado casi cinco años y busque a la mujer que me echó de casa y me exigió que no regresara.

—Tal vez cuando sepas que estás embarazada se suavizará un poco.

—No olvido que me echó de casa. Eso significa que no debo ir allí por ninguna razón.

—Pero debes tratar de conversar con ella para saber si cambió de parecer.

—Vaya, Bruno. Me parece una estupenda idea. Tú deberías hacer lo mismo. Hacer lo que te pido. Podrías, por ejemplo, ir a Alto Prado siempre, en lugar de ir solo cuando te le exijo.

—Cambiaste el tema.

—Porque me parece que debemos conversar al respecto. ¿Tú me das consejos o me exiges cosas? Yo también puedo hacerlo.

Él dejó que su cuerpo se inclinara un poco hacia adelante. Tomó aire profundamente. —Amor, no estoy exigiéndote cosas —dijo, con una voz tan calmada que la sorprendió—. Lo único que te sugiero es que llames a tu madre. Creo que eso te relajaría. Saber si ella quiere ayudarte o no te hará sentir mejor.

—Bruno, mi madre y yo estuvimos bien desde que nací, pero eché todo a perder de un momento a otro. Quizás no me hace falta perdonar sus errores. Quizás debo perdonarme a mí misma y no puedo hacerlo. Siempre dijo la verdad, pero yo nunca la escuché y me porté mal. ¿Has pensado que probablemente yo no quiera buscarla? Tal vez no quiero que mi madre vuelva a echarme en cara que no quiere tener noticias sobre mi vida. Recuerda que la unión de una madre y sus hijos es pura y sagrada.

—Oye, ella se equivocó al echarte de casa. Me parece que lo dijo porque estaba molesta. Tal

vez, después de este tiempo, ella también esté arrepentida. Y tal vez quiere hablar contigo, pero no encuentra la manera. Todos tenemos derecho a equivocarnos y crecer para vivir de forma independiente. Solo así podemos madurar.

Eva escuchó y dejó que un suspiro saliera de su garganta. La respiración que venía de sus pulmones estaba agitada y caliente. Estaba temblando y su llanto no paraba.

Abrió sus manos y la cuchara que sostenía cayó en el piso. Cuando se percató, ya casi era tarde: la comida estaba lista, pero parecía no importarle.

Bruno se acercó a ella con dos suaves pasos. Caminó a su derecha, apagó la cocina y ubicó la olla con la comida en otra hornilla apagada. Después Eva se vio a sí misma abrazada con él. Sus poderosos brazos la rodeaban por la cintura. Sus movimientos la halaron hacia su esculpido abdomen, el mismo con el que tantas veces se había excitado y que conocía a la perfección. Sintió el aroma a bosque y pinos que provenía de la camisa de Bruno. Era un olor fresco y reciente. Tomó aire para calmarse, apagar sus lágrimas y relajar por un momento su ya quebrado espíritu.

Un aroma poderoso y viril, que al mismo tiempo la hacía sentir cómoda. Recordó que siempre quiso vivir rodeada de naturaleza porque le parecía maravillosa y relajante.

Ella dejó que la fuerza de su cuerpo la llenara de placer. Era una sensación de paz, calidez, comodidad. Bruno llevó sus dedos al cabello de Eva y ella de inmediato olvidó su molestia y todas sus incertidumbres. En lugar de agregar algo, se mantuvo a su lado, en silencio, mostrándole su respaldo y dándole el valor y el ánimo que ella no pedía, pero que él sabía que le hacía mucha falta. Peinó con delicadeza sus rizos.

—Eva, te amo muchísimo. Te juro que estaremos bien —le dijo sobre sus rizos—. Puedes estar segura de que superaremos este obstáculo. Te darás cuenta pronto.

Retrocedió un poco para encontrarse con la mirada de Bruno. De inmediato, la luz de su mirada la iluminó. Su cara se llenó con el amor que él sentía.

—Lamento haberme expresado de ese modo —le dijo en voz baja—. Lo digo porque si realmente no fuese feliz contigo o no me bastar con lo que haces, ya me habría marchado. Te juro que le dije por molestia, pero en realidad no lo siento.

—Te comprendo. Aunque mucha gente crea que el tema de las hormonas no es serio, yo sí lo creo. Sé que hay muchas cosas pasando por tu mente y te cuesta manejar tus cambios de humor y los sentimientos encontrados que tienes, pero no olvides que me encanta tu bondad, tu sensibilidad y tu espíritu feliz. Sé que estás atravesando una etapa de regocijo y emociones, pero imagino que también debes estar aterrada. No lo sabes, pero durante algunas noches me he quedado en vela, aguardando que duermas. Solo anhelo que me ames como te amo yo, y que ese amor nunca muera. Que nuestro bebé sea feliz y esté lleno de salud toda vida. Sé que serás una madre excelente. Espero ser un buen padre también. Solo me preocupa no poder hacer nada cuando nazca y empiece a crecer en ese mundo tan...

Eva escuchó sus palabras cortadas y notó el pavor que se apareció en la mirada de Bruno. Por poco se paralizó de miedo. —Sí, Bruno, sé muy bien a qué te refieres. Lo que estamos viviendo me permite comprender cómo el temo jamás nos abandona por completo. Creo que nadie podría enfrentarse a esas cosas, aunque se prepare. Ser mamá me hará muy feliz, pero entiendo que viviré permanentemente con preocupaciones. Tú comprendes tan bien como yo que este mundo está lleno de problemas. Hay miles de cosas que pueden afectar su vida.

—Cuando me dijiste que te sentías sola, ¿lo dijiste porque realmente lo sientes? La idea de que creas que tengas que vivir esto sola no me agrada para nada. Sabes que estoy a tu lado. Y seguiré estándolo. Pero no sé si en algún momento tendré ganas de ir a Alto Prado y compartir con otras

personas. No sé si pueda cambiar tanto como me pides. Siento que esa no es mi personalidad. Espero que cuentes con todo lo que te haga falta, que sientas que ya estás lista. Cuando te dije que pediría que nos instalaran el servicio de internet lo decía en serio. También lo hice cuando dije que haría algunos arreglos en esta cabaña, para que estés más cómoda. Sé que eso te permitirá disponer de todo lo que requieras. Puedo comprarte algunos libros sobre el parto también. Solo pídelo y lo haré. Te aseguro que estaremos juntos en esto. Mi mayor deseo es estar contigo, si bien no puedo ir a esas sesiones.

—Entiendo —dijo ella en voz baja—. Cuando dije que no me bastaba no lo decía en serio. Disculpa. Lo que haces es más que suficiente para mí. Y si me siento sola es porque no puedo hablar con otras mujeres. Otras que ya hayan vivido este proceso o lo estén viviendo como yo.

—Mañana contactaré a la empresa de internet satelital. Tal vez podamos comprar los aparatos, el módem o lo que haga falta. Cuando ya los tengamos, podrás buscar foros, alguna página de apoyo o simplemente un chat en el que puedas conversar. ¿Qué te parece?

Era evidente que Bruno estaba haciendo un gran esfuerzo. A Eva le gustaba ese gesto y se lo reconocía. Si bien no le parecía del todo bien, ella sonrió lentamente y asintió con su cabeza. Cuando le dijo que su esfuerzo era más que suficiente, sí estaba hablando en serio. Lo que hacía por ella era un gesto que a Eva le parecía muy importante. Además, él no era responsable por la herida en su pecho. Estaba claro que Bruno había dicho la verdad: era ella quien debía solucionar ese asunto con su madre.

—Bueno, podríamos comer esos fideos que preparaste. Creo que ha sido un día agotador para ambos, así que nos lo merecemos. Después te tomaría con mis brazos para llevarte a nuestra cama y desnudarte.

Ella sintió que sus piernas se debilitaban ante la fuerza de las palabras de Bruno. Los espasmos recorrieron su espalda.

—Puede que ya haya perdido el apetito —le respondió Eva en voz baja—. Me refiero a los fideos. —Su alegría quedaba clara con sus palabras.

Bruno se asombró. Se acercó a ella y chocaron sus labios. Había entendido las frases reveladoras de Eva. La desbordó de pasión. Su boca la reclamaba con fuerza y pedía más. Pasó a su garganta rápidamente. Ella puso sus dedos sobre su cuello y lo acercó rápidamente hacia su cara.

Eva pensaba en el porvenir y solo podía encontrarse con incertidumbres. Él le había asegurado que esta etapa era emocionante, pero que también producía mucho temor. Era verdad. Pero si de algo estaba segura era del amor y la estabilidad que Bruno le brindaba. Ella sabía que podía contar con él.

—Ya detén esos pensamientos —le pidió Bruno cuando separó sus labios de los de Eva—. Es el momento de detener tus pensamientos y comenzar a sentir.

—Ya estoy sintiendo —le respondió ella mientras sonreía—. Estoy sintiendo todo en mi pecho.

Capítulo 5

—No te creo —le dijo Bruno con tono desafiante.

Ella subió su boca lentamente y Bruno pudo deleitarse con su sonrisa, a pesar de que se notaba la sorpresa por su frase. —No entiendo qué es lo que no crees. Claro que estoy sintiendo. Siento de todo cuando estamos así, juntos —le confesó entre risas.

—Pero quiero que sientas más cosas. De hecho, hay algo que me gustaría que probaras.

—¿Cómo dices? —le preguntó mientras daba un paso hacia atrás y veía su cara en busca de alguna pista.

Repentinamente sus mejillas se llenaron de un fuerte tono rojizo. Y también sintió cómo sus senos se inundaban de cosquillas, aun cuando ya tenía cuatro meses de gestación. Aunque su ceño estaba fruncido, la mirada mostraba las ganas que tenía de descubrir de qué se trataba.

—Lo que escuchaste. Puedes ir a nuestra habitación, desnudarte y esperarme.

—¿De verdad me estás pidiendo que lo haga? —El rojo de sus mejillas se intensificó.

—Claro que sí.

—De acuerdo. Voy a darte un voto de confianza. —Sus maravillosos labios empezaron a sonreír lentamente.

—Hazlo. Te aseguro que disfrutarás mucho.

Asintió lentamente y luego caminó con calma hacia la habitación. Una vez que pasó, cerró la puerta con calma.

Pensó en Eva en el cuarto. La imaginó desnudándose, quitándose poco a poco toda su ropa, dejando que la noche llenara su cuerpo con la suave luz lunar, que dejaba al descubierto la maravillosa silueta de su cuerpo llena de curvas. Cerró sus ojos y convirtió sus manos en puños, dándose fuerza para no correr hacia el cuarto y hacerla suya. Aguardó pacientemente que ella estuviera adentro y se tomara su tiempo. Sintió que sus músculos se tensaban mientras sus sentidos se llenaban de pasión.

Sus instintos se activaron y su pecho se llenó de sudor. No quería entrar aún hacerlo porque tenía otra cosa en mente. Sería la primera vez que lo harían. Sería algo dulce, una muestra de gentileza y amor, pero al mismo tiempo bastante atrevido y privado. Entonces se sintió como un animal salvaje y excitado.

Tomó aire y exhaló lentamente. Repitió el proceso varias veces. Vio su reloj y se dio cuenta de que ya había pasado un rato. Caminó con premura por la cocina, en dirección hacia su cuarto. Puso sus dedos en el pomo de la puerta. La abrió con mucha calma. Las antiguas bisagras se movían y resonaban las paredes. Ella lo escuchó y movió su cara para ver a Bruno. Su intención era que ella percibiera el sonido lento y prolongado.

Bruno sintió que su espalda se retorció. Aunque ya había visto su cuerpo muchas veces, se sintió impresionado al mirarla una vez más.

Se controló, haciendo un gran esfuerzo, para no ver su espectacular abdomen y fijarse únicamente en sus ojos. Si se fijaba en el contorno de su piel, en sus senos abultados, en sus pezones erectos, no sabía lo que sucedería. Seguramente se volcaría sobre ella y...

—Dime qué planeas hacer —le pidió Eva en voz baja.

—Aunque dijiste que sentías muchas cosas, no hemos sentido esto. Quiero vendar tus ojos. Los médicos aseguran que, si privan a una persona de un sentido, los otros pueden percibir más. Quiero llenar tu cuerpo de placer y que lo disfrutes como jamás lo has hecho.

Le mostró una linda y larga sonrisa, y lo invitó a acercarse con su sugestiva mirada. —¿Crees que eso pueda pasar? —pudo responderle, aunque le costaba hablar.

—Creo que es hora de descubrirlo.

Entonces él caminó hacia su mesa de noche y abrió la gaveta superior. Encontró la venda negra que buscaba y una pluma negra alargada, mientras la mirada inquisidora de Eva no se apartaba de su cuerpo y él podía sentirla.

Finalmente él volteó. Tenía las cosas en sus manos. —¿Dónde encontraste esas cosas? —La mirada de Eva mostraba el shock en el que estaba.

Su mirada revelaba que, aunque estaba confundida, quería seguir adelante. El tono de su voz revelaba su nerviosismo, pero Bruno no se dejó llevar por él.

—Las compré hoy en esa tienda en Alto Prado, una vez que pasé por nuestras frutas. Esperaba sorprenderte y darte una muestra del romanticismo que aún puedo darte.

—Es obvio que aún puedes seguir siendo romántico, mi amor —dijo Eva mientras relajaba los músculos de su cara y veía el pecho de su amado.

Después de unos emocionantes segundos, se acercó a su cara para cubrir sus ojos con la venda, pero evitó atarla. Cada paso lento que daba emocionaba más a Eva.

—Dejaré que la mantengas sobre tus ojos. Recuerda que hago todo esto por ti —le dijo con calma.

—¿Y tú? —le preguntó. Con sus dedos tocó suavemente la venda. Sintió la tela delicada.

Tomó la pluma con su mano y la movió en el aire. No se trataba de una pluma regular, de las que se usan para escribir. Era una pluma larga, con curvas y un tono bastante oscuro. Era obvio que era un objeto producido para causar placer. —Lo hago por ti, lo que significa que también lo hago por mí —le dijo con fuerza.

Ella se agitó cuando la pluma empezó a moverse sobre sus senos y le causó cosquillas. Sus pezones se izaron y toda su piel se erizó velozmente. Bruno también se excitó rápidamente. Su pene se irguió y presionó sus pantalones con fuerza. Tenía muchas ganas de sentir la piel de Eva, jugar con sus senos y demostrarle, convencerla una vez más, que le pertenecía por completo. La pasión apretaba su garganta.

Pero se contuvo. Lo había pensado mucho en la camioneta mientras regresaba a la cabaña. Usó toda su voluntad para controlarse. Ahora que había llegado el momento, no quería estropear todo por no poder manejar el fuego de sus entrañas.

Entonces llevó la pluma al cuello de Eva. Se encontró con el centro de ella y repasó el aroma que emanaba. Tomó aire de nuevo. Vio que sus piernas se movían y su piel estaba erizada. Bruno veía cómo Eva tragaba grueso. Él detuvo sus movimientos y dejó la pluma en el aire. Luego trazó una línea por su cuello, subió hasta sus hombros y llegó a sus senos. Anticipaba lo que ocurriría después.

Mientras sus hombros se tensaban, sus piernas se cerraban y su corazón latía con fuerza, trataba de no mostrar la excitación que ya sentía. Sus muslos se movieron, frotándose, y él sabía que ella estaba tratando de aliviar el dolor de la piscina allí. No paraba de estremecerse.

Bruno sintió que un profundo deseo nacía en su cuerpo. La necesidad de saborear su cuerpo, hacerla suya, demostrarle su amor una vez más. Su pene volvió a presionar su pantalón, con tal

intensidad que empezó a sentir dolor. Se sintió molesto, pero controló su reacción. Tenía ganas de desnudarse y llevar su erección a las entrañas más profundas del cuerpo de Eva. No obstante, eso era lo habitual. Ahora, quería hacer algo distinto. Complacerla totalmente a ella.

Hacía todo eso por Eva. Incluso ya se lo había dicho.

Puso la pluma sobre un pezón de Eva y ella levantó su pecho, sobresaltada. La movió, dibujando círculos sobre sus senos, haciendo que varios gemidos salieran de la garganta de su chica. Bruno se fijó en su rostro. Ella soltó aire lentamente. Notó la humedad en su boca y notó que la abría suavemente. Sus mejillas volvían a llenarse de rubor.

Paró los movimientos circulares que hacía sobre el pezón y movió la pluma para rozar el otro. Hizo lo mismo que había hecho previamente. Giró sobre él y lo acarició lentamente con su pluma. Cada movimiento, aunque fuese muy leve, despertaba su sensibilidad. Retorció su espalda y casi se sale de la cama. Se movió y sus muslos se levantaron. Bruno entendió que ella ya no podía controlar su cuerpo. Se excitaba con esas acciones de Bruno, inéditas para ella. Todas sus reacciones eran impulsivas y respondían a sus instintos.

Él deslizó la pluma. La puso entre sus senos y la movió para que ella sintiera cosquillas. Luego la colocó en su estómago, aún plano. Después la llevó a sus caderas, tan pronunciadas como de costumbre. Posteriormente la bajó y se encontró con su ingle.

Él detuvo sus ojos en su rica vagina. Luego contempló sus muslos. Eva se agitó con las caricias de la pluma. Sabía que, si estuviera en sus manos, ella habría hecho los mismos movimientos. Gimió profundamente. Era un ruego poderoso. El eco de una mujer que anhelaba estar con su marido.

Aunque la tensión en su pecho aumentaba hasta el punto de apropiarse de sus sentidos, Bruno pudo sonreír. Sentía que sus piernas se movían lentamente, como si le pidieran avanzar sobre Eva.

Sí, podría obedecer a esos impulsos y saciar su hambre, pero sabía que esa sería la salida sencilla y más rápida. Eva abrió sus piernas cuando Bruno llevó la pluma más abajo y la dejó en su rodilla. Sus labios vaginales estaban humedecidos y expectantes. La vio nuevamente y pudo comprobar que estaba lista.

Él sabía que faltaba poco. Tragó grueso y se obligó a mantener la calma. En unos momentos, su boca tomaría el lugar de esa pluma. Veía toda la anatomía de Eva. Sentía que era una tortura no poder hacer nada por el momento. Llevó sus ojos a los lindos rizos que caían sobre sus hombros y recordó lo hermosos que le parecían.

Él subió la pluma. Le produjo más cosquillas cuando llegó a sus muslos, maravillosos como cada parte de su cuerpo. Ella no pudo respirar cuando él bajó la pluma por sus piernas, moviéndose por la parte baja de su cuerpo, seduciéndola, provocando su deseo. Una vez que recobró su aliento, una cálida ráfaga de aire salió de su boca.

—Bruno, hazlo —le pidió—. Hazlo, por favor. —Su voz sonaba quebrada y suplicante.

—¿Que haga qué? —le respondió, mientras una sonrisa maliciosa se asomaba en su boca. Aunque su cuerpo le dolía, sentía placer al ver cómo Eva disfrutaba y se desesperaba con el paso de la pluma sobre ella. Ya ansiaba tenerlo dentro de ella. Sus líquidos corrían por sus piernas. El olor lo atrapó y por poco Bruno olvidó lo que estaba haciendo.

—ya lo sabes —le dijo en voz baja—. Tocarme.

—¿Tocarte con esta pluma?

—Claro que no. Hazlo con tu boca, con tus dedos. Con la parte de tu cuerpo que desees —le reclamó.

—Lo haré —le dijo unos segundos después—. Pero debes dejar tus ojos vendados. —La

espera era tensa.

—Claro que sí —le respondió ella mientras asentía con su cabeza—. Pero hazlo ya. Tómate con tus labios.

Capítulo 6

Eva creyó que había llegado al punto de saber lo que era ser completamente feliz. Si bien siempre se había entregado a Bruno, era la primera vez que le permitía poseerla de este modo. Sentía un deseo intenso y animal creciendo en su interior.

Bruno había comenzado su seducción como un juego, un intento por encender dentro de ella una leve chispa, que paulatinamente se transformó en un incendio de grandes dimensiones que subía la temperatura de su piel y se apoderaba de cada parte de su cuerpo.

Ella creía que la pluma la había aturdido, pero los labios de Bruno, esos labios cálidos y placenteros, le daban un placer aún más poderoso.

Bruno llevó su boca al pezón de Eva, que ya le dolía por el paso de la pluma sobre él, y ella no pudo evitar gemir con fuerza. Aunque no pudo verlo por la venda, los movimientos que hizo sobre el borde de la cama le permitieron saber que había bajado su cuerpo y estaba de rodillas frente a sus muslos. Quiso mover sus dedos, ponerlos en su cabeza y halar ese cabello negro que tanto le gustaba, guiar los movimientos de los labios de Bruno, pedirle con sus manos que se moviera más arriba, más abajo, luego más arriba, y que finalmente se quedara más abajo, profundamente.

Ella sintió que le dolía todo su cuerpo. Los delgados pelos de su mandíbula rozando sus pliegues le produjeron una intensa sensación. Ondas y ondas de dolor mezcladas con una poderosa excitación hacían que se retorciera constantemente. Cada vez que él movía sus labios, la mordía o la chupaba, el placer se multiplicaba en lo más profundo de su vagina, que ya estaba ardiendo por todo lo que él había hecho hasta ahora.

Entonces Bruno usó sus dientes para morderla con delicadeza. Los dejó sobre su pezón e Eva por poco se desmaya. Un fuerte gemido que salió desde lo más profundo de su garganta le recordó a él la excitación que ella sentía. Se aferró a la manta y mantuvo sus manos sobre ella con fuerza. Ella sentía que sus dedos rogaban que las dejara moverse, explorar, jugar con el cuerpo de Bruno, pero las mantuvo sobre sus hombros. Aunque sus pies querían anclarse a la cama, controló sus muslos para que no movieran. Solo los separó, en un intento de demostrarle que anhelaba que sus dedos tocaran la zona más excitada de su cuerpo.

Pero él solo quería aturdira más y más. Pasó por alto esas súplicas. Entonces levantó su rostro lentamente. Sacó la lengua de su boca y chupó su pezón. Entonces otra ola de excitación estremeció el cuerpo de Eva. Sus senos, sus muslos, su vagina. Todos latían con fuerza.

Ella dejó que la brisa que venía desde afuera calmara un poco sus ansias. Reclinó su cuerpo, sintiendo la calidez de la saliva de Bruno en su pecho. Un suspiro escapó de su boca, el más suave hasta ese momento, y sintió que sus senos se levantaban aún más por la excitación, aunque le costara creerlo.

Cuando Bruno volvió a tocarla, sus piernas se levantaron automáticamente. El continuó dejando rastros sobre ella, con besos apasionados que recorrían sus hombros, sus mejillas y su cuello. La mordía, la chupaba, y luego se detuvo en su otro seno sediento. Repitió en él los movimientos lentos pero apasionados que había hecho en el pecho izquierdo. Con su lengua paseó sobre su pezón y cada lamido hacía que Eva estallara de excitación. Sus jugos ya corrían sin parar por sus

muslos.

Eva no entendía cómo había sentido un fuego tan intenso si él apenas había pasado por la zona en la que ella esperaba miles de besos.

Pensó suplicarle una vez más, pedirle que llevara sus labios a su vagina, pero los labios apasionados y ardientes de Bruno se alejaron de sus senos. Bajó lentamente, haciendo una parada en su vientre para besarlo y lamerlo. Él pasó sus labios, sus dientes y su lengua con contundencia sobre su cuerpo, haciendo que sus músculos se tensaran de nuevo y su piel se hundiera en la agitación. Ella volvió a levantar sus muslos, acercando más su boca a su cuerpo.

Tuvo que apretar su mandíbula. Notó que él se movía bajo su vientre. Su maravillosa cara rozaba sus muslos y ella podía sentir la bocanada cálida y delicada que provenía de sus pulmones. Con lentitud y una calma pasmosa, le pidió separar sus piernas.

—Te mentiría si te digo que esta espera no está matándome también. Debes permitirte saborear tu cuerpo.

Reconoció que se sentía torturado por el intenso momento que vivían. Cada vez que eso pasaba, ella sentía que tenía poder sobre él. Recordaba que él ansiaba estar dentro de ella constantemente. Esas confesiones maravillaban a Eva. Ella se sobresaltó con esa frase. Ese deseo irracional y esas palabras contundentes le hacían recordar que el fuego que se encendió cuando se conocieron seguía allí. Y cada vez era más fuerte.

Ella abrió sus piernas. Le mostró así el órgano de su cuerpo que más quería ofrecerle. Casi sintió que hacían el amor por primera vez. Poder mostrar todo su cuerpo la hizo sentirse liberada y desbordó sus emociones.

—Vaya. Esta parte de ti tiene un rico aroma. Hueles a mujer y estás lista para que te haga mía.

Cuando dijo esas palabras, el rubor se adueñó por completo de las mejillas de Eva. Se había enfocado tanto en sentir placer y disfrutar todo lo que hacía Bruno que no había pensado ni por un segundo que estaba bajo su control o que él la veía con una impresionante.

Cuando llevó su boca sobre sus pliegues, Eva sintió que pronto acabaría. El roce de sus labios sobre su clítoris hizo que ella sintiera que no podría tolerarlo por más tiempo. Pero ella no quería alcanzar el orgasmo tan rápido. Esperaba disfrutar cada movimiento de Bruno, que él la condujera a ese punto con calma con cada beso y caricia, hasta que ella sintiera que no podía más.

Cerró sus ojos y tomó aire con fuerza. Supuso que Bruno se percató de que ya estaba lista para él, pues solo unos segundos después su boca volvió a posarse en su vagina. Esos labios le regalaban una mezcla de calor y suavidad con cada lamido y cada beso. Evitó mover sus manos y llegar a su clítoris. Se movía sobre ella rozándola, indagando su anatomía. A ella le gustó. Si hubiera alcanzado su clítoris, ella habría estallado rápidamente.

Él se movió con lentitud sobre ella, con dulzura y delicadeza, al tiempo que Eva se retorció cada vez más fuerte y sentía cómo la intensidad de sus emociones conmocionaba su pecho y apretaba su garganta.

Jamás se hubiera imaginado que él se movería con tanta agilidad en su vagina, dejando que su boca circulara por sus pliegues, cada vez con más fuerza, con la intención de que disfrutara por completo sin pensar en nada más. Él ansiaba que ella complementara sus movimientos. Entonces Eva gimió poderosamente y levantó sus caderas para unir su cuerpo a su cara. Ya no podía controlar los movimientos de su cuerpo.

Su mente anticipaba una acción de Bruno que la haría alcanzar el placer definitivo. Todo su cuerpo se tensó.

Él llevó sus labios a la cima de sus pliegues. Luego bajó por ellos y llegó a su entrada. Eva

contuvo el aliento mientras él aguardaba, dejando que el tiempo pasara para que el placer se prolongara, hasta que poco después sintió que no podría esperar ni un segundo más.

Un segundo después, sintiendo que su cuerpo ya no toleraba un instante más de espera porque podría estallar anticipadamente, llevó su lengua al interior de Eva. Esperaba accionar todos sus nervios para que sintiera una excitación más intensa de la que nunca había sentido. La besó con intensidad en su entrada, moviéndose con poder con cada beso y cada lamido.

Puso su lengua en su vagina varias veces. Decidió mover su boca con mayor velocidad y más fuerza, paseando en su interior y evitando lamer su clítoris. Un gemido salvaje, un ruido poderoso y animal que llegó soberbiamente a los oídos de Bruno, el que le informó que ella había alcanzado el clímax.

Su espalda se arqueaba una y otra vez. Las caricias que seguía dándole continuaban excitándola. Bruno podía oír los gemidos de placer que ella soltaba por doquier.

En ese momento, sabiendo muy bien el placer que ella sentía con sus movimientos, puso su boca cerca de su clítoris.

Eva se preguntó si sería posible alcanzar un orgasmo en medio de otro orgasmo. Si bien no podía responderse esa interrogante, sintió que la intensidad de las emociones que vivía la llevaban al cielo del placer. Ondas constantes de placer electrizaran su cuerpo. Una serie de fuegos artificiales se encendió en medio de la venda que cubría sus ojos y se dejó llevar. Sintió que volaba y se separaba cada vez más de la tierra. Cada una la impactó con furia y le robó el aliento.

Notó que la cama se movía con fuerza. Entonces pudo oír el grito de placer que soltó Bruno. Lo liberó desde el fondo de su pecho. ¿Se habría venido él conmigo?, se preguntó Eva. El sonido también había sido intenso y salvaje.

Un rato después sintió que volvía a la cama. Sintió que sus extremidades estaban tan relajadas que apenas podía moverlas para deshacerse de la suave tela que había cubierto sus ojos durante un rato. Levantó su cuerpo y decidió quitarse su venda.

Entonces sus ojos contemplaron a Bruno sin parpadear. Él estaba en shock.

Sonrió, pero estaba nervioso. —Es la primera vez que vivimos algo así —le confesó él. Su cuerpo estaba tenso—. Aunque planeé todo para complacerte y hacer que te vinieras, en algún momento no pude controlarme. —La vio y sus ojos revelaron el impacto que sentía.

Ella sintió ternura por lo que escuchaba. Le devolvió la mirada. Se movió hacia la izquierda para que él pudiera sentarse a su lado. —Siéntate a mi lado —le pidió en voz baja—. Me encantó todo lo que hiciste. Ahora quiero que me abracés. Es lo que más quiero en este momento.

—Creo que debería... cambiarme antes de hacer eso —dijo, pero no parecía convencido.

—Puedes quitarte toda la ropa si quieres hacerlo. Me parece una buena idea —le contó mientras le guiñaba un ojo y separaba más sus piernas.

Él tomó aire. Luego dejó escapar un gruñido. Eva sonrió sin poder evitarlo. Bruno pareció una gacela cuando se levantó de la cama. Corría con mucha velocidad.

Capítulo 7

El silencio y la penumbra de la noche envolvían la sencilla cabaña. Apenas podía oírse el eco de la suave respiración de Eva. Se había quedado profundamente dormida hacía unas horas y no había despertado ni por un segundo.

Él volvió a girar en el lado de su cama. Giró por enésima vez, vio al techó y suspiró. El insomnio era terrible. Su mente no le dejaba en paz.

Vio las sombras que se reflejaban en la pared. Notó que las hojas de los árboles se balanceaban con el viento. Las imágenes también se proyectaban en sus sábanas y el tapiz que protegía el suelo.

Su mente estaba enfocada en su viaje más reciente a Alto Prado. Sabía que Eva se había sentido muy molesta y decepcionada, pero sobre todo muy triste, porque él no había podido, o, mejor dicho, no había querido decirle la verdad sobre su pasado. Le hubiera gustado decirle que no lo hacía para mantenerla a salvo. Esas dantescas imágenes aún lo acosaban, incluso décadas después de haber escapado de ella y refugiarse en el bosque. No quería que ese pasado se asomara en su puerta y acabara con su mágico presente. Esperaba alejar a Eva de las pesadillas que le había tocado vivir.

Pero ella ya se sentía acongojada. Lo había demostrado cuando estaba en la sala de exámenes del hospital.

Había confesado que anhelaba conversar con su mamá. Ella ya esperaba un hijo hacía cuatro meses y su madre no estaba al tanto de ello. Entendía perfectamente que a muchas personas les costaba enfrentarse con su pasado. Además, ella tenía que encarar otras angustias también sobre su futuro como madre.

Él dejó escapar otra bocanada de impotencia. Entendía que ella estaba muy triste. Solo con verla se notaba. No podía fingir que nada pasaba u ocultar sus verdaderas emociones, como hacía él perfectamente. Ella siempre los mostraba claramente. Era una de las razones por las que él la amaba. Sentía que tenía ganas de hacer algo para que ella se animara.

Repentinamente, surgió un plan en su mente. Sabía que ella había comprado un celular recientemente. Aunque en la cabaña no podían llamar con frecuencia por la mala señal, Eva lo había comprado para usarlo en caso de emergencia o si decidía ir sola a Alto Prado. Él había aceptado la idea. Cada vez que estaban separados, los dos encendían sus aparatos y se mantenían comunicados por esa vía.

Quizás sí podría hacer algo por ella.

Eva pudo haber guardado el número telefónico de su mamá en su celular. Bruno estaba convencido, aunque no sabía por qué, de que ella lo había hecho. Tal vez eso serviría para ubicarla. Incluso podría... llamarla.

Eva se había quedado dormida tras tener relaciones por segunda vez durante la noche. Él vio la hora y supo que aún era temprano. Eran las nueve y diez en ese momento. El insomnio lo había aturdido por unas dos horas. Eso significaba que eran apenas las once de la noche. Probablemente no era tan tarde para hacer una llamada inusual a una persona desconocida. Se preguntó si habría

una buena hora del día para hacer ese tipo de llamadas.

Entonces se levantó con sigilo, pero escuchó el crujido de la madera cuando puso sus pies en el piso. Retiró la manta de su cuerpo y se levantó lentamente. Caminó como pudo por la habitación en penumbras. Se dirigió hacia su armario. Hizo silencio y tomó aire. Buscó los pantalones que había comprado recientemente y los combinó con una camisa oscura. Sabía que había dejado su abrigo de lana en el pomo de la puerta.

Se concentró en subir su pantalón y salir de su dormitorio sin hacer ruido. Evitó ponerse calcetines. Cerró la puerta con calma y salió.

Supuso que el celular de Eva seguramente estaría en su bolso. Ella lo había usado en tres ocasiones cuando estuvieron en Alto Prado. Caminó hasta la cocina y encontró su gran bolso en la pequeña mesa de la cocina. Giró cuando su vientre se agitó. Recordó que no había comido nada durante la noche.

Los fideos que Eva había cocinado seguían en la hornilla derecha. Ahora estaban fríos, casi congelados. La imagen le impactó. Decidió lanzarlos sobre la bolsa de basura para sumarlos posteriormente al abono. Echó más madera a la chimenea para que la cabaña mantuviera una temperatura cálida por el resto de la noche.

Una vez que había lanzado suficientes troncos, notó que el fuego subía y su cuerpo volvía a sentir calor a medida que la madera se quemaba progresivamente. Giró su cuerpo. Vio el bolso de su esposa y sintió que era un ser vivo más. Aunque no era un león acechante, parecía que lo era. Su pensamiento le pareció absurdo. Tomó aire profundamente, caminó hasta llegar al boldo y hurgó en él.

Rápidamente encontró el celular. Aún estaba encendido. Eva había estado pensando en otras cosas y había olvidado apagarlo una vez que llegaron a la cabaña. Él estaba seguro de que no tendría que escribir una contraseña de seguridad para encontrar la información. Buscó entre sus contactos. Se topó con la palabra mamá y encontró el número telefónico. No había información adicional.

Caminó sigilosamente una vez más, aún sin ponerse sus botas, hasta que llegó a la puerta y se las puso. También se puso su chaqueta. No amarró sus agujetas. Recordó que se sentaría afuera, en el jardín, a unos dos metros de la entrada. Sus dedos temblaban cuando puso el celular en el bolsillo derecho de sus pantalones al dar unos pasos.

Abrió la puerta y un viento cálido chocó con sus mejillas, tal como había sucedido con la chimenea ardiente en la cocina. Suspiró largamente mientras veía que el humo subía y se mezclaba a lo lejos con las nubes grises de la noche, justo sobre su cara.

Vio las decenas de estrellas en el cielo.

Un viento más frío entró por la parte baja de sus pantalones, pero estaba tan concentrado que no lo notó. Volvió a suspirar y se sentó en la escalera de la entrada.

Puso sus dedos en su bolsillo. Encontró el aparato que buscaba. Lo puso frente a su cara y lo vio detenidamente. Unos segundos después lo giró y buscó los contactos, seleccionó el de mamá y presionó para llamar.

El celular sonó. El sonido se repitió varias veces. Pensó que debía colgar porque sería inútil continuar esperando. Además, sentía que estaba actuando de modo desleal con Eva. Se arrepintió de haber planeado algo tan absurdo como eso, pero sus pensamientos se interrumpieron cuando una cálida voz saludó al otro lado de la línea.

Capítulo 8

Como otros artistas, Eva sentía con frecuencia que a sus pinturas siempre les faltaba algún retoque. Podía haber terminado esas obras, pero tras unos meses las buscaba en su taller para modificar algún detalle o terminar algo que le parecía que había quedado inconcluso. Tenía la idea de que debían ser perfectas, aunque no lo había logrado hasta ahora.

—¿Por qué te preocupa eso? Esa pintura es maravillosa tal como está.

Ella suspiró y giró. El pincel que tenía en su mano llenó el piso con algo de arcilla. Bruno había llegado y ella no se había percatado. Había estado ocupado en el bosque mientras ella trabajaba en su pintura y mantenerse haciendo algo durante la mañana.

—Sabes que no me gusta que llegues así. ¡Pude haberme asustado y estropear toda la obra! — Lo decía para simular una gran molestia, pero la sonrisa que le regaló le demostró lo contrario. Ambos ya se conocían muy bien.

—Disculpa, mi amor. Lo hice porque quería saber a cuál pintura estabas haciéndole tus acostumbrados retoques. Pero no hace falta. Sabes que todas tus obras son estupendas.

Caminó hacia el centro del taller y vio detenidamente la obra. Era una réplica de la cabaña, el bosque de los alrededores y las montañas al final. La lluvia y la nieve modificaban todo el panorama, por lo que ella esperaba mostrar esos cambios. Ya había hecho una obra de la cabaña durante el verano y esperaba hacer una que reflejara los meses de invierno.

Dejó su chaqueta descubierta e Eva pudo ver que la camisa que llevaba era del mismo color. Su barba aún estaba mojada por el agua del fuerte invierno que había caído durante la mañana y había precedido a una de las primeras nevadas que había caído. Sus pantalones también estaban empapados, justo donde terminaban sus botas. Y sus ojos profundos brillaban como de costumbre.

—Sí, pero me cuesta dibujar los pinos. Aunque he tratado de mil maneras, creo que parecen cualquier cosa menos un árbol.

—Claro que sí —dijo él mientras asentía con su cabeza—. Lo parecen porque tú los hiciste. Y eres la mejor pintora que he conocido en toda mi vida.

—Lo dices porque no conoces muchos pintores —respondió ella con molestia.

Bruno puso su mano sobre la cintura de Eva, con suavidad, pero también con algo de presión para que ella se sintiera protegida. —Tal vez, pero sí he ido a muchas galerías y museos. Conozco el trabajo de unos cuantos artistas y te aseguro que eres talentosa. —Expandió aún más su sonrisa.

Galerías y museos. Esas palabras le recordaron a Eva el terrible juramento que Andrés le había hecho, tratando de convencerla de regresar a su casa y retomar la relación, aunque solo fuese por una semana, justo cuando ella sintió que no podría encontrar otro lugar dónde quedarse. Tomar la decisión de creer en él había sido una de las peores que había tomado. Creyó que él quería ayudarla. Fue una ilusión estúpida que la hizo arrepentirse pronto.

Pero afortunadamente ahora amaba a Bruno. Andrés había quedado atrás. Bruno sí la conocía y se interesaba por ella. Era un hombre atento. Se esforzaba por demostrarle su amor y se esmeraba para protegerla. No la cuidaba como si fuese un premio. Entendía que ella era un ser humano, albergaba esperanzas y tenía sueños que quería cumplir.

—Oye, estuve pensando —le dijo Bruno unos segundos después—, que tal vez sería bueno instalar internet, tal como dijimos. No he contactado a la empresa, pero puedo hacerlo. Entiendo que hay muchos lugares que se interesarían en tus obras. Las comprarían sin pensarlo dos veces. Hablo de lugares divertidos y artísticos, como tú, aunque algunos no lo parezcan.

Eva sonrió. —¿Entonces eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy divertida y artística?

La luz de su mirada demostraba el amor que sentía Bruno por ella. Eva la vio y sintió que sus pulmones se quedaban sin aire. —Bueno, tienes muchas más virtudes. Lo sabes mejor que yo. Como no conozco ese mundo, supongo que deberás investigar. De todos modos, si te hace falta dinero o que le cuente a la gente en Alto Prado sobre tus obras, cuenta conmigo.

La rara emoción renació en el pecho de Eva. Sí, agradecía la propuesta de Bruno, pero una vez más el dinero, la suma que realmente guardaba él en los bancos, aparecía en su mente y le recordaba el misterio que envolvía al tema. Pero decidió despachar esa molestia porque no quería estropear la interesante proposición que él acababa de hacerle para ayudarla.

—¿De verdad? ¿Te gustaría hacerlo por mí? ¿En serio crees que alguien querrá comprar estas pinturas? —preguntó. Movi6 su cuerpo hacia adelante para ver detenidamente los ojos de Bruno.

—Tal vez las de nuestra cabaña no. Si no te importa, me gustaría conservarlas. Pero sé que muchos estarán felices de comprar cualquiera del resto.

—Lo dices porque quieres ser gentil conmigo.

Eva puso sus dedos sobre el pecho de Bruno y luego los llevó a su hombro, donde los dejó por un rato. Sintió que la chaqueta chocaba con su mano porque la tela era muy gruesa, aunque lucía muy bien sobre el cuerpo de su esposo. Creía que, si dejaba su nariz allí, el aroma de los pinos del bosque la inundaría inmediatamente. Podía sentir cómo las bajas temperaturas externas todavía abrazaban los hilos.

—Eso no es verdad —le respondió—. Lo digo porque realmente lo creo. Tal vez puedas ganar una buena cantidad con esas ventas y me ayudarías con los arreglos de la cabaña. También despejaríamos este espacio.

—Entonces esa es la verdadera razón. Crees que tu cabaña está atestada de cuadros feos e inútiles —dijo ella mientras volvía a sonreír.

Él soltó una carcajada. El eco retumbó en sus hombros y los relajó. —Exacto. Por eso te lo digo.

Cuando iba a agregar otra frase, un sonido que conocía muy bien llegó a sus orejas. Era el eco de unas llantas moviéndose sobre la entrada. Levantaban la nieve y trozos de césped congelado. Ambos voltearon rápidamente y callaron.

Ella se movió para ver por el ventanal. Bruno se paró a su lado, inmóvil y tenso. Muy pocas veces recibían personas en su cabaña. De hecho, nunca las recibían.

Vieron que una camioneta azul gigantesca llegaba a la entrada. El conductor apagó el motor justo al estacionarla al lado de la camioneta de Bruno. Como el motor era tan silencioso, ninguno de los dos pudo escuchar cuando se apagó, pero el tubo de escape dejó de emanar humo y ambos supieron que la camioneta ya no estaba encendida. El gas se mezcló con la neblina invernal.

—No viene nadie a este lugar. Estoy segura que muchos se perderían si intentaran venir aquí. ¿Quién carajos será? —se preguntó Eva mientras veía fijamente y fruncía su ceño.

—Sí, pero... —dijo Bruno en voz baja. Detuvo sus palabras e Eva se percató de que algo sucedía—. Si les explicas cómo llegar, lo harían sin problemas.

—¿Cómo dices? Ah, entonces son los técnicos de la empresa de internet. ¿Querías sorprenderme con eso?

—En realidad no —respondió mientras volteaba para esquivar la mirada indagadora de Eva.

Ella sentía que sus latidos se incrementaban. —Bruno, no entiendo —dijo. Su pecho se oprimió. Las frases que había dicho, que ocultaban más de lo que revelaban, y el tono de culpa de su voz, no le gustaban para nada a Eva.

—Mejor mira.

Él continuaba a su lado. Puso su mano en su cintura. Ella se tensó por la expectativa. Sin embargo, seguía mirando, tal como Bruno le había pedido.

Entonces la puerta del chofer se abrió tras una pausa. Una mujer delgada y con cabellos rizados como los de Eva bajó. Eva se estremeció de pies a cabeza. Su columna vertebral estaba prácticamente congelada. Sintió escalofríos por todo su cuerpo y notó que toda su piel se erizaba.

—Bruno... —dijo cuándo pudo retomar sus palabras. Su garganta gélida apenas le permitía decir algo. Había una fuerte emoción saltando en su alma. También sentía una horrible ansiedad que se adueñaba de sus pensamientos y producía temblores en sus piernas.

—Eva, cálmate. Estoy seguro de que, una vez que se sienten a conversar, podrás perdonarme.

Ella volteó hacia él. Se impresionó al ver que podía moverse, a pesar del shock que sentía. —¿Perdonarte? ¿Eso quiere decir que eres el responsable de esto?

—Así es. Hace dos días el llame para pedirle que viniera. Supuse que eso te alegraría mucho.

El nerviosismo se expandió por el cuerpo de Eva mientras luchaba por mantenerse en pie. Volvió a ver por el ventanal para observar una vez más a la mujer acercarse a su puerta. Después no pudo seguir sus pasos, pero el sonido de su mano golpeando la puerta retumbó en todas las paredes. Se obligó a tragar grueso.

Era la mujer que había colmado sus pensamientos. La mujer que había esperado ansiosamente durante cuatro largos años. Y ahora estaba tocando la puerta de su cabaña. Su mamá.

—No creo que tengas derecho a llamar a mi madre —le dijo entre balbuceos, aunque no podía mirar sus ojos—. Debes recordar que ella es mi madre y si hay algún asunto que resolver, soy yo quien deba hacerlo. Esta es mi vida —dijo, aunque no sabía qué pensar ni sentir. Su mente y su espíritu se habían convertido en un caos. Incluso le costaba acabar con la fuerte opresión que sentía en su pecho.

Bruno llevó su mano por su columna y la puso en su hombro. Lo apretó para que ella se calmara. —Ya no es así, mi amor. —Ella sintió la calidez de su respiración cayendo sobre su cuello. Se acercó a ella para susurrar unas palabras sobre su oreja—. Sabes que ya somos una familia. Tú. Nuestro hijo en tu vientre. Y yo. La busqué por los tres.

Ella tomó aire y luego lo dejó escapar lentamente. Su respiración se adhirió al ventanal y dibujó un círculo sobre él. —Creo que debes abrir la puerta para que entre —le pidió con nerviosismo—. Yo haré té mientras lo haces.

Capítulo 9

Había tanto que decir y sentir, pero no había palabras para expresarlo. Aunque la muerte no la había alejado de uno de sus seres más queridos, los tristes episodios que habían ocurrido, el inclemente paso del tiempo y el silencio habían hecho que se creara una enorme distancia entre Eva y su madre. Y en ese momento el reencuentro con ella se convertía en algo bastante incómodo y surreal.

Eva contuvo su aliento. Estaba sentada en la sala de su cabaña, justo frente a su mamá. Era una especie de sueño que finalmente se convertía en realidad, aunque la neblina que se posaba sobre ella la hacía sentir que eventualmente despertaría y se enteraría de que nada era cierto, que todo era parte de su imaginación y que soñaba solo porque sus ilusiones más profundas continuaban apareciendo al filo de la noche en su mente. Con su mirada veía fijamente su taza de té, aún humeante, y le resultaba increíble que todo estuviera pasando.

Tenía tantas ganas de pellizcarse para saber que realmente todo estaba pasando que no pudo contenerse. Movi6 levemente sus dedos para tocar una parte de su brazo. Entonces comprendió que sí, que era la realidad. Podía ver la intensidad de los ojos de su madre, sus cabellos rizados semejantes a los suyos. También veía su chaqueta de fuertes colores que había combinado con unos pantalones negros altos. Tenía medias rojas como las de la vieja usanza y una pulsera de oro puro sobre su muñeca derecha. Era la imagen más real que había visto en su vida. Había humo bajo su mano y su nariz se llenaba con el perfume de Laura Lara.

—Entonces... —comenzó a decir Eva, pero no pudo continuar. No sabía qué preguntar tras esos años de silencio. Su garganta era un manojo de nervios.

Pero su mamá, como había hecho casi todo el tiempo, salió en su auxilio. La vio fijamente con sus poderosos ojos verdes. —Fue bueno recibir la llamada de Bruno. No me importó que me llamara a esa hora. Me contó que ya dormías. —Le lanzó una mirada de amor.

—¿Qué fue... lo que te dijo? —preguntó ansiosa. Se dijo a sí misma que lamentablemente no tendría tiempo para responderse esa interrogante, aunque quisiera, o preguntarle a Bruno. Él había salido una vez que la madre de Eva había llegado. Quería dejarlas a solas. Sin embargo, Eva quería contar con su compañía en un momento como ese. Sentía que necesitaba su apoyo, aunque le hacía falta quedar sola frente a su madre para conversar y arreglar las cosas.

Entonces su mamá mostró una linda sonrisa. Ese gesto que continuaba siendo una muestra de belleza y cariño. Aunque habían pasado los años, la hermosura de su madre estaba intacta. No mostraba rasgos de vejez en ninguna parte de su rostro. Su contextura era delgada todavía y su cuerpo lucía en buena forma. Eva ansiaba envejecer y poder lucir como ella, o al menos parecerse un poco. Cualquier mujer mayor que ella la envidiaría.

—Bueno, me contó que rompiste con Andrés. Que te uniste a él y te enamoraste de una forma que nunca imaginaste que lo harías. También dijo que estabas esperando un bebé. Me dijo que lo que más quieres en este momento es contar conmigo, o que por lo menos puedes conversar conmigo sobre el hijo que tendrás. Me contó que él espera que su hijo crezca al lado de su abuela. Que quiere que sea yo, porque él no cuenta con nadie.

Entonces no tiene a nadie. Eva supuso, aunque no sabía por qué, que sus suegros habían fallecido hacía mucho tiempo. Aunque no había tenido la valentía de plantear el tema, porque suponía que Bruno prefería mantenerlo enterrado con todo lo que formara parte de su pasado, siempre sintió curiosidad. Tal vez su madre no estaba muerta después de todo, pensó Quizás solo están alejados y por eso no cuenta con ella... Luego se asombró de saber que le había confesado tantas cosas a su mamá.

—Lo sé —le dijo en voz baja Eva. Entendía que su madre esperaba oírlo—. Mi relación con Andrés terminó. Comprendí que ustedes tenían razón. Debí alejarme de él porque me mostró la clase de persona que era. —Por fin tuvo el valor de subir su rostro para ver los ojos de su mamá. Vio la mirada consoladora y amorosa que le mostraba. Tragó grueso e intentó relajarse. Entendió que no iba a juzgarla por lo que había hecho y eso la hizo sentir mucho mejor—. Supuse que estaba... sola. Empecé a buscar empleo para tener independencia económica. Imaginé que no me querrías en tu casa de nuevo.

Laura no pudo evitar el llanto que salió de sus ojos. Estaba nerviosa. El temblor de sus dedos lo revelaba. —En realidad no estoy feliz por lo que pasó. Siento que soy responsable, en parte —reconoció. Sus lágrimas continuaban cayendo—. Pero, hija, a pesar de eso me has hecho mucha falta. Siempre he querido llamarte, conversar contigo, pero supuse que no perdonarías mi comportamiento. Incluso llegué a creer que me odiabas. Sé que soy tu madre y por ello no debí haberme expresado de esa manera ni pedirte que hicieras eso. Lo dije porque estaba molesta, pero de inmediato me arrepentí de haberlo hecho. He llevado eso dolor dentro de mí todo este tiempo.

—Te entiendo perfectamente. Conozco muy bien esa sensación —dijo Eva. Le costaba hablar y contener el llanto que ya se asomaba en sus ojos—, pasé muchas noches en vela porque no podía dejar de pensar en ti. Eres mi madre y siempre lo serás. Eras todo en mi vida y sé que yo también lo era para ti. Me hacías falta. Me ayudaste a encontrar la alegría en casa cosa que hacía. Cuando pintaba o hacía cualquier cosa, tu recuerdo llegaba a mi mente.

—¿Sabes? Siempre le pedí a Dios que en mi ausencia tuvieras la mejor vida posible, que recibieras el amor que merecías, y que finalmente pudiera reencontrarme contigo, para confesarte el dolor que siento, decirte que me arrepiento de la prepotencia con la que actué. Fui una cobarde y lo lamento. Recuerda que fui yo quien te trajo al mundo. Te vi nacer y siempre tendré la imagen de ti en mis brazos.

—Yo también me dejé llevar por mi orgullo e inmadurez. También fui una cobarde. Supongo que la relación entre una hija y su madre no es sencilla.

Laura la vio con alegría. —Nunca lo es. Me contenta saber que tendrás un varón.

Eva escuchó y soltó una leve risa. Cuando pudo mostrar su alegría de ese modo, sintió que se quitaba un peso de encima. Le pareció que podía llorar y sonreír simultáneamente, pero de felicidad. Entonces se levantó de su silla. Su madre hizo lo mismo. Ambas dieron unos pasos para acercarse, se abrazaron y se apretaron fuertemente.

—No sabes cuánto me alegra que hayas venido a la cabaña —confesó Eva con sinceridad. —Tu presencia me hace muy feliz.

—También estoy feliz de verte, hija. Muy feliz —dijo, y luego retrocedió—. Aparentemente, Bruno es una buena persona. Espero que no te molestes con él por llamarme. Estoy muy contenta de saber que eres feliz a su lado. Fue lo que siempre le pedí a Dios. —Subió sus dedos y limpió la cara de su hija, que estaba llena de lágrimas.

—No podría enojarme con él. Simplemente me sorprendí mucho. Bruno hizo algo que yo tal vez nunca habría podido hacer. No entiendo qué estaba pasando conmigo. Tomé mi celular muchas

veces para llamarte. Siempre te tuve presente. Y cuando supe que esperaba un bebé, tu imagen en mi mente se hizo más fuerte. Creí que tarde o temprano regresaría o tú vendrías a verme. Era imposible sacar esa ilusión de mis pensamientos, pero si te llamaba y te negabas a verme, no habría soportado el dolor. Supongo que por eso no podía llamarte. Y esa mezcla de cosas me entristeció mucho. Por una parte, mi orgullo me frenaba. Y por la otra, sentí que ya no me amabas. Pero mantenía la esperanza de que aún me quisieras y nuestra relación volvería a ser tan linda como era antes de que me fuese de cara.

—Entiendo lo que sentiste. Y me alegra que puedas expresarlo de ese modo. Tuve la misma sensación, pero me costaba encontrar palabras para describirla. Ahora que escucho tus frases, puedo identificarme contigo y encontrar el término para decir lo que sentía. Era temor. El temor a que no perdonaras ni olvidaras lo que te hice.

Eva escuchó atentamente y le mostró una cálida sonrisa. —Estoy feliz por tu llegada. Muy feliz. Debemos aprovechar este momento para prometernos que no permitiremos pasar por otra situación tan amarga como esta. Debemos consolidar el amor que sentimos y demostrar cuánto nos queremos, porque ya sabemos lo que se siente cuando nos alejamos. —Laura destelló de felicidad al escucharla.

Laura mostraba un amor y una satisfacción que podían verse incluso desde la distancia. —Veo que has madurado bastante. Te has convertido en toda una mujer con grandes virtudes, como tu inteligencia, tu talento y tu sabiduría. Además, heredaste mi belleza.

—Son palabras muy lindas, mamá. Gracias —dijo Eva. Sintió cómo sus mejillas se ruborizaban.

—Son lindas y sinceras, te lo aseguro. Y ahora sé que Bruno, el hombre con el que quieres compartir el resto de tu vida, vale la pena. Ahora entiendo que puedes tomar decisiones prudentes y harás con tu vida lo que creas conveniente. Te pido disculpas por haberte juzgado por tus decisiones pasadas.

—Me gustaría que te quedaras conmigo, mamá. Quisiera que te quedaras dos o tres días en mi cabaña.

La mirada de su madre se iluminó de alegría. —Claro que lo haré. De hecho, ya lo había planificado. Ahora, me gustaría que te sentaras. Te diré algo que podrá impactarte y sonar muy raro. Cuando Bruno me dio la dirección, me pareció increíble.

—¿A qué te refieres? —preguntó Eva—. ¿Exactamente de qué hablas, mamá? —Laura la tomó por la cintura y le hizo un gesto para que volviera a tomar asiento. Se sentó y abrió sus ojos de par en par.

Tragó grueso. —Hija, sabes que no creo en cosas como el destino. Me parecen absurdas. Pero cuando llegué a esta cabaña, empecé a creer. Entendí que no era casualidad. La dirección era la misma.

Laura tomó las manos de Eva y las dejó allí, transmitiéndole una calidez infinita. Ella bajó su rostro y recordó que esas manos le habían dado lecciones muy valiosas. Le habían enseñado a pintar, a levantarse pese a la adversidad, a revisar sus equivocaciones y corregirlas. Le habían enseñado a caminar, habían secado sus lágrimas y la habían convertido en mujer. Ahora esas manos volvían a su vida.

—¿A qué te refieres con que no es casualidad?

—Que ya estuviste en este lugar. Solían rentar este lugar para que los turistas pasaran una semana de vacaciones. Eras solo una niña cuando te trajimos. Tenías tres años en ese momento.

Se dijo que probablemente su madre había cometido un error. —No puede ser... —le dijo Eva,

pero su asombro le impidió continuar.

—Claro que sí —le dijo en voz baja su madre. Apretó sus manos con fuerza. —Eva, ya viniste a este lugar. Ahora estoy convencida de que tu destino era volver a este lugar. Debías regresar porque tu destino era estar aquí y ser feliz.

Capítulo 10

Eva puso su pincel en la paleta para llenarlo con el tono rojo. Lo llevó con cautela a la tela. Quería empezar a hacer una pintura nueva. Recordó que a Laura le gustaban los paisajes coloridos, con muchas rosas y claveles. Aunque eran abstractos, usualmente había una figura femenina en ellos. Eva quiso hacer una pintura que incluyera a una mujer joven, que tenía su cabello levantado por el viento que entraba por una gran ventana. Aunque parecía más un sueño que algo real, su madre le dijo que debía hacerlo. Le pidió que no se detuviera, que se relajara y dejara volar su creatividad. Al fondo de la pintura se podía apreciar un jardín con muchas rosas en una bicicleta amarilla.

Si bien Laura solo había estado en la cabaña por tres días, la luz de amor que le brindaba a Eva ya la había hecho olvidar todo el dolor que había sentido. Se habían puesto manos a la obra un día antes para limpiar la cabaña y arreglar una hornilla que estaba dañada. Llura también estaba muy feliz. Tomó uno de los lienzos de Eva y empezó a pintar. También quería hacer un jardín lleno de flores. Como Eva estaba contenta, no se detuvo ni un instante y aprovechó el aliento que su madre le brindaba. Estaba feliz por la compañía de su mamá.

Eva escuchó que la puerta se abrió repentinamente y luego se cerraba. Una bocanada de aire casi congelado entró al taller. Ella se sobresaltó y por poco estropea la pintura con una pincelada agitada. Dejó su mano en el aire y supuso que era su madre la que entraba. Pero era Bruno. Creía que llegaría mucho más tarde. Se asombró al verlo en la puerta. Su ceño fruncido y su boca abierta le informaban que su esposo estaba impresionado. Apenas hacía una hora o un poco más que había salido.

—¿Por qué volviste tan pronto?

—El invierno estropeó las carreteras. Tuve que volver. Me pareció lo mejor. Mañana intentaré ir a la ciudad de nuevo.

—Vaya. Supongo que debes pautar tus reuniones otra vez.

—Sí, Voy a llamarlos en un momento.

Él se quitó sus pesadas botas y las puso en la esquina, donde estaban las demás. Tomó su chaqueta de cuadros y la colgó en la clavija junto a la puerta principal. Su rostro mostraba tanta confianza y calidez que Eva no pudo evitar sonreír ligeramente. Él caminó hacia su habitación y ella decidió seguirlo. Buscó en la gaveta inferior de su mesa de noche y tomó su celular. Encendió el aparato y levantó su mirada. Sabía que debía esperar, porque el anticuado armatoste solía tardar al menos treinta minutos para iniciarse.

—Sé que tenías muchas ganas de hablar con los dueños de las tiendas. Lo lamento.

Bruno había acordado una reunión con un plomero y algunos carpinteros. Lo había hecho porque quería organizar con ellos la remodelación de la cabaña. Eva había insistido con la idea. Cuando su madre llegó, ambas hicieron varios bosquejos de la cabaña, incorporando las mejoras que Eva quería realizar. Había sido inicialmente el plan de Bruno, y ya no importaba si era un chiste o no. Debía ejecutar el plan y hacer los cambios que hacían falta.

—Sí, estoy frustrado por lo que pasó. Debemos ampliar este lugar para que el niño pueda

aprender a caminar cómodamente. También entiendo que quieres instalar nuevas tuberías, sobre todo ahora que estás embarazada.

Se acercó a Eva y la abrazó con fuerza. Le transmitió la baja temperatura que aún sentía. Eva casi se congeló, pero no quería alejarse de él. Bruno giró para poner el celular encima de la mesa de noche.

—¿Solamente yo quiero tuberías nuevas o ampliar la cabaña? Tú también quieres hacerlo. Sé que cuando nazca el niño querrás tener un espacio solo para nosotros. Aunque al principio no le darás mayor importancia, sé que en unos meses te sentirás ansioso por tener una habitación exclusivamente para nosotros. —Retrocedió un paso y vio a su esposo fijamente. Justo en ese instante él sonrió.

—Sí, tienes razón. Una vez que tenga seis meses, ese bebé deberá irse a su propio dormitorio.

—¿Dijiste seis meses? Creo que debería irse antes.

Él negó con su cabeza. —Qué atrevida eres. En cualquier caso, había acordado reunirme con los técnicos de dos compañías para saber qué resultaba más económico, instalar energía eléctrica o usar paneles solares. Me parece que sería bueno tener focos que iluminen bien nuestra sala de estar.

—Vaya. Creo que has abierto tu corazón y tu bolsillo. Tuberías, iluminación, desagües y alcantarillas, ampliación de la sala e internet satelital.

—Quizás cambié al saber que me convertiría en padre. Supongo que a todos los hombres nos pasa —respondió entre risas.

Bruno puso sus manos en la cintura de su esposa. Eva le respondió con una sonrisa cálida. —Es bueno saberlo. Te confieso que con esta temperatura no me gusta para nada ir al baño. Además, debo hacerlo en unas cuantas ocasiones al día.

—Tienes la ventaja de que no entra el frío exterior, si te sirve de consuelo.

—De todos modos, quiero poder tener un baño dentro de la cabaña.

—¿No te gustaría que instalara una letrina en el jardín?

Ella frunció su ceño. —Vaya... Eso sí me daría mucho asco.

—Puedo asegurarte que no es tan asqueroso como crees. La diferencia es que no tendrías mantenerte de pie. Luego usaríamos agua de lluvia para mantenerlo limpio.

—Limpio de mierda. —Él escuchó y abrió su boca con sorpresa—. ¿Por qué te pones así? ¿Crees que una chica como yo no puede usar esas palabras o entender el proceso? Cuando comenzamos a usar internet me dediqué a ver videos sobre las sesiones de parto, pero también vi muchos sobre remodelaciones en casas y cabañas.

—Por Dios.

—¿‘Por Dios’? ¡Por Dios! —repitió Eva con sarcasmo. Subió su mano, llevó sus dedos al cuello de Bruno y lo acercó a su boca—. ¿No te gustaría que Dios vea el beso que quiero darte? —le preguntó en voz baja antes de besarlo apasionadamente.

Sus bocas se juntaron en un ardiente beso, como de costumbre. Les costó retomar el aliento cuando separaron sus labios.

—Por supuesto —le dijo con un tono voz quebrado y apagado—. Quiero que siempre vea cuánto te amo.

—En ese caso... —le dijo Eva, llevando su mano por el pecho de Bruno y alcanzado el primer botón de su camisa de cuadros. Luego la bajó y con lentitud desabrochó los botones restantes. Sintió que la tensión aumentaba en sus piernas e iba subiendo hasta su pecho. Jamás dejaría de sentir ese fuego en su cuerpo. Jamás.

—Eva, ¿qué haces? —le preguntó Bruno en voz baja.

—Ya no tienes que ir a Alto Prado. Quizás quieres que suba la temperatura de tu cuerpo. Lo digo porque sé que afuera nevaba.

—Debo hacer algunas llamadas.

—Podrás hacerlo después —le dijo mientras tocaba su pecho.

Bruno bajó su cabeza y nuevamente se acercó al rostro de Eva. —Podré hacerlo después —le dijo después de una pausa.

Capítulo 11

Bruno vio cómo su camisa caía por los movimientos atrevidos de Eva. Ella vio detenidamente los estupendos músculos de su abdomen. Ya sus pantalones estaban desabrochados. Eva empezó a respirar con dificultad. Podía fijarse en sus poderosos hombros, sus pezones y su cincelado pecho. Luego se concentró en los pantalones. Entonces bajó sus manos y se encontró con la fortaleza de su abdomen y la tela que bajaba lentamente, cayendo un poco con cada segundo que pasaba. Después se encontró con la cremallera.

Bruno tomó aire al ver que ella ágilmente lo despojaba de su pantalón. Era la primera vez que lo desnudaba con esa lentitud, así que él disfrutaba cada segundo que transcurría mientras veía sus dedos y se llenaba de tensión.

Un rato después, Eva le quitó simultáneamente sus pantalones y su ropa interior. Bruno evitó colaborar con ella. Prefería quedarse quieto, regocijándose con la excitación que ella le producía. Aunque sus movimientos eran lentos y no desbordaban sensualidad, él sentía la calidez y la intimidad que ella les aportaba.

Su pene salió. Ella estiró sus brazos y con sus dedos alcanzó el tronco de la gran erección de su esposo. Escuchó ese ruido salvaje proveniente de su garganta. Ese era el sonido animal que ansiaba escuchar. Su pene ya estaba erecto y palpitante, pero esperó que Eva hiciera lo que quisiera. No quería forzar el momento ni presionarla para que lo tocara. En lugar de eso, aguardó las próximas acciones de Eva, dejando que controlara la situación. Ella pudo ver su glande. Ya estaba humedecido.

A Eva le encantaba esa virtud de Bruno. Le encantaba saber que la amaba, que quería saber constantemente cuáles eran sus deseos e intenciones, por lo cual no tenía que controlar todo ni ser quien tomase siempre la iniciativa. Se sintió maravillada por la calidez de su esposo. Sabía que Bruno tenía una naturaleza dominante, controladora y posesiva, pero que también podía dejarse llevar si se lo pedía o lo consideraba necesario.

Ella presionó su mano sobre el tronco de Bruno y soltó un largo gemido. Subió hasta el glande y dejó que los líquidos la mojaran. Se deslizó por su tronco y volvió. Con su otra mano sintió sus bolas y las vio fijamente. Se tensó por la temperatura hirviente de su cuerpo y las ondas de placer que empezaba a sentir desde sus pies hasta su cabeza.

Bruno se movía sin poder controlar su cuerpo. Llevó sus caderas automáticamente hacia el frente.

—¿Sabes algo? Me parece interesante que puedas... poseerme de espaldas. Así podrás verme por completo y yo podré hacer lo mismo.

Él escuchó y soltó un leve gemido. Dejó su mano sobre el mentón de Eva y la acercó, besándola fogosamente. Su acción hablaba por él. Quería hacer lo que Eva le pedía. Inclino su cuerpo y abrazó la mano de Eva con la suya, que era de un tamaño mayor que la de ella.

Una vez que se separó de su boca, se apuró a desnudar a Eva. Todas sus ropas quedaron dispersas en el piso, haciendo que la habitación se convirtiera en un caos.

Acercó lentamente su mano a la vagina de Eva. Acarició con varios de sus dedos sus

deliciosos labios vaginales. —Vaya. Qué empapada estás —dijo al tocarla. Metió uno de ellos en su vagina humedecida y luego regresó a sus pliegues, rozando su clítoris delicadamente.

Eva llevó sus muslos hacia adelante y Bruno pudo tocarlos. Entendió que ella lo invitaba a moverse con más fuerza sobre su cuerpo. Él volvió a introducir su dedo en su cuerpo, ahora más profundo, haciendo que Eva sintiera cómo su piel empezaba a arder. Ella soltó un intenso suspiro.

Bruno acercó su cara al pecho de Eva y besó su cuello. Se detuvo en sus hombros para morderlos y luego chupó su pezón. Lo succionó intensamente y escuchó los poderosos alaridos de la boca de Eva. Ella arqueó su espalda y llevó sus caderas más cerca del dedo que aún la penetraba.

—Bruno, quiero que me poseas. Hazlo ahora. Hazme tuya contra nuestra cama. Inclínate sobre ella —le dijo susurrante.

—¿Y luego?

—Penétrame —le respondió suavemente.

—¿Con qué voy a penetrarte? —le preguntó mientras hundía su dedo.

Movió sus muslos para apretar el dedo y sentir cómo la lujuria la estremecía. Había pasado mucho tiempo desde que no la presionaba para que confesara lo que esperaba que él hiciera. Cuando eso había pasado por primera vez, ella sucumbió ante el rubor y la pena. Eso no había cambiado mucho, pero ahora Eva se sentía más libre... y excitada. Su cuerpo estaba tan tenso que no podía callar sus deseos.

—Con tu pene.

—Quiero que me digas más —le susurró él en su oreja cuando levantó su mano.

Puso su dedo empapado arriba y abajo. Palpó con fuerza su vagina. Eva sintió que los latidos de su corazón eran cada vez más fuertes. Su cuerpo se tambaleaba.

—Quiero tomar todo tu pene —dijo. Bajó su mirada y vio la erección—. Sé que quieres cogerme. Lo sé porque ya tus líquidos están mojando mis muslos y el piso. Estás temblando y todo tu cuerpo te duele. Toma tu pene y hazme el amor con él.

—¿Quieres que te haga el amor?

Escuchó y pensó en gritar por el deseo que sentía, pero pudo contenerse en el último segundo. —Sí. Toma mi vagina.

—De acuerdo. No tienes que pedírmelo dos veces.

Sacó su dedo tan rápido que Eva se sobresaltó. Con sus brazos ágiles puso el cuerpo de Eva sobre la cama. Él quedó sobre ella, boca arriba, pero luego con su mano la inclinó para que quedara más bajo. Con su otra mano tomó su cintura. La giró, de modo que sus nalgas se levantaran. Su vientre se acercó a la cama. Ella se apoyó con sus codos para no caer.

Era muy gentil cuando llegaban a ese punto, por lo que actuó con mucha calma. Ahora procuraba ser aún más cortés por el embarazo de Eva, aun cuando su bebé ni siquiera se notaba.

Ella estaba tan desesperada que todo su cuerpo empezó a temblar. Bruno se abrió paso, separando las piernas con una de sus manos. Lanzó un leve sonido que le hizo recordar a Eva los intensos ruidos animales que hacía cuando estaba muy excitado. Pensó que iba a acabar antes de lo previsto con ese eco tan intenso que le informaba cuánto ansiaba poseerla.

Ella bajó sus ojos y se encontró con su vagina. También pudo observar la mano empapada de Bruno tocando su cuerpo, indagando en él, abriendo sus labios vaginales lentamente y llenándose de sus jugos. También descubrió que él se tocaba con su otra mano, deslizando sus dedos por su tronco en varias ocasiones y humedeciéndolo con su propia excitación.

Luego se acercó al cuerpo de Eva. Su glande rozó sus pliegues. Ella estaba tan ansiosa que

volvió a sentir ganas de gritar. Su nerviosismo la hacía agitarse y retorcer su cuerpo. Un cuerpo que temblaba de deseo puro y doloroso.

—Bruno, penétrame. Tengo muchas ganas de tenerte en mi cuerpo —le dijo suplicante.

Él acató la orden. Se deslizó dentro de ella con fuerza y rapidez. Un único movimiento bastó para penetrarla completamente. Ella extendió sus pliegues para recibirlo con comodidad. Era consciente de que ese dolor era habitual por el tamaño de su pene. El dolor era también excitante, y luego era sustituido por la excitación que le causaba sentir ese inmenso órgano en sus profundidades.

La erección de Bruno latía. Se deslizó por su vagina. Inicialmente la penetró con suavidad, pero unos segundos después empezó a cavar con fuerza.

Eva podía ver todo desde su lugar. Supo cuándo retiró su pene y luego volvía a introducirlo furiosamente. Lo vio impulsarse para penetrarla otra vez y luego volver a salir. Se excitó al ver cómo constantemente la cogía, sin cesar, mientras ella se hundía en el abismo de deseo en el que habían caído muchas veces y en el que le encantaba hundirse. También vio las gotas de placer derramarse sobre su glande cada vez que lo sacaba y luego regresaba a su cavidad.

Bruno movía su pene con contundencia. Se balanceaba como un animal, con intensidad, con poder. Estaba saciando su hambre. Eva se lo permitía. La excitación, la lujuria que sentían al unir sus cuerpos, los consumía por completo. Hacían el amor frenéticamente, como si fuese la primera vez para amor.

Se inclinó levemente para apoyarse en las caderas de Eva y las apretó fuertemente. Él cavó cada vez más profundo, llegando a zonas inexploradas para él, sectores de su cuerpo que hasta ese momento eran desconocidos. La temperatura ardiente de su cuerpo no bajó ni un grado. Colmó cada célula de su anatomía. Los pensamientos de Eva se congelaron mientras sentía que su mirada se ahogaba en la penumbra de la lujuria, a pesar de que sus ojos continuaban abiertos y disfrutaban el panorama que Bruno le regalaba. Él la penetró con mayor contundencia, mayor velocidad, mientras arañaba la piel de sus caderas con sus dedos. La cogía con todo el poder que Eva esperaba. Tomó toda su erección para saciar su desesperada hambre de Bruno.

Se aferró a las sábanas, intentando soportar la furiosa embestida sexual de su esposo. Sabía que era el panorama más espectacular y atrevido que había observado en toda su vida.

Bruno dejó una de sus manos en la cadera de Eva, al tiempo que la otra empezó a tocar sus senos. Los acarició y luego los palpó intensamente. Con dos dedos pellizcó y sacudió sus pezones. Ella comenzó a gemir y a llorar de placer. Los duros toques le proporcionaban a Eva un dolor agradable que se mezclaba con la avalancha ferosa que se movía por su cuerpo.

—Ni te imaginas lo rica que te ves desde aquí, con tus piernas abiertas para que te penetre, regalándome todo tu ser para que te coja —le dijo él en voz muy baja cuando se acercó a su oído.

Esas frases cargadas de fuego y osadía, que surgían por el intenso deseo que Bruno sentía, lograron que Eva se sintiera aún más tambaleante y acalorada.

Bruno estaba a punto de venirse. A punto. Acercó sus caderas a las de Eva, sintiendo que la excitación lo consumía cada vez más. Sintió que el orgasmo se acercaba. Entonces empujó más fuerte. Se deslizó con furia sin cesar, saciando también el hambre de Eva. Exploró de nuevo esos recónditos lugares a los que nunca había llegado y se deleitó con ellos.

Saber que Eva podía ver todo le daba un toque atrevido al momento que a Bruno le encantaba. Podía ver cómo se movía animadamente, llevando sus muslos hacia adelante y combinando el movimiento de sus caderas con las de Bruno. Ambos sabían que el otro se llenaba de placer al ver la penetración. Ella podría ver el pene erecto pasar a su interior y luego retirarse entre

palpitaciones. Cuando él la colmó de nuevo con su tronco, Eva sintió que el clímax estaba atravesándola.

Sus paredes vaginales comprimieron el tronco de su esposo. Eva se aferró a la cama y empujó sus caderas para recibir todo lo que él estaba dándole. Continuaba entrando y saliendo de ella mientras Eva seguía sintiendo la electricidad que la absorbía. Le pareció que su cuerpo caería en cualquier momento. El placer era tan fuerte y agotador que ella nunca hubiera podido anticiparlo. Soltó un fuerte alarido que le reveló a Bruno lo que sucedía.

No había notado que había estado llorando desde hacía unos instantes. —Bruno —dijo entre lágrimas de dolor y placer.

Él movió sus caderas varias veces mientras otros gritos salían de su boca y el sudor empapaba su frente. Quería que el momento no terminara nunca. Abrió su boca para que un fuerte gemido escapara antes de penetrarla por última vez. Se metió hasta la parte más profunda de su cuerpo. Unas poderosas ondas de placer sacudieron su cuerpo mientras un intenso grito revelara el clímax que lo atravesaba.

Esa última penetración fue tan intensa que Eva sintió que volvía a estremecerse. Apenas pudo contener sus alaridos, causados por la poderosa ola de placer que Bruno le transmitía.

Al cabo de unos placenteros minutos, él retiró su pene de ella. Unas gotas de sudor caían por sus mejillas. Puso sus manos sobre su cintura y condujo su cuerpo con delicadeza sobre las sábanas. Eva se acomodó cuidadosamente bajo la manta, sin ayuda de Bruno, y él se apuró para acompañarla. La abrazó y ella pudo contagiarse de inmediato con la seguridad que él le mostraba. Llevó su cara sobre sus pezones y sintió los latidos incesantes del corazón de su amado.

Ella pudo reunir el valor para encontrarse con sus ojos. Supo que él había estado viéndola. Vio su expresión de amor, un amor genuino e infinito, y sintió que su alma se volvería añicos por ese sentimiento tan fuerte.

—Fue maravilloso —le dijo en voz baja cerca de su oído.

—Y no será lo último que hagamos —le aseguró él, si bien ella no entendía qué intentaba decirle—. Quiero que hagamos otras cosas, pero no te he pedido que las hagamos porque siento mucho temor, pues no sé qué podría sucederme si osamos hacerlas.

—¿A qué te refieres? —le preguntó, tartamudeaste. Ella sonrió, pero luego sus labios se cerraron cuando notó que Bruno lo decía en serio.

Por primera vez, Bruno le mostraba tanta lujuria con el brillo intenso de sus ojos. Era una mirada pervertida sirvió como antesala a su respuesta. La expresión develaba que su deseo por ella era tan fuerte que Eva se sobresaltó.

—Tendrás la oportunidad de descubrirlo. Será más pronto de lo que te imaginas. Te lo diré una vez que haya nacido nuestro hijo y podamos movernos con más libertad.

—Cuando ya haya tenido a nuestro hijo, seguramente perderé el atractivo y no me desearás tanto. Hasta que llegue ese momento, deberás conformarte con mediocres y aburridas relaciones sexuales.

Bruno volvió a contemplarla. La intensidad de su mirada se convirtió en una expresión aún más fuerte. Había un tono de misterio en sus ojos. No se trataba de un juramento ni de algo desafiante. Le desanimaba la idea de tener que esperar varios meses para saber qué quería proponerle. ¿Exactamente qué era?, se preguntó ella, pero no podía responder.

Entonces él soltó un gemido quejoso. —Cariño, te aseguro que nada de lo que haces o dices es mediocre o aburrido. Absolutamente nada. Sabes que siempre te he amado y te amaré. Me pareces la chica más atractiva, inteligente y maravillosa que he conocido. Eres tan sensual que ni siquiera

tú misma lo has notado. Y te confieso que paso todo el día esperando hacerte el amor. Me vuelves loco con solo mirarme. —Se acercó hacia su boca y le regaló un poderoso beso, que volvió a erizar su piel.

—En ese caso, demuéstremelo —dijo ella. Le mostró una sonrisa de picardía y lo vio fijamente. Movi6 su mano bajo las sábanas y tomó el tronco de su pene, aún erecto—. Demuéstremelo en este mismo instante.

—Tus deseos son órdenes y siempre lo serán —respondió él.

Ella soltó una carcajada. Luego levantó las sábanas con prisa y la puso detrás de su espalda. Bruno se preparó para complacer de nuevo sus peticiones.

Capítulo 12

La cabaña en medio del bosque aportaba un silencio y una paz imposibles de encontrar en otro lugar. Bajo los primeros rayos solares del amanecer, los pinos despertaban y recibían la luz de la mañana con alegría. Al menos Eva desconocía si había tanta quietud y belleza en algún otro lugar del planeta. Se acercó a la ventana y el aire de su respiración la empañó. Aparentemente, el sol se esmeraba para iluminar las mañanas del invierno. Y luego se ocultaba.

—Hija, me alegra saber que planeas remodelar tu cabaña. Estoy contenta por saber que eres feliz y quieres ampliar tu casa para un futuro muy cercano. Además de ello, me muero de ganas de ver a mi primer nieto cuando nazca.

Eva escuchó y sus mejillas se ruborizaron. Esas palabras que su madre le decía tenían un gran valor. Se sentía muy feliz de saber que a ella le simpatizaba Bruno y ambos habían construido una agradable relación. Ellos conversaron con calma sobre las mejoras de la cabaña, incluso por más tiempo de lo que Eva y él lo habían hecho antes de que ella llegara.

—Agradezco tus lindas palabras —le dijo Eva, susurrante—. Todo lo que planeamos hacer me pone feliz. Creo que el próximo lunes comenzaremos. En solo unos pocos días viviré en una cabaña que no se parecerá en nada a esto. Me preocupa que incluso no pueda reconocerla ni sentirla como propia. —Su respiración ahora se convertía en una bocanada de nubes que volaba sobre su cabello.

—Claro que lo harás. Una vez que tenga agua regularmente, un baño en óptimas condiciones y una lavadora moderna, estarás feliz.

—Seguramente todo lo que dices es cierto —dijo, y sonrió.

Caminó por el sendero del bosque, siguiendo los pasos de su aventurera mamá, mientras surcaban la ruta por la nieve caída recientemente. En algunas zonas, la nieve cubría sus pies por completo. Se detenían para tomar aire y veían el cielo sobre ellas. Eva recordó que había decidido ponerse pantalones para la nieve y los había enterrado entre sus calcetines para evitar que los dedos de sus pies sintieran el fuerte frío. Se sintió tranquila al recordar ese momento.

Ella hubiera elegido mantenerse cerca del calor de la estufa, preparando algún plato caliente, o seguir pintando algún paisaje, pero no podía dejar de compartir un rato con su madre. Había sido ella quien había planificado que caminaran juntas por los pinos.

—Mamá... quisiera saber cuándo te irás —le preguntó Eva en voz baja. Aunque no quería parecer indiscreta, la inquietante interrogante la había mantenido en ascuas desde la llegada de Laura—. Te pido disculpas. No pienses que quiero que te vayas pronto. Bruno tampoco lo quiere. Sin embargo, soy consciente de que tienes una casa y necesita tus cuidados. Supongo que no podrás estar fuera de tu casa el resto de tu vida.

—Lo sé. Tienes toda la razón. Y no te preocupes, ese pensamiento también ha pasado por mi mente. Tal vez me vaya este fin de semana, pero voy a visitarte nuevamente. Lo haré el próximo mes o el siguiente. Quiero hacerlo antes del nacimiento de mi hijo. Sé que los nervios probablemente te afecten cuando se acerque la fecha. Quiero colaborar en todo lo que pueda para que te sientas preparada. Incluso podría venir unos días antes del parto si lo deseas.

Sus pies se enterraron en la nieve. —¡Claro que sí, mamá! —le dijo mientras tocaba su pecho, aliviada. Por poco se tropieza, pero se inclinó hacia adelante y ella lo abrazó. Aparentemente, nada agotaba a su madre. Ni siquiera el paso de los años—. Sería muy importante que lo hicieras. Sé que Bruno también estaría muy agradecido. De hecho, quería preguntarte si regresarías y cuándo lo harías, sobre todo si tomamos en cuenta que pronto seré madre.

—¡Ya quiero tenerlo en mis brazos! —le dijo mientras la sacaba de la nieve y movía sus botas hacia el frente, para abrir el paso.

El suave viento se deslizaba por el rostro de Eva y enfriaba sus mejillas. Ella sentía el ardor intenso por las bajas temperaturas. Y sabía que su cara se había tornado roja por ese frío. Unos suaves rayos caían a lo lejos, entre las ramas de los pinos.

Cuando abrió su boca para hacer un comentario sobre el tiempo que había estado embarazada y lo rápido que había pasado, una fuerte punzada en su vientre la frenó.

—Rayos —dijo, con su rostro compungido por el intenso dolor. Se esforzó para tomar aire mientras sus dedos llegaban a su estómago.

Su madre la sujetó. —Hija, ¿qué tienes? —dijo mientras sus ojos se abrían ampliamente por el miedo. Estaba conmocionada.

—No sé. Tal vez comí algo que me hizo daño. Sentí un dolor en mi vientre bastante fuerte. Espero que no sea algo serio.

—¿Tendrá que ver con el niño?

—Espero que no.

—Esos dolores son frecuentes, hija. Muchas mujeres embarazadas los sufren, Recuerdo que cuando te llevaba en mi vientre, tenía ligeros sangrados con cierta frecuencia. Los primeros me hicieron sentir muy nerviosa, pero mi ginecólogo me aseguró que muchas mujeres pasan por eso. Incluso me contó que cuando culmina un trimestre y empieza otro, suelen presentarse hemorragias, aunque son leves.

—No he llegado a esa fecha. Tengo cuatro meses y medio.

—Sí, llevo las cuentas.

—Mamá, no te preocupes. Seguramente es una tontería —dijo, y caminó un poco. Entonces otra punzada cruzó su vientre y la hizo saltar ligeramente—. Oh... Otra punzada —dijo—. Creo que algo podría estar pasándome —admitió. Sintió que el miedo se apoderaba de su cuerpo instantáneamente, pero se esforzó por contener el llanto que amenazaba con salir. No quería llorar ni mostrarse débil, por lo que se obligó a parpadear y respirar.

Laura se acercó a ella. Extendió su brazo y tomó el codo de Eva para sujetarla. No quería mostrar nerviosismo bajo ninguna circunstancia. La expresión de su rostro era de calma.

—No lo creo, hija. Tal vez no pasa nada. De todos modos, creo que deberíamos regresar a tu cabaña. Tal vez ya abrieron las rutas para los autos y los transeúntes. Lo sé porque temprano escuché algo en la emisora local. También podríamos al hospital o consultar a tu doctor, si lo deseas.

—Bueno, hagámoslo.

Le permitió a su mamá ir adelante, para que la llevara de vuelta a la cabaña después de atravesar el camino boscoso. Debió parar en dos oportunidades, porque nuevamente sintió algunas punzadas en su vientre. El dolor no empeoró. Simplemente era como una fuerte agitación que la hacía convencerse de que eso no era para nada normal. Se dijo a sí misma que debía tomar aire, con mucha calma, para sentirse relajada y olvidar momentáneamente sus dolores. Sintió que la ansiedad comprimía su pecho con más fuerza.

Llegaron a la cabaña. El nerviosismo ya se había adueñado de ella por completo. La amenazaba con inmovilizarla, pero no quería que eso sucediera. Sabía que pelearía con todas sus fuerzas por él. Entendía que su esfuerzo probablemente sería inútil, pero quería relajarse y repetirse que no podía perder a su bebé de esa forma tan abrupta. No le permitiría a su cuerpo perder a su hijo.

Laura abrió la puerta de la cabaña. Bruno esperaba. Estaba tomando café en la mesa de la cocina. Cuando Eva lo vio, se sintió un poco más calmada. Generalmente pasaba sus mañanas cortando madera o arreglando algo afuera.

Las gotas del líquido humeante se derramaron sobre la mesa. —¿Sucede algo? —preguntó mientras se levantaba.

Se movió con rapidez cuando vio que a Eva le costaba moverse o decir algo. Laura la acercó a sus brazos y Bruno la tomó.

—Tuvo algunos dolores en su vientre —le dijo lentamente Laura—. Quizás tengamos que consultar a su médico o ir al hospital. Así podríamos comprobar que no pasa nada serio.

Bruno estaba conmocionado. La alerta se encendió en su rostro. Cuando Eva lo vio, comprobó que también había una expresión de frustración en su cara. Cuando la notó, el temor afincó su fuerza sobre ella. Era increíble que un hombre tan rígido con todo el mundo, excepto con ella, un ser con tanto coraje y fuerza, se mostrara ahora tan impotente ante las circunstancias.

—Creo que, en primer lugar, debo buscar mi bolso. Además, también quiero quitarme la ropa. Para eso, necesito tu ayuda. Me refiero a mi chaqueta y los pantalones para la nieve. Preferiría ir con ropa más ligera.

—Claro, mi amor.

Una vez que ella hizo esa petición, Bruno alcanzó su ropa rápidamente. Sus dedos bajaron la cremallera de su chaqueta. En unos segundos ya se la había quitado. Después empezó a bajar la cremallera de sus pantalones. Le dijo que apoyara su mano en su hombro para que estuviera más cómoda. Aunque sus dedos seguían temblorosos por el frío y el miedo, Eva se esforzó para bajar sus pantalones.

Cuando los bajó, ella y Bruno se inmovilizaron simultáneamente. Habían notado la sangre que caía por sus pantalones.

—Por todos los cielos —dijo Bruno con su voz quebrada.

Eva llevó rápidamente sus ojos a su rostro. Comprobó el miedo que sacudía esos lindos círculos. Casi se cae al piso al ver esa terrible expresión. Por primera vez, Bruno tenía miedo. Y se lo mostraba. No podía evitarlo.

—Mejor vamos al hospital —le dijo Eva con brusquedad. El pánico volaba por el aire sobre su cabeza—. No perderé a nuestro hijo. —Hablaba con tanta aspereza que parecía otra persona.

Capítulo 13

Las nubes humeantes que escapaban por la chimenea de su pequeña cabaña, los pinos silenciosos y relajantes que la rodeaban, el sendero que había que recorrer, a pesar de que era empinado, la maravillosa frescura del viento que se filtraba por las ventanas a medida que se acercaba la madrugada. Esa combinación era tan sosegadora que Eva volvía a sentirse tranquila al llegar.

—Me alegra volver a nuestra cabaña —confesó Eva en voz baja en su asiento.

Él la vio y recordó que era su amada esposa. Sabía que ella era todo en su mundo. El ser que más quería. Y, además, llevaba a su hijo en su vientre.

—También me alegra volver —le dijo—. Creo que el dormitorio de tu madre tiene todas las luces apagadas.

—Así es. Puedo verlo. Debe ser por la hora. Le pedí que se acostara cuando la llamé para contarle que no había pasado nada.

Suspiró y la suave calma que había sentido al hablar con el doctor volvía al pecho de Bruno. Él les había dicho que no pasaba nada. Tomó el volante con más fuerza y llevó la camioneta a la esquina de la cabaña. Cuando la enfermera de guardia le entregó las imágenes de la ecografía y pudieron ver que todo estaba perfecto, ambos habían comenzado a llorar. Bruno no lograba recordar cuándo había llorado por última vez de esa forma, si es que alguna vez lo había hecho. Entonces él cerró sus ojos y soltó todo el aire que contenía.

—Puedo ayudarte a bajar si te hace falta. —Apagó el motor y giró para ver los ojos de Eva.

Eva no estaba segura de pedírselo, aunque todavía estaba impactada por todo lo que había pasado. —Tranquilo. No creo que haga falta. No me quebraré como si fuese una taza de vidrio. — Quiso sonreír, aunque solo fuese para simular alegría, pero no lo logró. La tensión aún hacía eco en su cuerpo.

—Perfecto.

Pero Bruno no sabía si ella decía la verdad. Si algo llegara a pasar y un incidente como ese se repetía y llegara a ser más grave, le costaría mucho recuperar los fragmentos perdidos de su alma.

Cuando entraron y se sintieron cómodos, él lanzó unos trozos de madera a la chimenea para mantener la temperatura un poco elevada. Quería algo de calor durante la madrugada. Notó que Laura había estado cerca de la chimenea. Había agregado leña al fuego cuando salieron al hospital. Eva le había pedido dormir porque sentía que no podría contarle malas noticias si permanecía despierta. Bruno, increíblemente, comprendió su decisión. Sabía que Eva quería evitarle ese momento tan horrible después de un día complicado. Quería evitar que su alma también se destrozara. Quería resguardar a una de las personas que más amaba en el mundo.

Giró cuando escuchó los pasos calmados de su esposa. Ella llegó a la cocina después de él. Aunque su mirada siempre era intensa, en ese momento parecía quebrada por la incertidumbre. Lucía distraída, como si fuese un bebé.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó.

Ella negó con su cabeza. —¿Tú tienes apetito?

—Tampoco —le respondió. Aunque era consciente de que debía animarla a comer para mantener al bebé sano, no tuvo el valor suficiente para hacerlo—. También podríamos... ir a nuestra habitación.

—De acuerdo. Me parece estupendo.

Dio unos pasos por la cocina. El hecho de volver a su cabaña, aunque fuese algo tan simple, le devolvía la paz. Creía que había vuelto a su hogar y todo saldría bien. Tomó la mano de Eva para llevarla a su dormitorio lentamente. Cuando se reencontró con sus cálidas sábanas, sus chaquetas para el frío, el escritorio de madera, todas las cosas que formaban parte de su vida, sintió que recuperaba la alegría.

Esa era su principal ilusión. Que todo saliera bien. Bruno y ella conservaban ese gran sueño.

—Amor, sé exactamente lo que está pasando por tu mente —le dijo Eva con calma. Se acercó para él y lo vio fijamente. Su mirada la delataba: estaba llena de temor y dolor—. Soy consciente de que a partir de ahora debemos ser muy cautelosos. Puede que el doctor haya dicho que todo está bien, que el resultado de la ecografía no reveló nada, que el bebé está sano y solo sangré un poco, que mis dolores se fueron y no hay nada grave, desde ese momento sé que el miedo nunca va a abandonarme. —Cada palabra sonaba como un susurro.

Bruno soltó un largo suspiro. —Sí, Eva. Te entiendo. —La tensión que sentía bajó, pero solo un poco.

Tocó su hombro con una de sus manos. Sintió la suavidad y fragilidad de su piel. —Por ahora me gustaría que me abrazaras. Es lo único que pido —dijo Eva. Levantó su mano y la llevó sobre la de Bruno.

Bruno comprendió perfectamente lo que ella quería. La desnudó velozmente. Contuvo el aliento hasta que ella quedó cerca, justo a su lado, mientras la abrazaba. No había nada de ropa cubriendo sus cuerpos, pero el calor y el deseo estaban ausentes. Ambos simplemente se veían fijamente mientras se acostaban. Él solo quería permanecer a su lado y cerciorarse de que ella no se iría a ninguna parte. Le bastaba con saber que *ambos* estarían ahí: Eva y el pequeño niño en su vientre.

—Bruno... Crees que si algo pasara... algo muy grave, ¿haríamos el intento de tener otro bebé?

La pregunta sigilosa y apagada de Eva quedó en el aire sobre sus cabezas. Él sintió que esa interrogante caía sobre su espíritu y lo quebraba poco a poco.

—Lo haría si me lo pidieras —le dijo después de un rato. Quería hablar con firmeza. Quería que ella entendiera sus deseos, pero no que sintiera incertidumbre ante sus palabras.

—Espero que lo digas en serio.

—Claro que lo hago. Solo sentí que podía ser padre cuando me contaste que esperabas un hijo mío. Ahora que estoy a tu lado y he visto cómo va creciendo esa criatura, me siento feliz. He podido pensar todo con calma. Quiero tener a nuestro hijo. Quiero que nazca, pero si algo llegara a pesar, no será por tu culpa. Soy consciente de que anhelas convertirte en madre con este niño, tanto como yo quiero ser su padre. Seguramente más. Jamás podría responsabilizarte si llegara a pasar algo malo. Esperas tener una familia conmigo y yo quiero dártela, aunque nos lleve más tiempo del que habíamos previsto. Sabes que te amo y mi mayor deseo es que los dos seamos muy felices.

—Sé que mi madre regresará a su casa en los próximos días. Ojalá pudiera quedarse aquí. A mi lado. Me aseguró que regresará cuando se acerque el parto —dijo, pero mostraba dudas en su cara. A Bruno no le gustaba cuando ella mostraba esa expresión.

—Oye... —le dijo—. Escuchamos lo que nos dijo el médico. Aseguró que todo estaba bien

con el bebé. Nos sugirió que nos calmáramos. Dijo que eso les sucedía a muchas mujeres en estado. Incluso recuerdo que Laura te comentó que había tenido algunas pequeñas hemorragias cuando te llevaba en tu vientre, y eso no afectó tu nacimiento ni tu salud. Eva, pudimos ver las imágenes del bebé en las fotos que nos dio la enfermera. Está sano. Escuchamos que su corazón latía regularmente y vimos que movió sus extremidades. El sangrado fue más corto de que lo que parecía inicialmente y cuando llegamos a la sala de exámenes paró. Sé que ambos están perfectos. Todo saldrá muy bien. Ya verás que nuestro hijo nacerá en la fecha prevista. Sera un niño sano y enérgico. Sé que ambos lo amaremos. —Apretó suavemente su hombro para mostrarle su apoyo.

—Sí. También sé lo que pasará después. Cuando crezca y se convierta en un adolescente, olvidará todo lo que hicimos por él y solo podrá recordarlo cuando ya esté convirtiéndose en un adulto, como me pasó a mí.

Mostró una sonrisa ante la frase irónica que acababa de escuchar. —Eva, nunca olvidaste nada. Quizás no querías reconocerlo —dijo.

Bruno se había negado a contarle que no pudo conocer a sus papás. Que nunca pudo sentir las emociones confusas que experimentaría cualquier joven respecto a su familia. Tampoco le había contado que nunca se sintió amado ni pudo amar a una familia. Y no quería decírselo en ese momento, porque ya habían experimentado una amarga experiencia a lo largo del día.

—Bueno, no estoy tan segura —confesó—. De lo que sí estoy segura es de que mi madre me hacía falta y tú la contactaste para que se acercara a mí. Te lo agradeceré toda mi vida. Espero que lo tengas presente. Nunca olvidaré ese gesto.

Aunque Bruno no podía ver su cara porque estaba detrás de ella y la sujetaba por su cintura, sabía perfectamente que un mar de llanto se derramaba por su cara. Lo sabía por el sonido quebradizo de su garganta.

—Claro. La llamé porque sabía que tú querías hacerlo. Lo único que hice fue agilizar el proceso.

—Y te lo agradezco. Ahora sé que, si me hubiera pasado algo, o al bebé, ella habría estado conmigo. Sé que las punzadas eran muy fuertes y temí lo peor, pero ella siempre trató de calmarme.

La tensión se apoderó del aire. Bruno no podía hablar. Luego, se llenó de valor y tragó grueso para responderle con firmeza.

—Mi amor, sabes que mi mundo gira alrededor de ti. Cuando te dije que podríamos superar cualquier obstáculo que se presente, lo dije porque lo creo firmemente. Aunque no podamos tener hijos propios, que sería un caso extremo, podríamos buscar otras alternativas. Y cuando te dije que tendríamos una familia, lo hice porque también lo creo firmemente. Si pudiera entregarte el universo, lo haría sin pensarlo.

Ella se tensó y otras lágrimas salieron presurosas de sus ojos. —Sí, lo sé muy bien —dijo en un tono susurrante—. Por eso te amo. Aunque no han pasado muchos años desde que nos conocimos, estoy convencida de que así es. Creo que vivimos una experiencia muy dolorosa, pero pudimos avanzar. Mis emociones ahora son distintas. Aunque suene increíble, me siento más unida a ti. Mi amor por ti no para de crecer.

Bruno asintió. Ella describía exactamente lo que él también había experimentado. —Supongo que las crisis como estas profundizan los lazos de las personas... o los destruyen.

—Espero que nuestros lazos sean cada vez más fuertes. Y que sea así hoy el resto de nuestras vidas.

Llevó su mano al vientre de Eva. Aún no se notaba ninguna protuberancia. Ella soltó un gemido

bastante suave. Tomó su mano y la sujetó con fuerza sobre su cálida piel.

—¿Lo sentiste? Imagino que no. Es lógico. Creo que el bebé me dio una patadita. Creo que está empezando a jugar. Es como si estuviera estirando sus pies o sus brazos y luego los recogiera.

—Bueno, no lo sentí, pero estoy feliz de que ya sientas sus movimientos. Estoy muy, muy feliz por ti.

Un silencio relajante inundó el espacio entre ellos. —También lo estoy.. —dijo ella, pero cortó sus palabras.

Ella decía la verdad. Él tampoco había vivido un amor tan intenso. Entonces cerró sus ojos y se acercó a ella. Puso su nariz sobre el cuello de Eva y percibió el olor a frescura que emanaba de su sien. Amaba con todas sus fuerzas a Eva. Su sentimiento era tan fuerte que sentía dolor.... Dolor al no poder controlar esas emociones. Hubiera podido hacerlo en el pasado, pero ahora que su vínculo era más fuerte, como ella había asegurado, no podía.

Ahora, el temor seguía en su corazón. Y no saldría de allí nunca más. Y no lo causaba el amor. Lo causaba el riesgo de perderla.

Capítulo 14

Los feriados por Navidad terminaron tan pronto como empezaron. Luego empezó un nuevo año, cargado de temperaturas altas. Febrero anticipó las semanas iniciales de la primavera. Cuando empezó marzo, el clima se sintió más fresco, pero una vez que llegó abril, la temperatura empezó a subir nuevamente. Los días parecían interminables y el sol no dejaba de calentar el ambiente. Eva se percató que el tiempo podía pasar sin que ella se diera cuenta.

Cuando Eva alcanzó los seis meses de embarazo, su estómago creció. Dejó de ser pequeño y empezó a inflarse. Y mientras pasaban los días, el niño continuaba creciendo sin parar. Solo restaban veintiún días. ¿Mi vientre seguirá creciendo?, se preguntó ella. Parecía que podría llegar a ser del tamaño de una casa si mantenía esa tendencia a aumentar. Y la fecha se acercaba.

Se puso en la puerta de su nueva habitación. Era más amplia que la antigua, porque ya habían culminado las adiciones que Bruno y ella habían planificado. Intentó subir la cremallera y abrochar sus pantalones, pero le costó mucho hacerlo porque su vientre le impedía verlo.

Aún usaba su ropa habitual, pero debía vestirse con tallas más grandes. Ahora estaba obligada a llevar siempre la ropa que había comprado en la tienda por departamentos cuando había ido a hacerse su primera ecografía.

—Me pregunto dónde está la banda elástica —dijo. La soledad y el silencio de su dormitorio fueron su respuesta.

Quería encontrar la banda que había usado durante la noche. Caminó por el cuarto. Recordó que probablemente estaba cerca de la mesa de noche. Llevó sus ojos allí, pero no estaban. Después de un rato se obligó a ver debajo de la cama, al lado de una de las patas de la cama.

—Parece que estás poniendo a prueba mi memoria hoy —dijo. Se percataba de que hablaba sola sobre su banda elástica. Sonrió ligeramente.

Bajó con cautela. Se apoyó en sus rodillas. Aunque aún podía ver parte de sus pies, hacer labores sencillas como rasurar sus piernas o ponerse sus calcetines estaba costándole bastante. Su cintura no podía ayudarla a hacer ese movimiento.

Extendió su brazo y tomó la banda. Se levantó y puso sus manos encima de sus hombros, en un gesto de alegría. Con agilidad y rapidez se puso la banda en sus pantalones. La unió y llevó la parte restante sobre el botón. Dejó que una parte cayera bajo su estómago. Eso le permitía caminar con más calma. Lo sabía porque lo había leído en un foro de internet al que se había suscrito. —Listo —dijo.

Ya se había vestido por completo. Empezó a ordenar su caótico dormitorio. Dobló las sábanas y las planchó con sus manos. Estaba costándole conciliar el sueño y dormir tranquilamente. Se había levantado y Bruno ya no estaba. Una vez más, el mediodía estaba cerca. Recordó su baño y las tuberías nuevas, y le agradeció a Dios por ellos. Debía levantarse hasta en diez ocasiones para orinar, y difícilmente habría podido hacerlo en su vetusto baño. Ahora se sentía como la consentida de la casa.

Ya habían instalado la letrina. Al final, Bruno había tenido toda la razón. No resultó ser asquerosa en absoluto.

Cuando la puerta se abrió, Eva supo que estaba llegando para desayunar. Pero la comida no estaba lista.

—Eva, ¿dónde estás?

Puso la ropa sobre en el piso y se dijo que luego la recogería. —Estoy en el dormitorio —le dijo. Con prisa pasó por el pasillo y llegó a la cocina.

La calidez y la temperatura un poco elevada de la cabaña se mantenían, a pesar de todas las remodelaciones que habían hecho. Cuando llegó a la cocina, Bruno ya estaba preparando té y encendiendo una hornilla para preparar emparedados. Ya contaban con un refrigerador en lugar de un hoyo en el suelo para congelar los alimentos. Él, sin embargo, prefería cocinar las comidas sobre el fuego caliente de la leña. Eva también.

Bruno buscó los sándwiches y los tomates en el refrigerador. —¿Qué tal estuvo tu sueño? —le preguntó.

—Se supone que yo debería hacer el desayuno. Sé que despiertas muy temprano para hacer muchas cosas. Espero que me disculpes.

—Sé que hacer el mejor trabajo del mundo ocupa todo tu tiempo. No te preocupes.

—¿A qué te refieres? ¿A dormir hasta las diez de la mañana?

—A tener a nuestro bebé en tu vientre.

Eva sintió el cariño de sus palabras y sonrió. —Sí, sé de qué hablas, pero no logro sentirme mejor. Sé que debería cocinar algo en la mañana, antes de empezar a preparar nuestro almuerzo.

—Sé que, si ayuno un día, no voy a morir. Mi cuerpo se adaptará y mi metabolismo será un poco mejor. Podré tener más apetito cuando llegue el almuerzo. Podré comerlo si no duermes hasta después de las doce.

Tocó su pecho juguetonamente. Él por poco deja caer los tomates por el movimiento.

—Ten cuidado. No quiero tener que preparar nuestro desayuno y también limpiar un desastre aquí.

—Yo podría limpiar, si te parece que no puedes.

—Claro que puedo —respondió Bruno mientras abría ampliamente sus ojos—. Creo que debes tomar asiento. Luces muy agotada.

—Pero estoy bien.

—No lo creo. Tu cara está llena de ojeras.

Tras el temor que habían vivido cuando Eva tuvo el pequeño sangrado, Bruno se mantenía pendiente de ella. Ella también estaba muy pendiente de su salud. Pero durante algunas noches, pensó que solo se sentiría tranquila cuando el niño ya hubiera nacido y ella pudiera abrazarlo y ver su cuerpo sano. Si bien sus vidas transcurrían tranquilamente y eran muy felices, no dejaba de sentirse preocupada. Sabía que incluso el parto podía complicarse.

—Sí, lo sé. Disculpa. El bebé me pateó muchas veces. No pude dormir casi nada.

—No tienes que pedir disculpas. Aunque tengas ojeras, eres la mujer más hermosa del mundo. Y para serte sincero, sentí algunas de esas patadas en mi pecho cuando me acerqué a ti. Me pregunto cuánto te habrá dolido, porque a mí me dolieron bastante.

Tapó su boca y cerró sus ojos. —Vaya —dijo Eva mientras sonreía—. ‘La mujer más hermosa’. —Abrió sus ojos ampliamente y levantó sus manos.

—No creo que lo sea, al menos con esta cara.

—Deberías creerlo. Hoy y siempre.

La mirada de Bruno le demostró que hablaba con honestidad. Ella sintió la alegría en su pecho. No se sentía como una mujer hermosa por sus ojeras, pero estaba convencida de que Bruno la

amaba a pesar de su aspecto.

Él giró para cocinar los emparedados. Cortó los tomates y calentó los sándwiches. Untó salsa sobre ellos y luego buscó algunos trozos de tocino y huevos para acompañarlos. Tenía una tostadora, pero prefería no usarla porque no era muy ágil con ella. Se había mantenido tanto tiempo alejado de los inventos modernos que incluso había olvidado cómo debía encenderlos o apagarlos.

—¿Pudiste hablar con Laura? ¿Te dio la fecha de su llegada?

—Sí. La llamé anoche. Me dijo que llegará mañana. Tal vez lo haga a mitad de tarde. Me dijo que va a contarme algunas cosas.

—¿Cosas buenas o malas?

—Supongo que son buenas. Cuando la escuché, parecía animada.

—¿Tienes alguna idea?

Ella encogió sus hombros y lo vio fijamente. —A decir verdad, me parece que quiere vender su casa. Aunque la ha ofrecido en alquiler por mucho tiempo, sospeché que se cansó de ser la única persona que la cuida. Y también supongo que quiere vivir en una zona más cercana porque va a convertirse en abuela pronto.

—Me parece estupendo. Así podría ayudarnos. Tal vez necesitaremos mucha ayuda cuando nazca el bebé.

—¡Oye! Creo que estás abusando —respondió Eva, frunciendo su ceño.

Él le sirvió los emparedados y té sin azúcar. Se sintió muy útil y feliz al ver que el desayuno había quedado perfecto.

—No me malinterpretes. Lo que trato de decir es que me pides insistentemente que haga y haga cosas, y cuantas más cosas hago, siento que no será suficiente. Y será peor con cada día que pase. Me asusta lo que pueda pasar cuando nazca el niño. Aunque todo el mundo asegura que no hay que ser un genio para criar a un niño, creo que están muy equivocados.

—Entiendo muy bien lo que dices —dijo Eva. Luego vio su plato y su boca se hizo agua—. Vaya. Se ven muy bien. Me encanta la textura y el color.

—Pero pensaste que no podría hacerlos.

—Jamás pensaría eso.

Aguardó pacientemente que Bruno comiera todo su desayuno para plantearle el asunto que sonaba insistentemente en sus pensamientos. Le daba miedo preguntárselo, porque creía que al hacerlo y obtenía una respuesta positiva, ya no tendrían un espacio íntimo para ellos.

—Entonces mi mamá podría vender su vivienda. ¿No te molestaría que se mudara con nosotros? No estoy diciendo que tenga que vivir en nuestra cabaña. Supongo que, como hay tanto terreno alrededor, construiríamos otra cabaña solo para ella, a unos metros de aquí. Llegaríamos hasta ella a través de un sendero que abriríamos precisamente para eso. Sería algo sencillo. Estaría a cierta distancia, pero podría llegar rápidamente para que nos ayude. Ella podría tener su privacidad. Nosotros también la tendríamos. Lo que digo es que... podría pagarnos por el uso del terreno y la construcción de la cabaña. No me lo ha planteado. Quise preguntarte a ti antes de proponérselo... Creo que quizás no va a vender su casa. No sé nada al respecto. Quizás estoy actuando precipitadamente.

Él escuchó atentamente y sonrió. —Parece que no te has dado cuenta de que te cuesta respirar por esa pregunta interminable que me has hecho.

Eva sonrió también. Había comido todo su emparedado. Vio su plato fijamente.

—Lo sé. Dime la verdad. No voy a molestarte. ¿Te parece que está mal lo que estoy

diciéndote? Tal vez no quieras tener cerca a tu suegra o sentir que pierdes el lugar que tanto amas a manos de una intrusa.

—No consideraría a tu madre como una intrusa bajo ninguna circunstancia.

Eva lo vio. Sus ojos estaban ampliamente abiertos. Cuando notó que su cara no cambiaba, comprendió que Bruno no estaba molesto. —Bueno, no sé qué pensar. Ojalá nunca la veas de esa manera. Pero quiero que seas sincero conmigo. De todos modos, puedo indagar. Sé que cerca hay muchas casas en venta. Entonces dime si te parece bien. Si no es así, comprendo perfectamente.

—Entiendo todo lo que dices. Es lógico. Lo que dices me parece bien. Tengo tiempo preguntándome qué hacer con tanto terreno. He talado algunos árboles para sembrar en ese terreno, pero la superficie es muy dura. Nada crecerá ahí. No creo que alguien quiera comprar parte de ese terreno. Prefiero seguir viendo la naturaleza. Quiero conservarlo como está. Podría construir una cabaña y dejar el resto en su estado natural.

—¿Y eso quiere decir que...? ¿Lo haremos o no?

—Es tu deseo. Lo haremos. Me parece estupendo. Y si también es el deseo de Laura, quizás en unos seis meses tendríamos su cabaña lista. Mientras la terminamos, podría dormir en nuestra cabaña. Si no se siente cómoda, la ubicaríamos en una vivienda por un tiempo. Entiendo que las personas de la ciudad tienen dificultades para adaptarse a una cabaña en el medio del bosque, sin las comodidades de la civilización.

—Supongo que lo dices por mí. Te parece que como ahora estás consintiéndome por mi estado, no puedo buscar agua afuera para ducharme adentro.

—Totalmente. No me gusta mucho tener que ducharme afuera, con ese frío tan fuerte y una lluvia interminable. Tengo que reconocerlo: me siento aliviado cuando puedo bañarme adentro. Además, cuando estoy afuera las hormigas pican todo mi cuerpo.

—Por esa razón nunca me bañé afuera. Me duele el brazo por sacar tanta agua de la bomba y traerla adentro, pero es mejor que pasar por esa tortura allá afuera.

—Pero puedes bañarte en el río.

Ella recordó la frescura del agua de ese río. Sintió una chispa encendiéndose en su cuerpo. Aunque el verano fuese inclemente, la temperatura del río nunca subía.

—Si mi memoria no me falla, te agradó verme cuando me bañé allí en dos ocasiones... sin ropa.

Una vez que Bruno se paró de su silla, la llama se hizo más fuerte. Empezó a lavar los platos y cuando terminó los colocó en la repisa nueva. Habían instalado dos fregaderos y nuevas alacenas. Siempre que las veía, la combinación de madera y cerámica le parecía maravillosa. La cocina había cambiado tanto que parecía parte de una casa suburbana.

Habían incorporado otros objetos de madera de pino. Los habían pulido a mano, por lo que le aportaban un aspecto de antigüedad a buena parte de la cocina, semejante al de los pisos de los dormitorios. Como las columnas eran de troncos, el olor a bosque se sentía en todos los rincones.

—Sé que estarás feliz de hacer más bosquejos para otra cabaña. Cuando buscaste los fregaderos, las luces y el nuevo refrigerador lucías muy contentas.

Asintió con fuerza. —Así fue. Eso me hizo sentir muy feliz. Y aunque no te gustó para nada, seguiste en la tienda, a mi lado. Ojalá hubiéramos podido hacer lo mismo con los artículos del niño.

—Vamos poco a poco. Sabes que aún tenemos unos días. Además, algunos niños suelen tardar un poco más para nacer.

Eva comprendía perfectamente. Incluso se había negado a comprar la cuna, los biberones y el

resto de artículos necesarios, solo por precaución. Preveía que algo podía ocurrir. Le aterraba la idea de tener que guardar o devolver todo si sus peores temores se convertían en una dantesca realidad.

Su embarazo había transcurrido con normalidad tras el impacto de su hemorragia. Tal vez estoy exagerando, pensó.

Y adicionalmente, tal como había asegurado Bruno, tenían unos días, probablemente treinta. Laura también vendría a ayudar. Cuando ella llegara, se sentiría más tranquila y todo saldría estupendamente.

Capítulo 15

—Vaya. Veo que no tienes pañales ni una cuna. Cuando me dijiste que no habías comprado nada, lo decías en serio. ¿Te has preguntado dónde dormirá mi nieto o con qué vas a vestirlo?

Eva abrió sus ojos de par. Vio los ojos de Laura y entendió que era un chiste. Entonces sus hombros se calmaron. —Contamos con una cabaña. Eso debería servir, ¿cierto?

Laura pasó sus ojos por el cuarto en el que el bebé dormiría. El cuarto era agradable y era perfecto para que el niño creciera. Era sencillo, con unas dimensiones aceptables. Como había asegurado en muchas ocasiones Bruno, era del tamaño adecuado. Había espacio suficiente para ubicar una cuna, una mesa de noche, una mecedora, una pañalera y un sencillo armario.

—Cierto, claro. Ya vi toda la cabaña. Los felicito. Estoy gratamente sorprendida. Me parece que se esmeraron.

—¿Sorprendida? ¿Lo dices en serio?

—De hecho, sí. Cuando me dijiste que ibas a ampliar, pensé que solo lo decías por la emoción del momento. Si mal no recuerdo, solamente han pasado unos... cuatro meses. Me fui de aquí y no habían iniciado nada.

—Así es.

—Y ahora puedes ver los estupendos resultados que obtuviste. ¡Me siento orgullosa del esfuerzo que han hecho!.

—En realidad, no fuimos los únicos que trabajamos. Pudimos hacerlo gracias al esfuerzo de todos. Bruno hizo la mayor parte, obviamente, pero también ayudaron los plomeros y los carpinteros.

—Pero fue necesario un líder que guiara a todo el mundo y les mostrara lo quería.

—Bruno fue ese líder. Yo me dediqué a buscar los adornos y las luces. Y por supuesto, el refrigerador. Aunque nunca he entendido las razones, le desagradaba la idea de elegir uno.

—Supongo que les pasa a todos los hombres —respondió su madre mientras tomaba sus caderas. —¿No te parece que podríamos hacer algunas pinturas para el dormitorio de mi nieto?

—De hecho, ya hice dos pinturas. Las tengo guardadas. Como aún no tengo el resto de la decoración, estoy esperando para ubicarlas en el mejor lugar.

—¿Ya pediste esos artículos?

Eva guardó silencio. —Pues... no. Prefiero esperar que la fecha se acerque. Es decir, cuando ya no tenga más opción. Quiero contar contigo para hacerlo —le dijo con sinceridad unos segundos después.

Laura la vio con una expresión de cariño y bondad. —Claro que te ayudaré. Tal vez estás convencida de que ya no recuerdo lo que es esperar un bebé, porque ha pasado mucho tiempo desde que te tuve, pero déjame decirte que lo recuerdo perfectamente. Cuando me doy cuenta de las dudas que tienes, las comprendo perfectamente. Nunca olvidaré el miedo que sentía. Creo que no debes forzar tu cuerpo para levantar cajas. Además, el parto se acerca. —Llevó sus dedos al hombro de Eva.

—Tal vez podamos elegir los que nos gusten y luego Bruno podrá llevarlos al cuarto del bebé.

—Me parece excelente. Pídele a Dios que no se te olvide nada.

—Creo que compraré algunos artículos usados. Tendríamos todo un día para hacerlo. Haré un pago adelantado para que los traigan. También podría hacerlo una vez que vayamos a buscarlos.

—Eso también es estupendo. La gente ahora desecha muchas cosas útiles.

—Podríamos ir a una tienda de artículos usados. Ese lugar me gusta bastante. La pasaríamos muy bien seleccionando la ropa. Aunque sea una buena idea, preferiría los mejores artículos en lugar de los más económicos o los primeros que vea.

Laura volvió a sonreír. Esa sonrisa era más amplia que la anterior. —No te imaginas lo feliz que me haces, Eva. Lo feliz que me haces al decirme que quieres que te acompañe a comprar los artículos del bebe. Para mí es muy importante que ustedes cuenten conmigo en esta etapa tan maravillosa.

El llanto se apoderó de los ojos de Eva. —¡Siempre quisimos que vinieras! —dijo. Tomó las manos de Laura con fuerza—. Además, quiero preguntarte una cosa. Recuerdo que dijiste que querías hablar conmigo. Supongo que quieres mudarte.

Laura empezó a llorar también. —Exacto. Parece que soy bastante previsible.

—En realidad, ya lo sospechaba. Incluso conversé con Bruno al respecto. Ambos queremos decirte que puedes quedarte en nuestra cabaña. Acá eres bienvenida. Posteriormente construiremos una cabaña solo para ti, cerca de la nuestra. Pensé que no haría falta que nos pagues por el terreno. Solo tendrías que hacerlo por la construcción. Buscaremos los materiales en las tiendas que nos den las mejores ofertas, y cuando....

Cerró sus ojos velozmente, intentando parar el llanto. —Estupendo —dijo, interrumpiéndola—. Podríamos tomar té y conversarlo. Mi viaje fue agotador y tengo mucha sed... y hambre.

—Vaya —le dijo a su madre—. Cuando llegaste me concentré tanto en mostrarte la ampliación de la cabaña que olvidé ofrecerte algo. Tal vez es por el embarazo. Espero que me disculpes. —Abrió ampliamente sus ojos y cubrió sus labios con su mano.

—Eso espero. Pero recuerda que tendrás que buscar otros argumentos dentro de pocos días, cuando nazca el niño.

—Cuando eso suceda, diré que olvido las cosas por el insomnio. Entiendo que los niños no suelen dormir toda la noche. Eso solo cambia cuando alcanzan los dos años de edad.

—En algunos casos es así, pero en otros duermen profundamente toda la noche. Recuerdo que siempre te portaste bien cuando acababas de nacer.

—Pero crecí y cometí muchos errores.

Laura la vio fijamente mientras apretaba con fuerza su mano para darle aliento. —Hija, estamos juntas y puedes contar conmigo. Lo más importante es este hermoso presente que vivimos.

Ciertamente, como había escuchado muchas veces, Eva solo podía agradecer el esfuerzo de su madre ahora que estaba a punto de convertirse en una. Sintió que su pecho se llenaba de una inmensa alegría.

—Entonces, ¿preparamos el té? Nos sentaríamos a tomarlo mientras revisamos en línea para comprar los cojines, una mecedora, una pañalera, un móvil, juguetes y todo lo que haga falta a mi bebé.

Una gran sonrisa se asomó en el rostro de Laura. —Me parece genial —respondió Laura.

Eva caminó lentamente a la cocina. Pensó que su madre siempre había tenido razón. Estaba al lado de Bruno, que la amaba con todo su ser. Además, podía contar con ella. Y adicionalmente, pronto tendría a su bebé en sus brazos. Un niño que crecía con salud y seguridad en su vientre. Sentía que era un sueño hecho realidad. Era feliz con todo que la vida le daba.

Capítulo 16

Eva le dijo, por cortesía, que había llegado para ayudarlo a mover los muebles. Él, como ella esperaba, se negó con contundencia y le tocó su hombro para pedirle que no lo hiciera. Esperaba que no notara que estaba muy contento de poder hacer las cosas por su cuenta. Su embarazo estaba transcurriendo con calma. El regreso de su madre aparentemente había relajado sus sentidos. Pero el temor que solía aparecer en su mirada se había esfumado para transformarse en un mar de dudas con el paso de los días. Él quería arrancar esa ansiedad de su pecho, transmitirle calma para que ella estuviera segura, pero sabía que no podía. Él también tenía esas dudas en su mente.

Eva y Laura se sentaron en la parte trasera de la camioneta. Conversaron distendidamente durante todo el trayecto a Alto Prado. Él oía con atención, pero al cabo de unos segundos se concentró en el camino. Aunque detestaba Alto Prado, ahora tenía ganas de ir. Deseaba hacerlo por Eva y el niño.

—¿Adónde iremos primero? —preguntó Bruno al ver por el espejo delantero. Vio los ojos de Eva rápidamente. Ella había anotado las direcciones en una página en blanco. Las había apuntado tras arrancar varios anuncios en el diario. Había escrito las direcciones, algunos precios y otros detalles que le parecieron importantes. Alto Prado ya estaba cerca.

Ella le anotó una dirección y se la pasó. —Ten. Planifiqué todo en función de la ubicación de cada tienda, de modo que no tengamos que retroceder para ir de una tienda a otra.

—Me parece una decisión muy inteligente —le dijo Bruno.

—De hecho, mi madre tuvo esa idea. Apunté todas las que ofrecen servicio de envíos. También tomé en cuenta los comentarios positivos de los clientes frecuentes.

—Supongo que también me tomaste en cuenta porque soy un excelente conductor.

Eva y su madre rieron al unísono. —Así es. También podrás ayudarnos a subir las cosas a tu camioneta si hace falta, porque necesitaremos ayuda con la cuna, las sábanas, la pequeña biblioteca, la mecedora, el...

—Parece que los bebés necesitan muchas cosas —le dijo Bruno, interrumpiéndola. Le regaló una tibia sonrisa.

Eva comprendió que lo que decía era un chiste. —Así es. Sabes muy bien que necesitan muchas cosas.

—Veo esta lista tan larga y creo que comprarás todo lo que necesite hasta que empiece la universidad. Supongo que también incluiste una motocicleta o un auto ahí. También debe haber ropa deportiva, boletos de avión... o arrogancia.

Eva soltó una carcajada. Bruno se unió a su risa poco después. Cuando se calmó, giró para volver a ver por el espejo y se fijó en la cara de Laura.

—Laura, aunque no hemos comprado nada todavía, creo que ya esto está afectándome. Es muy importante para mí que hayas venido y colabores con nosotros.

—Quiero ayudar en todo lo que pueda —le aseguró Laura—. De hecho, Eva y yo organizamos algunos horarios en caso de que el niño no duerma por las noches. Podrán tomar una siesta diurna si les hace falta recargar sus energías, porque ella podría atenderlo durante esas horas y yo podría

ayudarlos durante la mañana y la tarde.

—Supongo que Laura está tan feliz como yo por tu presencia —le aseguro Bruno. —¿Cómo hace el resto de las parejas que tendrán hijos por primera vez? Parece que no tienen ningún problema y resuelven todo rápidamente. Al menos así es en los videos en internet que Eva siempre ve.

—En uno hay una mujer que está a punto de dar a luz. Su cara está llena de maquillaje. Empieza a explicar cómo respirar cuando empiecen las contracciones. Es mi favorita, aunque me cuesta creer que no sea un montaje. Si no estuviera en un quirófano, estaría segura de que todo es mentira.

—También hay una mujer que está en una playa. Ella dice que puede dar a luz en la orilla y todo saldría bien.

Eva cerró sus ojos. —¿Preferiría no haberlo visto!. —Estaba asqueada.

El ceño de Laura estaba fruncido. —¿Una playa? —preguntó.

—Sí, una playa —respondió Eva—. ¿Cómo podría una mujer racional pensar en algo así? Cuando lo vi, recordé el agua del río que atraviesa el bosque y lo gélida que es. Estoy segura de que sería peligroso para el bebé. Qué asco. ¿Ella dice que lo tendría en una playa? Sería mejor que lo tenga en un jacuzzi o en una tina.

—Creo que solo quieren engañar a la gente —agregó Laura con seriedad—. No recuerdo cómo le dicen ahora. ¿‘Se viralizó’?

—Así es —dijo Eva con una sonrisa—. Esa es la frase correcta. Supongo que así se hizo famosa. Pero si de algo estoy segura es de que me espantó ver eso. Era tan asqueroso... que no podía parar de verlo. Solo pude hacerlo cuando terminó.

—¿Por qué preferiría una mujer dar a luz en su casa? Yo preferiría estar cerca de personal sanitario especializado que pueda orientarme durante todo el proceso —aseguró Bruno.

—Yo no podría ni siquiera pensar en algo como eso. Además, estamos a tanta distancia del hospital que no podríamos llegar a tiempo. No sé qué haría si algo malo me sucediera —dijo Eva mientras abría ampliamente sus ojos.

—Calma, hija. Te aseguro que no habrá problemas —le prometió su madre mientras tocaba su mejilla.

Eva soltó un suspiro de calma. Bruno pudo notar el cambio en su mirada. Si en algún momento se sintió más afortunado por la cálida y tranquilizadora compañía de Laura, fue precisamente en ese instante. Él no podría ocupar el lugar de ella, a pesar de su deseo por apoyarla, porque era consciente de que no podría reemplazar la bondad, la experiencia y la sabiduría de una madre, especialmente si era una linda persona como Laura. Poder contar con otra mujer, una que ya había tenido una hija y conducir a su esposa por ese proceso, lo hizo sentir mejor.

—Parece que te desviaste.

—Vaya... Regresaré en el próximo retorno. —Si bien Bruno había estado enfocado en la vía, Eva tenía razón. Había tomado una ruta totalmente distinta a la que se suponía que debía tomar. Se había desviado completamente.

Ahora sus pensamientos lo perturbaban. No podía dejar de pensar en la mujer de la playa. Que Eva tuviera que parir en la cabaña, aunque hubiera una ayudante, comadrona, matrona o como fuese que se llamaran, lo había impactado hasta dejarlo en shock. Como había dicho Eva, hubiera sido mejor no ver el video ni sacar el tema a relucir. Solo había ocasionado incertidumbre.

Cuando vio el panorama, recordó que se sentía afortunado de poder contar con un hospital. Eva también quería tener a su hijo en una instalación adecuada. Definitivamente, ninguno de los dos

simpatizaba con la idea de parir en casa.

Capítulo 17

Los ojos de Eva veían por el gran ventanal. Estaban abiertos ampliamente. Podía ver la nieve caer con fuerza y oír el eco de la intensa brisa. La imagen y el sonido la atemorizaban. No ocultaba su sorpresa.

—Es increíble que haya estos vientos tan fuertes en esta época del año. —Giró para ver los ojos de Bruno. Él estaba de pie, justo a su lado, y también veía el panorama frente a su cabaña.

—Mi amor, sabes tan bien como yo que estas cosas pueden pasar. Toda tu vida has vivido en este estado.

—Nunca vi algo así en El Pinar.

—Yo sí. Creo que pasó hace tiempo. Creo que ya pasaron unos veinte años desde la última ventisca.

El temor apretó su vientre. —Creo que sería buena idea que vayas a ver cómo está mamá. Por todos lados hay nieve, así que espero que no tenga problemas para encontrar el sendero para llegar aquí. Hay copos blancos hasta donde pueden ver mis ojos.

—Justo ayer hablamos de las plantas que querías sembrar en nuestro jardín.

—Honestamente, aún no sé qué plantas quiero sombrar. Solamente empecé a ver el espacio para saber qué flores o árboles se verían bien allí. Además, creo que falta poco para mayo o junio. Debemos tomar previsiones.

—Pero no lo hemos hecho, porque algo como esto era imprevisible. Los meteorólogos no dijeron nada.

—¿Viste tu celular? En algunas ocasiones emiten alertas de última hora. Será mejor que vea en el ordenador.

—Evidentemente no la recibí. Seguramente esto comenzó en la madrugada.

Eva se sintió conmocionada al recordar la noche. —¿No te parece increíble que hayamos dormido profundamente y no hayamos sentido nada? —Evocó la sensación de paz que había experimentado en la madrugada. Antes de dormir vio que la nieve aún se derretía bajo los primeros rayos del sol que anunciaban la llegada de la primavera. Pero el invierno no se había ido. Y ahora se mostraba con fuerza, como si quisiera vengarse de ella. Entonces el temor apretó cada célula de su cuerpo—. Bruno... ¿Qué sucederá si esto empeora y nos quedamos atrapados? ¿Qué pasa si empiezo a sentir dolores de parto? No exagero. Entiendo que esto terminará dentro de dos o tres días. Habrá personal del ayuntamiento que despejará las rutas. Sé que deberemos hacer lo mismo para limpiar nuestros senderos.

Bruno sintió que tambaleaba. Su cara, generalmente bronceada por el sol, se convertía en un copo de nieve por el temor. Pero tomó aire para hablar y transmitir calma. —Mi amor, todavía no sentirás dolores. Estoy seguro de que no va a suceder nada de eso. Cálmate.

—¿Recuerdas que conversamos para asegurarnos de no tener un parto en la cabaña? Ahora quiero que me jures que eso no va a pasar.

—No pasará. Te lo juro. —Bruno puso sus dedos sobre su hombro, acercándola a su cuerpo—. Ya oíste, corazón de mi vida. Debes esperar para nacer. Debes aguardar un clima mejor que este.

—Con su mano libre acarició su vientre.

—Me consuela saber que ya compramos esa estúpida cuna. También tenemos esas ropas y una manta para cubrirlo si nace anticipadamente, pero creo que debimos haber tomado más previsiones para casos como este. Tal vez debí estar más pendiente del estado del clima, buscar una casa en Alto Prado o una habitación en un hotel para estar cerca del hospital.

Bruno suspiró profundamente y relajó sus hombros. —Eva, te pido que no digas esas cosas ni te expreses de esa manera. Necesito despejar mi mente. Creo que ya tengo muchas cosas en las que pensar. Puedes decir eso porque ya estamos metidos en esta situación. Nunca dijimos que iríamos a Alto Prado si tu fecha de parto estaba cerca. Siempre dijimos que nos quedaríamos aquí hasta que empezaran las contracciones. Además, podemos llegar al hospital en menos de una hora. Los dos estuvimos de acuerdo. Ambos sabemos cuál es la fecha que maneja el doctor.

—Lo sé. Lo planificamos de ese modo, pero ahora puedo ver que fuimos unos tontos. Creímos que todo saldría perfectamente porque no pensamos en esas cosas. No tomamos en cuenta variables como el clima o el resto del mundo.

—Te aseguro que todo estará bien. Seguramente estos vientos terminarán hoy mismo. Tal vez mañana temprano todas las rutas estarán libres de nieve. Los tres estaremos muy bien. Te prometo que no emularemos la experiencia de la mujer que dio a luz en la playa. Cálmate —le pidió una vez más Bruno.

Comprendió que Bruno decía esas frases para mejorar su ánimo. Ella sonrió ligeramente. Aún sentía la tensión en su cuerpo y no le agradaba esa molesta sensación. Le costaba tomar aire. Aunque quería liberar toda la respiración que se acumulaba dentro de ella, no podía hacerlo porque parecía que su cuerpo no quería soltarse.

En lugar de parecer relajada, mostraba lo nerviosa que se sentía. Quiso reír con fuerza, pero en cambio solo pudo soltar una risa temblorosa.

—Entonces, ¿saldrás con este viento para buscar a mamá? Podría buscar una soga en la puerta y amarrarla a tu cinturón.

Sonrió con su ocurrencia. —No hace falta. Sé que puedo caminar tranquilamente. Encontraré a tu madre y la traeré a la cabaña. Después alimentaré los animales y haré todo lo que planeé para esta mañana.

—Podríamos desayunar antes de que salgas.

—Comeré un bocadillo en el camino. Cuando llegue Laura, pídele que haga unas baguettes. Las que cocinó hace unos días me encantaron.

—Supongo que te encantaron más que toda la comida que te he hecho durante todos estos años —le dijo Eva con una tristeza falsa.

—Así es —dijo antes de moverse. Pensó que Eva seguramente le daría un golpe juguetón por su respuesta—. Aprovecharé que saldré para despejar el camino. No quiero que haya tanta nieve frente a la cabaña.

—¿De verdad? ¿Crees que podrás mover el camión con la quitanieves? No creo que logres nada con eso. Todo luce horrendo desde aquí.

—Haré mi mejor esfuerzo —le respondió—. Si veo que no vale la pena regresaré, pero quiero hacerlo. Sé que quito la nieve ambos estaremos más calmados. Es una previsión que debemos tomar.

Abandonó la habitación lentamente. Aunque Eva vio que él salía por la puerta de la cabaña y pudo escuchar sus primeros pasos en la nieve, ella no pudo quitar sus ojos del amplio ventanal que daba al bosque.

Las frases que había dicho Bruno para despedirse sirvieron para que Eva supiera que no sentía precisamente la calma que quería mostrarle. Eva no quería que él se adentrara en el bosque, con esos vientos huracanados y la nieve incesante. Tampoco quería que su parto se adelantase. Ahora ansiaba que Bruno estuviera en lo cierto y todo saliera bien. Aunque había dicho varias frases para calmarla y le había asegurado que aún quedaba tiempo, lo había inquietado con sus palabras y su propio nerviosismo.

Solo una hora después, el sonido poderoso de la puerta abriéndose levantó a Eva de su cama. No pudo dormir más. Se levantó y escuchó una fuerte ráfaga entrando a la cabaña. Cuando se asomó desde su cama, vio que su madre entraba y se sintió feliz por su llegada. En un segundo estaba en la sala de estar. Su cara estaba llena de esos trozos fríos. Su cabello también estaba blanco por la nieve. Y las botas que usaba estaban mojando la madera rústica del piso de la cabaña.

Con sus manos Eva la ayudó a despojarse de su gran chaqueta. —¡Mamá! ¡Qué fuertes son estos vientos! —le dijo al acercarse.

—¡Así es! ¿Crees que algún día llegará la primavera? Jamás hubiera pensado que tendríamos estas nevadas y estos vientos tan intensos en abril.

Eva abrió sus ojos de par y llevó sus manos a la cintura. —Me cuesta creerlo. Justo ayer Bruno y yo charlamos sobre nuestros planes para el jardín.

—Llegará antes de que te des cuenta. Solo tienes que ser paciente. Ojalá esta sea la última nevada de esta temporada.

—Eso espero. Supongo que Bruno te contó que intentará despejar el camino para que nuestros senderos estén libres.

Laura contuvo el aliento. —La nieve llega hasta los muslos. Es increíble que se atreva a hacerlo con este clima.

—Tal vez ya lo ha hecho y quiere volver a intentarlo.

—Aunque así sea, es algo difícil de lograr. Tal vez deberíamos permanecer resguardados aquí dentro.

—Dijo que quieres que prepares baguettes. Supongo que estará aquí en un rato. Me aseguró que hará su mejor esfuerzo. —Laura soltó una carcajada e Eva entendió lo que pasaba por su mente.

—En ese caso, creo que sería bueno que aprendas a quitar la nieve. Dos personas podrían quitar toda la nieve del camino rápidamente... una vez que deje de nevar.

—Será mejor que revise en la computadora y mi celular. Tal vez digan cuándo terminará esta ventisca.

—¿Crees que podrás conectarte?

Eva cerró sus ojos. —Rayos. Es verdad. Seguramente este viento horrible impide que haya comunicación en esta zona. No había pensado en eso. De todos modos, voy a tratar de conectarme.

—En ese caso, voy a hacer nuestro desayuno.

Unos quince minutos después, tras la impotencia por no lograr conectarse con su computadora ni su celular, Eva percibió el agradable aroma a comida recién preparada. Supo que eran baguettes. También había preparado jugo de naranja. Una vez más su madre había demostrado su habilidad para cocinar estupendos platos.

—Bruno debe llegar pronto o se arrepentirá. Estoy segura de que nos comeremos todo.

—Eso no va a pasar. Prepararé uno adicional para él —dijo Laura. Vio la estufa y se alejó un poco.

Eva sonrió ante sus palabras. De nuevo, la compañía de Laura, una mujer cálida, ordenada y

que sonreía casi todo el tiempo, refrescaba su alma.

Dio rápidos pasos por la cocina para ver la comida. Quería comer los panes mientras aún estaban calientes. Notó que su apetito crecía instantáneamente. Respiró con calma y dejó que el aroma a panes recién preparados inundara su pecho.

—Será mejor que busque los platos.

Giró para buscar en la alacena los platos para servir el desayuno. Entonces un líquido empezó a bajar por sus piernas. Vio sus pantalones y no pudo moverse. Se quedó inmóvil a media zancada y miró hacia abajo, horrorizada. Repentinamente ese líquido se convirtió en una cascada que se desbordaba por sus pantalones y anegaba el piso. Estaba impactada y no pudo dar un paso más.

Capítulo 18

—¡Lo sabía! ¡Estaba segura de que esto pasaría! —dijo en voz baja.

Laura escuchó impactada el doloroso grito de Eva. Analizó lo que veía y se la bandeja que sostenía cayó al piso abruptamente. El ruido del metal al chocar con el suelo retumbó en las paredes. Después un silencio abismal se apoderó de la atmósfera.

Entonces Laura reaccionó. Puso los panes en las hornillas frías y se quitó los guantes. Tomó aire para obligarse a sacudirse el horrible pánico que ya sentía. Se acercó a Eva para tomar su mano.

—Calma. Todo va a salir bien. Esto no significa que ya vas a dar a luz. Tu parto puede demorarse varias horas, incluso un día....

—¿Intentas tranquilizarme? No estás lográndolo. Podríamos quedarnos atascadas aquí por días. Sí, ¡días! Y no solo eso. Una vez que ya haya parado la nieve, no habrá forma de movernos por las vías. Debemos esperar que los técnicos las despejen. ¡Seguramente ya las cerraron! Aunque tarde horas, lo cual me aterra, ¡llegaría más pronto de lo previsto! ¡No podemos salir de esta mierda ni sabemos cuándo mejorará este clima infernal! —le respondió Eva.

—Hija, toma aire Respira hondo —le pidió Laura—. Inhala y exhala —le dijo mientras ella misma empezaba el proceso. Le servía para calmarse, porque ella también lo necesitaba.

Eva intentó hacer lo que su madre le indicaba, pero cada inhalación era más pesada que la anterior. Sentía que pronto empezaría a llorar y no podía contener el llanto, aunque lo intentara. Vio el sudor en sus manos. Las convirtió en puños y los apretó con fuerza. Su cuerpo se inquietaba y el nerviosismo estremecía todas sus fibras.

—¿Y ahora? Aunque pidamos ayuda, será imposible que lleguen a la cabaña. Le comenté a Bruno que esto podría suceder y fijate: ¡Estoy rompiendo fuente en la cocina de mi cabaña! ¡Todo esto es terrible!.

—Pero faltan dos semanas....

—La fecha ya no me interesa. ¡Lo único que me interesa es que está pasando! Hasta donde recuerdo, las lecciones para el parto no incluían la ruptura de fuente frente al desayuno. Tampoco recuerdo que los niños tuvieran una fecha exacta para nacer.

Laura volvió a inhalar y exhalar, en un intento de controlar su propio miedo. —Entiendo, entiendo... —le respondió.

La cabaña seguía brindándole a Eva una atmósfera de calma. Una profunda calma. En el bosque, sin embargo, la fuerte ventisca azotaba las cimas de los árboles y amenazaba con romper los cristales de las ventanas por los trozos de nieve gruesa que caían velozmente sobre ellos. Tras varios intentos, pudo inhalar como su madre le indicaba. Aunque sus respiraciones advertían de su nerviosismo, inhalaba y exhalaba una y otra vez, enfocando toda su atención en el sonido y el ritmo de su aliento.

—¿Ya hora qué haremos? —reiteró. Más que una pregunta que hacía con su voz apagada, era una solicitud de auxilio. Pero ella sabía que esa ayuda no iba a llegar.

—Hija, creo que ya hemos visto muchos videos en internet. Sé que también viste los videos de

partos en casa, aunque solamente lo hiciste por curiosidad. Contamos con suficiente agua caliente. Además, tienes una tina en la que puedes sumergirte si lo consideras necesario. Y tienes una cama grande en la que puedes reclinar. De todas formas, hasta donde recuerdo no querías que los médicos te suministraran medicamentos —dijo Laura. Levantó su cabeza y le mostró un semblante diferente. Estaba decidida.

—Ya no puedo decidir sobre eso, supongo. Estoy obligada —dijo Eva, sin poder agregar nada.

—Así es. Ya no puedes decidir, es verdad. Tu bebé nacerá. Tenemos que estar listas —le dijo Laura mientras tomaba su mano y la apretaba con fuerza. El apretón era intenso para las dos.

—¿Qué pasa si hay complicaciones?

—No las habrá. La última vez que fuiste a consulta, el médico te dijo que el bebé tenía la posición adecuada para nacer.

—Pudo haberse movido.

—No lo creo. Pero si eso hubiera llegado a pasar, lo contactaremos. Deberán enviar paramédicos.

—La autopista y todas las vías de acceso deben estar cerradas por la nieve. Será imposible.

—Quizás en dos horas termine la tormenta. Cuando eso suceda, despejarán las vías rápidamente.

—Pero me dijiste que un parto puede tardar horas —dijo Eva con su voz quebrada—. No podré contar con un doctor o una enfermera porque estarán lejos de aquí. Siento que podré empeorar y mis pensamientos serán una locura. Serían las horas más largas de mi vida, con ese dolor tan fuerte en todo mi cuerpo.

—Hija, ya sé cómo ayudarte. Ambas vamos a tener que hacer nuestro mayor esfuerzo. Tú también sabes cómo traer este niño al mundo. Tu cuerpo está naturalmente preparado para esa labor.

—Ni siquiera tengo un estetoscopio para escuchar el corazón del niño. Así podría calmarme, porque sabría que, aunque hubiera complicaciones, él estaría bien —le dijo en tono de súplica. Laura se concentró en tratar de calmarla nuevamente, porque tampoco podía ofrecerle una respuesta a sus palabras.

—Debemos relajarnos, Eva. Por el bien del bebé. Estaré a tu lado para guiarte. Te aseguro que todo saldrá bien. Piensa en tu respiración y relaja tu cuerpo.

Respiración. Eva sentía que eso no solucionaría sus problemas.

Cuando iba a contestar, Bruno entró por la puerta. La ropa y la cara de Bruno estaban llenas de agua y nieve. Entró a la sala y luego pasó a la cocina. Ella y su madre sintieron cómo el nerviosismo se aceleraba en sus cuerpos. Estaban tan agitadas que no podían decir nada ni mover sus manos. Solo esperaban. Cuando llegó a la cocina, Bruno entendió la razón del silencio y supo lo que estaba pasando. La boca de Eva quedó abierta, sin poder decir nada.

Capítulo 19

Bruno recordó la sensación de temor que había experimentado en otras ocasiones. Lo había vivido al crecer sin sus padres y enfrentarse a las dificultades de la vida sin ellos. También vivió el pánico de cerca cuando subió por primera vez a un ring y su rival quería acabar con su cuerpo... incluso asesinarlo si era posible.

Y cuando intentó recuperarse de tantos golpes en el hospital, y pensaba que jamás podría volver a caminar o sentir los rayos del sol, también había sentido miedo.

Pero ninguna de esas experiencias se comparaba con el desesperante miedo que experimentó cuando descubrió a su esposa en el medio de la cocina, en trabajo de parto. Ella, tras haber dado algunos pasos, respirar, cerrar sus ojos y esforzarse haciendo todo lo que podía para olvidar, aunque fuese momentáneamente, las fuertes punzadas que sentía en su vientre. Al cabo de un rato, fue a recostarse en su cama, tras la insistencia de su madre.

Volvió a cerrar sus ojos mientras se aferraba a las mantas y apretaba los dientes. Intentaba oprimir el dolor que sentía, pero no podía. Las contracciones eran fuertes. Las abundantes gotas de sudor bajaban por sus mejillas.

Y con cada minuto se hacían más fuertes. Estaba experimentando dos en solo sesenta segundos. Bruno recordó que habían transcurrido apenas tres horas desde su llegada. Se había encontrado en ese momento con Eva en el suelo, y su madre estaba a su lado, sosteniendo sus manos. Cuando vio los líquidos que anegaban el piso, entendió que su hijo venía en camino.

Se sentó suavemente en la orilla de la cama. Sentía que su presencia era innecesaria. Si hubieran ido al hospital, tampoco habría podido ayudar mucho. —¿Dime cómo puedo ayudarte? —le preguntó Bruno.

—No puedes hacer mucho, en realidad —dijo ella. Se notaba más relajada—. Podrías masajear mi cuello y mi espalda. Tengo mucho dolor en esa zona. Siento que alguien estuviera martillando mi columna con toda su fuerza. —Con sus dedos le señaló a Bruno la parte en la que le dolía.

Él llevó sus manos a su espalda, aunque sentía que era inútil, y acarició su columna con suavidad. Hacía un gran y dulce esfuerzo por ella. Cuando Eva sintió otra fuerte contracción, soltó un fuerte alarido. Bruno notó cómo todos los músculos del cuerpo de Eva se ponían rígidos instantáneamente. El dolor la conmocionó. Era más fuerte.

Afuera, la tormenta seguía azotando la ciudad y sus alrededores. Bruno sentía que se quebraba en mil pedazos cuando se atrevía a mirarla. Cuando veía sus ojos, notaba cómo el pánico se asentaba en su alma.

Estaba frustrado por saber que estaban solos. Esa impotencia, no poder hacer nada, aunque quisiera, convencía a Bruno de que no había algo más terrible que vivir algo así. Ahora eran Laura, Eva y él en la cabaña, esperando un bebé.

—Tranquila, Eva. Intenta respirar —le dijo para intentar relajarla.

—Es lo que estoy haciendo —le gritó ella.

Esos gritos son buenos, pensó Bruno. Significa que tiene ánimo y aire en los pulmones.

—Excelente. Vas muy bien hasta ahora. Muy bien.

—Bruno, es todo lo que puedo hacer —dijo—. Cada vez que se acerca una contracción me duele muchísimo mi espalda. ¿Puedes acariciarla de nuevo?

Volvió a masajear su columna vertebral. Evitó llegar a su cintura. Subió, se detuvo en sus hombros y llegó a su cuello. Eva intentaba poner su cuerpo de lado. Sintió que más contracciones llegaban peligrosamente.

Laura tuvo que descansar tras haber estado al lado de Eva por unas horas, ayudándola con las respiraciones. Se había quedado en la cocina. Seguramente estaba pidiéndole a Dios que la tormenta cesara y ocurriera un evento milagroso. Un evento como el envío de ayuda... o quizás no. Quizás ese evento sería el nacimiento de su nieto allí, en la cabaña, sin complicaciones. Quizás ya estaba convencida de que eso sucedería, aunque no simpatizaba mucho con la idea.

Bruno sintió que su vientre se llenaba de ansiedad. Creyó que vomitaría todo lo que había comido. Le pidió a cualquier entidad que tuviera el poder divino de poder detener la tormenta que lo hiciera. Ansiaba que su bebé pudiera nacer. Que llegara al mundo sin problemas, con salud y calma, a pesar de que los doctores no estaban allí para colaborar. Su segundo ruego fue por Eva, para que ella también saliera en perfecto estado de esta experiencia.

Afortunadamente podía contar con Laura. Si ella no estuviera en la cabaña, nada tendría sentido.

—Quiero agua —le reveló Eva, con su voz muy ronca.

—De acuerdo.

Se levantó de la cama. Buscó la jarra de agua, que estaba en la mesa de noche de la habitación. Eva hizo un esfuerzo para levantarse, apoyándose en la manta. Lo hizo con lentitud, porque le costaba muchísimo mover su cuerpo. Bruno podía notar la rigidez de sus músculos bajo la tela de su blusa. Una intensa punzada atravesó su vientre cuando terminó de sentarse.

Cuando culminó la fuerte contracción, Bruno le cedió el vaso de agua. Ella solo tomó un trago y mojó su boca. Estaba consciente de que, si estuviera en el hospital, solo le habrían permitido humedecer sus labios, pero ya no le importaba. Estaba en su cabaña, no en el hospital.

—Podrías ponerte una bata, como sugirió Laura. Yo te ayudaría a vestirme.

Eva le entregó la taza. —Por todos los cielos. Me pregunto qué será peor, si tener a mi hijo aquí o que mi madre me vea tenerlo. —Cerró sus ojos y gimió.

—También estaré aquí, ayudando y colaborando en lo que pueda.

—Lo cual me parece peor. Tal vez no volverás a verme de la misma manera por el resto de tu vida.

Bruno pudo sonreír. Eva le acompañó en su sonrisa. Ella suponía que era lo mejor que podía hacer. Aún podía decir una frase chistosa a pesar de lo que estaba pasando.

—Claro que sí. Voy a seguir amándote. Supongo que no podría ser de otra manera después de todo lo que hemos vivido. De hecho, creo que te amaré más.

—Bruno, estaba segura de que sucedería esto. Incluso lo dije hoy cuando desperté. Hay que prepararse para lo peor porque es lo que siempre sucede. Sabía que las cosas sucederían de este modo.

—No creo que esto sea lo peor que nos pueda pasar. Probablemente todo salga bien.

—¿'Probablemente'? —le respondió Eva con brusquedad—. ¿'Probablemente'? Mierda, tiene que ser un chiste. No puede haber probabilidades. Tiene que haber certezas. Y mi certeza es que mi madre y tú harán que este niño nazca. No tenemos más opciones.

Bruno se tambaleó al escucharla. —Claro, claro. Es lo que estaba intentando decirte. Entonces,

¿te pondrás tu bata?

—No tengo bata, ¿recuerdas? Hablas como si tuviera noventa años ya.

—Claro que tienes una. Es la amarilla, la que tiene unos ositos.

—¡Sé cuál es! ¡Esa me encanta! No me gustaría estropearla.

—De acuerdo. Quédate solo con tu ropa interior entonces. Tal vez será lo mejor para ti.

—¡No! ¡Trae esa bata ahora!.

—De acuerdo —dijo Bruno mientras llevaba sus manos por encima de sus hombros para mostrar que se rendía. Ella sintió otra contracción y volvió a apretar sus dientes—. Me gustaría saber cuánto te falta para dar a luz —dijo Bruno. Cuando ella tocó su estómago, notó cómo sus músculos volvían a tensarse.

—¡Si te atreves a tocarme, te juro que te mato!.

—Claro que no me atrevería a hacerlo. Solo fue algo que se me ocurrió.

Aunque Bruno quería decir algo para que se sintiera mejor, no sabía qué palabras usar. Entonces guardó silencio. Ella no paraba de gemir y resoplar. Al ver esa expresión, Bruno sintió miedo. Sus ojos estaban muy abiertos, su cabello caía sobre sus hombros y su cara y sus hombros estaban llenos de sudor. Se notaba que hacía todo lo que podía para dar a luz a su bebé. Pero no lo lograba.

Cuando se sintió más calmado, le dijo algunas frases más para que se sintiera tranquila. Luego la ayudó con las inhalaciones y exhalaciones. Unos minutos después, Laura llegó a la habitación y Bruno pudo salir a la cocina a tomar aire.

Pero podía escuchar los gritos de Eva, luego sus gemidos y de nuevo sus inquietantes alaridos. Caminar por la cocina no lo ayudaba a relajarse. Los sonidos intensos hacían eco en las paredes. Y afuera, la ventisca continuaba enturbiando el bosque.

Bruno regresó al dormitorio. No pudo contenerse ni un segundo más. Sentía que tenía que estar con Eva durante ese momento tan difícil.

Laura estaba cerca de Eva. Seguía de costado. Laura secaba sus mejillas y su frente con compresas tibias y con su otra mano sujetaba sus dedos. —¿Qué tal vamos? —le preguntó a Laura.

Laura giró para verlo. Eva estaba tan concentrada en su labor que aparentemente no había notado su regreso. Estaba enfocada en su respiración. Tomaba la manta con toda la fuerza de su mano. Bruno vio que había sangre cayendo por sus muslos. Sus ojos estaban cerrados, su mandíbula estaba apretada y sus rizos estaban más revueltos.

Cuando sintió que el piso se movía, debió poner su espalda sobre la pared. Se dijo a sí mismo que lo que veía era parte del proceso de parto.

—Parece que el bebé nacerá pronto —le dijo Laura en un tono susurrante. Levantó su mano para invitar a Bruno a acercarse. Él dio unos pasos sigilosos y se ubicó a su lado.

Los gritos y jadeos de Eva les hacían creer que ella sentía que estaba sola.

—Está teniendo contracciones más numerosas. Dice que siente la necesidad de empujar, pero prefiero asegurarme. Si no es el momento, se esforzaría tanto y por tanto tiempo que cuando realmente se acerque el bebé no tendrá fuerzas. Necesito que lo haga por su cuenta porque de lo contrario no podré ayudarla.

Bruno contuvo el aliento. Sabía a lo que se refería Laura, porque él mismo había experimentado ese temor. Y ahora esa posibilidad estremecía sus pensamientos.

—¿Te parece que ya es el momento de que empiece a empujar? Tal vez podríamos ayudarla a inclinarse, como en los videos de internet. Esa posición me parece más favorable.

—Así es. Tienes razón. Tal vez debamos apoyarla sobre la cama. Deberías calentar algo de

agua y buscar alguna manta limpia. Mientras lo haces, seguiré ayudándola con su respiración.

Él no pudo responder. Se limitó a hacer lo que Laura le sugería. Caminó y calentó agua. Escuchó a la distancia los gritos aterradores de Eva. Sintió que estaba faltándole aire y la afonía empezaba a afectarla. Los alaridos eran tan intensos y salvajes que Bruno sentía cómo su pecho se partía en miles de trozos. Esperó veinte minutos para asegurarse de que no tuviera bacterias que pudieran hacerle daño a Eva, y luego buscó una manta.

Regresó a la habitación y vio que Laura ya había apoyado la espalda de sobre el extremo de la cama. Estaba a su lado y trataba de tranquilizarla con sus palabras.

Cuando Eva notó que Bruno estaba entrando, volteó su cara. Él puso el agua cerca de Laura y llevó la manta bajo las piernas separadas de Eva.

—Creo que alguien está rebanando mi cuerpo —soltó Eva. Tocó su estómago cuando otra punzada la azotó. Luego vino otro grito—. Debo empezar a empujar —alertó—. Ya no puedo esperar. —No podía parar de llorar.

—De acuerdo, mi amor. Empieza a empujar —le indicó Laura—. Debes contar hasta diez, empujar, luego relajarte, tomar aire y repetir el proceso.

Bruno se ubicó al otro extremo de la cama. Puso la mano de Eva encima de la suya. Quería que ella se apoyara en él y se sintiera protegida, por lo que rodeó su cintura con su otro brazo para darle aliento.

Vio su rostro, notó la tensión en sus mejillas y volvió a inhalar y exhalar. Tal como había asegurado Laura, comenzó a cansarse.

—Muy bien, hija mía. Continúa respirando y empujando —le dijo Laura. —Debes seguir haciéndolo de ese modo.

Eva obedeció a su madre. Laura empezó a contar. Eva podía escuchar y cuando llegó a diez, comenzó a empujar. Sus respiraciones eran tan frenéticas que parecía que alguien estaba rebanando su cuerpo, como ella aseguraba. Gritaba, empujaba, tomaba aire, exhalaba y volvía a gritar y a empujar.

Estaba empapada de sudor. El líquido ya mojaba la camisa de Bruno. Él comprobó su esfuerzo mientras su cuerpo se apoyaba sobre el suyo. Buscaba fuerzas, aunque parecía ya no tenerlas. Él sintió una profunda admiración por el notable esfuerzo que realizaba, pero veía hacia otro lado. Le resultaba imposible ver a Eva y encontrarse con su dolor. Se enfocó en el techo sobre él mientras tomaba la mano de su esposa para alentarla.

—Veo su carita. No pares de empujar, mi amor —soltó con alegría Laura, interrumpiendo los alaridos y exhalaciones de Eva.

Se levantó para acercarse a Eva. Esperaba que Bruno continuara sujetando su cuerpo. Él notó la rigidez de sus músculos. Sabía que solo debía empujar algunas veces más y el bebé nacería. Vio cuando apretó sus dientes una vez más y empujaba con los restos de combustible que aún quedaban en su alma.

El bebé gritó tan fuerte que el eco inundó las paredes. Laura hizo unos movimientos rápidos para atar el cordón umbilical con un lazo esterilizado y cortarlo con una tijera previamente desinfectada. Acogió al niño en sus brazos y luego lo puso en la manta delicada y blanca que habían comprado antes, cuando habían ido a buscar los artículos que habían adquirido para el niño. Bruno jamás pensó que eso sucedería. Aunque la habían buscado para proteger el cuerpo del frío, ahora la utilizaban para darle la bienvenida al mundo.

Eva sintió dolor nuevamente. Laura la vio y sus ojos destellaban de alegría.

—Bruno, ¿te acercarías para que abras a tu bebé? Debo extraer la placenta y limpiar el

desorden —le dijo Laura.

Bruno acató la orden, aunque no sabía lo que hacía. Vio que Laura le cedía un ligero bulto. Miró la pequeña cara del niño, aún llena de sangre y pequeñas manchas. No podía ver lo demás, pero le restó importancia. Su ceño estaba levemente fruncido. Sus labios estaban apretados. Aparentemente estaba en desacuerdo con el hecho de que lo trajeran al mundo de una forma tan repentina. Aún no había sus ojos.

La imagen era maravillosa y llenaba de felicidad a Bruno.

Él buscó la silla que había llevado al dormitorio. Se sentó sobre ella y meció a su bebé para darle la bienvenida.

Había ocurrido el milagro por el que había orado. Su bebé. Había nacido su bebé.

No podía ver otra cosa que no fuese ese pequeño bulto que tenía en su regazo. Solo pudo entender lo que pasaba en la habitación cuando levantó su mirada y vio que Laura recogía algunas sábanas para lavarlas. Eva posaba su cuerpo nuevamente en la cama. Pudo sonreír finalmente. Esa felicidad no salió de su cuerpo, aunque estaba agotada.

—Creo que deberías permitirme sostenerlo.

—Claro —le respondió Bruno, susurrante.

Cuando se levantó para entregarle al bebé, notó que lloraba. Lloraba sin parar, como si fuese un niño. Le cedió la criatura, ese ser maravilloso que habían estado aguardando durante tantos meses y cuya llegada les había causado tantas preocupaciones. Pero ahora estaba allí, después de esa llegada milagrosa. Y su amor por él no había dejado de crecer.

—¡Qué lindo es! —dijo Eva cuando acarició sus mejillas.

El bebé se quedó dormido. Su sueño era profundo. Eva lo sostuvo en su pecho para brindarle la calidez que necesitaba. Estaba sano y feliz. Y la manta lo cubría.

—Vean la ventana —les pidió Laura cuando volvió al dormitorio después de sacar las sábanas.

Eva e Bruno giraron simultáneamente. Bruno se fijó en la mano de Laura que lo invitaba a ver por la ventana. Aunque todavía caían algunos copos y había vientos de mediana intensidad, era evidente que la tormenta estaba llegando a su fin. La nevada estaba terminando.

—Voy a pedir una ambulancia —dijo mientras se levantaba de la silla. Sentía que sus pies se habían convertido en gelatina y caería pronto. Sus manos también estaban gelatinosas. De hecho, todo su cuerpo temblaba—. Tal vez solo pueda venir esta noche o mañana en la mañana. —Su mente aún estaba conmocionada por lo que había pasado.

—De acuerdo —le dijo Eva en voz baja. No podía dejar de ver a su bebé—. Sé que puedo esperar porque todo saldrá estupendamente. —Finalmente vio a Bruno. Él notó la ilusión y la fe que irradiaba su mirada.

Bruno se convenció por completo. Se convenció de ese amor que nacía en esos ojos maravillosos. Había sentido ese amor cada vez que la veía a su lado. Y se dijo a sí mismo que sí, que en la vida podían ocurrir milagros. De hecho, acababa de presenciar uno.

Capítulo 20

Eva reclinó su cuerpo ligeramente en la cama. Estaba en el hospital y veía a las enfermeras llegando a su habitación. —¿Puedes creer que todo salió de esta forma tan estupenda? —le preguntó.

—Sí. Todo salió de ese modo por la ayuda de tu madre —aseguró Bruno—. Yo me hubiera congelado y no habría podido ayudarte.

Laura vio a Eva y le mostró con su rostro todo el amor que sentía por ella. Dio un paso y sujetó suavemente la barandilla de la cama con su mano.

—Creo que te equivocas. Aunque te cueste creerlo, fuiste de mucha ayuda. Estoy convencida de eso. De todos modos, si hay alguien que lo hizo bien fue Eva. La admiro porque supo qué hacer y cómo hacerlo.

Las enfermeras de guardia continuaban revisando los signos vitales del bebé y revisándolo cada hora, pero como Bruno e Eva estaban convencidos de que era un niño sano, se relajaron y les permitieron auscultarlo sin decir nada. Ella no paraba de mostrar esa inmensa sonrisa de felicidad, aunque no había dormido desde la llegada de su bebé. Después había estado esperando a los paramédicos y subido rápidamente a la ambulancia para que la llevaran velozmente al hospital.

—Ningún video en internet ni los libros que compré pudieron haberme preparado para esa experiencia. Solo puedes entender el dolor que se experimenta cuando estás pasando por él. Ahora entiendo lo que se siente. Sin embargo, me alegró saber que mi cuerpo actuó instintivamente. Supe todo lo que debía hacer para que mi hijo naciera, y me dije que debía dejarme llevar. Prácticamente pude hacer todo a tiempo y de forma automática. De todos modos, tengo que reconocer que mis dos ayudantes me ayudaron mucho. Ambos fueron excelentes. —Extendió sus brazos y sujetó con ellas las manos de su madre y Bruno—. Me resulta increíble que hayamos vivido todo esto y ahora estemos en el hospital. Les agradeceré toda la vida lo que hicieron por mí.

—Sí, pero creo que con nuestro próximo hijo deberemos buscar una fecha adecuada para te embaraces y nazca durante el verano o hacer reservaciones en un hotel cercano a este hospital. Debemos hacerlo un mes antes, si es posible —aseguró Bruno.

Los ojos de Eva se abrieron de par, al igual que su boca. —¿‘Nuestro próximo hijo’? —preguntó—. Creo que ninguna mujer querría volver a pasar por un dolor tan intenso como ese.

Bruno y Laura rieron con alegría. —En algunos meses olvidarás todo ese dolor, mi amor. A todas nos ha sucedido —dijo Laura.

—Además, no deberíamos dejar a Luis Bruno Jiménez como nuestro único hijo —le dijo Bruno con sutileza—. Siempre he escuchado que sus padres consienten mucho a los hijos únicos y luego actúan como niños malcriado. —Había algo de jocosidad en el tono de su voz.

Eva gruñó al escucharlo. —Quisiera esperar que al menos este bebé duerma sin despertarme en la madrugada, así que creo que deberíamos evitar hablar de ese asunto por un buen tiempo.

—Supongo que eso es un sí.

—Claro que no —dijo Eva, soltando finalmente una sonrisa—. Se ha comportado excelentemente. No ha llorado desde que llegamos —dijo cuándo movió su cara y volvió a ver el rostro de su bebé. Notó que daba algunas patadas y apretaba sus puños. Las enfermeras estaban a punto de culminar la revisión.

—Es cierto. Es el niño más hermoso y sano que he visto.

—Y es mi nieto —recordó Laura en voz baja. Se impresionó al escucharse a sí misma.

Le costaba asimilar que el niño había nacido. Era la sensación que todos experimentaban.

—Creo que en unos años podré narrar felizmente todo lo que pasamos para que naciera. Sé que mis otros nietos escucharán esa historia con mucha atención. Los partos en una cabaña en el bosque y en medio de una fuerte tormenta no son algo que se vea a diario.

—Todo lo que puedo decir es que soy muy feliz —confesó suavemente Eva—. Esto es lo mejor que me pudo pasar. No quiero nada más porque siento que nada me hace falta. Estoy contigo, mi madre y nuestro bebé.

Bruno se acercó y le dio un suave beso en la boca. Ese gesto cálido le recordó a Eva cuánto la amaba. Era un amor intenso, e Eva sintió que empezaría a llorar. No evitó que esas lágrimas cayeran.

Nada le hacía falta. Tenía todo lo que la hacía feliz. Aunque jamás se hubiera imaginado que tendría una vida llena de amor y construiría una familia, ahora que lo tenía se aferraba a esa hermosa realidad. Sabía que se esforzaría para mantener a su familia a salvo, porque eran las personas que ocupaban su corazón. Tenía una vida plena y su pecho latía de emoción. Nunca hubiera pensado que sería tan feliz. Lo que había dicho era completamente cierto. Era lo mejor que le había podido pasar.

Había dicho la verdad. Ese presente, su presente, era maravilloso. Era la mujer más feliz del mundo.

Fin



Gracias

¿Te gustaría compartir tu experiencia conmigo y otros lectores?

Quiero mejorar y tus comentarios son valiosos. Te agradeceré puedas tomar apenas 3 minutos de tu tiempo y dejar un **comentario de forma totalmente honesta en Amazon** sobre la novela que acabas de leer.

Muchas gracias por la confianza y espero sorprenderte en una nueva entrega.

Saluda atenta y calurosamente.

Bianca de Santis